

ORACIONES DE LOS APÓSTOLES I

ORACIÓN Y ACCIÓN DE GRACIAS

ORACIONES DE LOS APÓSTOLES I

ORACIÓN Y ACCIÓN DE GRACIAS

Asociación Gracia Soberana



Oraciones de los apóstoles I. Oración y acción de gracias

Publicado por Asociación Gracia Soberana

C/ San Isidro, nº 55

21710 Bollullos Par del Condado (Huelva)

España

www.icebollullos.org

bollullosice@gmail.com

Primera edición de esta versión en español: 2022

El texto de este libro se puede copiar y divulgar por cualquier medio, siempre que se cite su procedencia.

Diseño de la cubierta: Daniel Abad

Imagen de la portada por cortesía de Wikimedia Commons

Las citas bíblicas están tomadas de la Versión Reina-Valera 1960

© Sociedades Bíblicas Unidas, excepto cuando se cite otra

LBLA = La Biblia de las Américas © 1986, 1995, 1997 The Lockman Foundation. Usada con permiso

RVR 1909 = Versión Reina-Valera 1909

RVR 1995 = Versión Reina-Valera 1995

BT = Biblia Textual

ISBN: 978-84-124092-4-6

Depósito legal: H 157-2022

Impreso en España

Printed in Spain

ÍNDICE

Introducción	7
1. La gratitud	26
2. La posesión	41
3. La mediación.....	57
4. La comunión	73
5. La fe	89
6. El Testigo	105
7. El servicio	118
8. La intercesión.....	136
9. La voluntad de Dios.....	153
10. Los deseos.....	171
11. La confirmación	185
12. Humildad y comunión	209
Tabla con motivos de oración.....	225

INTRODUCCIÓN

Antes de nada, quiero dejar constancia que la base para estos estudios fue el de una antigua publicación de Arthur W. Pink, *Gleanings from Paul* (aunque se podrá comprobar que se han consultado otras muchas fuentes), que llegó a manos del que escribe de una forma un tanto extraña, como un regalo, desde una librería de antigüedades, y con el sello de haber pertenecido a un pastor del país de Gales en el Reino Unido. Sin saber mucho inglés, fui movido a curiosidad, la cual, tras comenzar a leer, se transformó en gozo y gratitud a Dios, así como en un sentido de deuda hacia la iglesia en la que ministro y, en general, hacia todo el pueblo de habla hispana. De esos sentimientos y convencimiento surgieron unas trescientas predicaciones que se fueron haciendo en un período de casi siete años cuando la iglesia del Señor en Bollullos Par del Condado (Huelva, España) se reunía en los cultos de oración, y que son las que han servido para realizar esta serie de estudios sobre las Oraciones de los apóstoles.

Uno de los pilares fundamentales de la vida cristiana y que nadie cuestiona es el de la oración. El Señor habló *una parábola* a sus discípulos *sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar* (Lc 18:1), el apóstol Pablo, en una de sus exhortaciones a una iglesia que podía llamarse ejemplar (véase 1 Tesalonicenses 1:6-10), escribió: *Orad sin cesar* (1 Ts 5:17), y hay otros muchos pasajes que podían citarse y que confirman esta necesidad.

Ahora bien, cuando se conocen las vidas de los cristianos y de las iglesias como tales, es decir, cuando se examinan las conductas respecto a este asunto, tanto individual como colectivamente en

los llamados «Cultos de oración», se puede sacar fácilmente la conclusión de que la oración no se considera una necesidad tan grande y que, para muchos cristianos e iglesias, no es un pilar tan esencial en sus vidas y existencias. La frase que dice que «una iglesia que no ora se muere» —y la iglesia la componen cada uno de sus miembros— ha quedado relegada a un segundo plano (o se desprecia), como también el pan de cada día de la Palabra de Dios, dando como resultado un cristianismo lánguido, si es que existe, que poco glorifica a Dios.

Esa comunicación en ambos sentidos, mediante la Palabra y la oración, entre Dios y su pueblo, es esencial, es uno de los grandes privilegios que se nos han concedido, pero, en general, el moderno cristianismo actual (como si pudiera hablarse de un cristianismo que cambia con los tiempos) no le da mucho valor ni considera su importancia. En esto, Satanás también usa sus artimañas y sabe tener entretenidos a muchos que dedican a otras cosas el poco tiempo de que disponen —redes sociales incluidas—, más atractivas para la carne. Y a estos solo quiero decir que presten atención a la Palabra que dicen creer, y la obedezcan en cuanto a su lectura y en cuanto a la oración.

Pero también hay otros cristianos e iglesias que oran, y que quieren que se les enseñe *a orar* (Lc 11:1), y esta enseñanza se encuentra de manera amplia en las que podemos llamar *Oraciones de los apóstoles*, esto es, en aquellas que pronunciaron o escribieron los apóstoles y en aquellas otras que enseñaron y solicitaron de sus primeros lectores. No es que estas sean más importantes que la oración del Padrenuestro que nos enseñó el Señor Jesucristo, ni que la que tenemos de sus propios labios en el capítulo 17 del Evangelio de S. Juan: no es cuestión de importancia, sino de conocimiento; y puesto que se dispone de muchos comentarios acerca de dichas oraciones, y que son bastante conocidas por los cristianos, no nos vamos a detener en ellas.

Introducción

Por tanto, vamos a considerar las *Oraciones de los apóstoles*, aquellas que encontramos en las cartas del Nuevo Testamento (en el libro de Hechos de los Apóstoles no tenemos ninguna), y que tomamos como oraciones para aprender a orar y cambiar aquellas cosas que necesiten ser cambiadas en este aspecto. Si nuestras vidas de oración son deficientes, es necesario que sepamos qué y cómo hemos de pedir, y de esa manera obtener mayores bendiciones y más respuestas de Dios, porque estaremos haciendo las cosas conforme a su voluntad.

Estamos llamados a crecer ***en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo*** (2 P 3:18), y es obvio que la oración formó parte esencial de su vida. Él mismo nos dijo que debíamos escudriñar ***las Escrituras*** (Jn 5:39), y eso es lo que pretendemos hacer en este asunto de la oración; pero repito: no solo para tener un mayor conocimiento intelectual, pues también dijo él en otra ocasión: ***Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la obedecen*** (Lc 11:28 BT)

Evidentemente, no quiero decir que la forma y el contenido de nuestras oraciones garanticen la concesión de lo que pedimos. Si estas no van acompañadas de una vida de santidad y esfuerzo por vivir para la gloria de Dios, tampoco tendremos resultados, y solamente por la gracia de Dios podremos ver alguna que otra vez su respuesta a nuestras súplicas.

Así que creo que es necesario que aprendamos, y que aprendamos mucho, pero a medida que lo hagamos y nos vayamos dando cuenta de nuestros errores, la consecuencia no debe ser que dejemos de orar, sino que lo sigamos haciendo, pero haciéndolo bien. Hay hermanos que, por una falsa humildad o timidez, no oran, y hay otros que dejan de orar cuando se les enseña a hacerlo correctamente porque prefieren seguir orando mal antes que ajustarse a lo que Dios enseña en su Palabra, y esto es orgullo. Ambas conductas están equivocadas y deben corregirse, pues son análogas a

las del niño caprichoso que quiere salirse con la suya, se enfada, y dice: «Ya no juego». La oración no es un juego, y todos entendemos que sería muy triste que, al pasar los años, un hijo se dirigiera a sus padres con el mismo balbuceo con que lo hacía cuando tenía pocos meses.

A modo de ejemplo cito varias cosas que se observan en las oraciones públicas en las iglesias, y quizá también en las privadas, y que muestran lo deficientes que son; y no solo me refiero al tiempo que se dedica a ellas, sino a lo que se hace en ese tiempo, que puede estar muy equivocado.

DEFICIENCIAS EN CUANTO A LA ORACIÓN

1. En ocasiones, se entra en la presencia de Dios precipitadamente, como el muelle que salta de un resorte, aunque Dios nos dice en su Palabra: *«Cuando fueres a la casa de Dios, guarda tu pie; y acércate más para oír que para ofrecer el sacrificio de los necios; porque no saben que hacen mal. No te des prisa con tu boca, ni tu corazón se apresure a proferir palabra delante de Dios; porque Dios está en el cielo, y tú sobre la tierra; por tanto, sean pocas tus palabras»* (Ecl 5:1-2).

Muchas veces el que ora no se para a pensar ante quién va a orar, ni en cuál es su propia condición espiritual para hacerlo, ni en las palabras que va a decir o dice, y parece más bien que solo intenta rellenar un espacio de tiempo en el culto; o no se tiene en cuenta la falta de comunión habitual con Dios en la oración privada, que luego queda reflejada en la oración pública. Se olvida muchas veces que aunque Dios es nuestro Padre, él *está en el cielo*, como hemos leído que dice Salomón, y que al orar nos acercamos a su trono; ciertamente *al trono de la gracia* (He 4:16), pero que también es el del infinito y santo Dios.

Introducción

Si tuviéramos que comparecer ante la presencia de un rey, seguro que lo haríamos con un traje y unos modales distintos a los que utilizamos entre nosotros como compañeros, amigos o hermanos, y seguro que nos prepararíamos para ello con antelación; ¿no es cierto? Pero estas cosas se olvidan fácilmente cuando entramos en la presencia de Dios: cómo está nuestra justicia y santidad, y cómo son nuestras palabras.

Repito, el **Padre nuestro**, el de los cristianos y solo de los cristianos (cf. Ro 8:15-16), está **en los cielos** (Mt 6:9), y puede tenerse familiaridad con él, pero familiaridad que nace de la gracia y es obra del Espíritu Santo; no debe haber falta de reverencia ni el atrevimiento de un rebelde que no quiere someterse a su rey. Hemos de acercarnos con la confianza de un niño que se acerca a su padre, y lo teme porque lo ama, y lo ama porque lo teme.

2. En otras ocasiones, las oraciones, por así decirlo, se arrastran por la tierra. No interesan, ni se encuentran en ellas, las cosas celestiales, la gracia o la gloria; no interesan las almas de las personas (véase Efesios 3:14-19), y se centran en las cosas de aquí abajo. En este sentido, algunos oran en público y se olvidan de que están ante Dios, de modo que dirigen sus oraciones hacia el resto de los que están presentes: unas veces para enseñarlos, otras para que se enteren de algo que ha sucedido, otras para buscar los aplausos, y otras incluso para amonestar a alguien en público cuando falta valor para hacerlo en privado. Y no debe ser así, porque cuando oramos, entramos en un terreno santo donde debemos quitarnos el calzado.

También nos arrastramos por la tierra cuando empleamos palabras vulgares, y no quiero decir con esto que hayamos de ser académicos o tener un gran vocabulario, sino que hemos de pensar en nuestras palabras. A veces incluso se cae en la crítica hacia otras personas, olvidándose de nuevo que estamos ante el trono del

Altísimo. Puede parecer gracioso, pero no podemos pedir por un hermano como aquel que dijo: «Señor, te pido para que hagas el corazón del hermano tan blando como su cabeza».

3. También es muy frecuente el uso repetitivo y constante de la palabra «Señor», lo cual puede ser admisible cuando nos convertimos, pero no debe ser el modo normal cuando ha pasado un cierto tiempo. ¿No es cierto que no hacemos esto cuando estamos hablando con otra persona? No decimos al hablar: «Oye, Manolo, mañana, Manolo, te llamaré, Manolo, porque tengo un problema, Manolo, a ver si me ayudas, Manolo...».

La repetición constante de la palabra «Señor», además de ser innecesaria, carga los oídos y denota que se está usando como un recurso del que se echa mano cuando faltan las palabras. Hay un mandamiento que dice: “**No tomarás el nombre del SEÑOR tu Dios en vano**” (Éx 20:7 LBLA) y, aunque no estamos *bajo la ley* (Ro 6:14), o aunque podamos dejar de cumplirla sin darnos cuenta, cualquier transgresión de esta es pecado, pecado grave.

Hemos, pues, de usar con la mayor reverencia el nombre de Dios, el del Señor, o cualquiera de sus otros nombres. Los judíos habían llegado a tal grado de reverencia que no pronunciaban la palabra «Jehová» porque la consideraban demasiado santa para ser nombrada. No necesitamos llegar a este grado de superstición, pero es bueno que seamos más reverentes.

4. En otras ocasiones puede observarse en las iglesias que hermanos con muy poca espiritualidad son los encargados de hacer la oración inicial o final de los cultos. Y esto no debe ser: por el propio bien del hermano —que se pone, por su condición y atrevimiento al hacerlo, bajo la ira de Dios—, y por el propio bien de la congregación, que oye la oración como una simple formalidad. Cuando la condición espiritual no es buena, y se sabe que falta co-

Introducción

muni3n con Dios o con los hermanos, hay que tener cuidado de dirigirse a Dios en nombre de todos si no es para hacer en primer lugar una confesi3n de pecado. Por tanto, nadie debe pensar mal para sus adentros cuando los ancianos o responsables de las iglesias no le conceden este servicio, porque no es solo un privilegio o un derecho, sino un deber santo, ante el cual quiz1 el 3nico deseo de hacerlo est3 motivado por el orgullo.

Creo que esto es f1cil de entender, y del mismo modo que nos parecer1a intolerable que cualquiera fuese predicador de la Palabra, tambi3n debe parecernoslo el que cualquiera pueda dirigir la oraci3n. La oraci3n es tambi3n una parte del culto muy importante y provechosa, y no debe ofrecerse por un hermano desprevenido o cuya condici3n espiritual deje mucho que desear. Y es triste que con demasiada frecuencia los cultos de las iglesias comiencen con tan poca devoci3n que parece que va a iniciarse cualquier tipo de espect1culo: se repiten las palabras, no se piensa en el significado de estas, no salen del coraz3n, no llevan al resto de la congregaci3n ante el trono de Dios, no tienen un prop3sito definido para la ocasi3n (se pide por cosas que no tienen nada que ver con el culto que comienza o con el que acaba de terminar), etc.

En algunas ocasiones, esto lleva a otros hermanos a estar con los ojos abiertos, mirando hacia cualquier parte, distra1dos, porque sienten que esa oraci3n es una simple formalidad. Esto no quita que tambi3n, aunque la oraci3n sea la m1s elevada y sublime, haya otros hermanos que no presten atenci3n y que se dedican a buscar canciones, a mirar para otro lado, o a cualquier otra cosa, como si la ocasi3n no tuviera que ver con ellos, aunque al final digan «am3n» a algo que ni siquiera han o1do.

Y en relaci3n con esto, hemos de considerar que las oraciones p3blicas han de ser audibles para que el resto de la congregaci3n pueda decir am3n. Hay miembros de las iglesias que tienen una voz normal, e incluso un torrente grande, pero que en las oracio-

nes públicas fingen una voz afectada de modo que es difícil oírlos a corta distancia. Hay que corregir esto también.

5. Y podríamos decir muchas otras cosas, pero, puesto que estaremos aprendiendo acerca de la oración, Dios mediante, durante mucho tiempo, en esta introducción indico solamente otro de los errores que se observan.

Todos los cristianos creen en la Santísima Trinidad, y aunque ese Dios infinito, trino y uno no puede concebirse en la mente, todos diferencian entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, a menos hasta donde se nos ha revelado. Y puesto que nos ha sido revelado, también se sabe que cada una de las personas divinas tiene una parte en la obra de redención. Todos los cristianos saben que no fue el Padre ni el Espíritu Santo quien murió en la cruz, sino el Hijo encarnado, aunque nos encontramos con el misterio indicado en la Palabra de que **Dios** [el Padre] **estaba en Cristo** (2 Co 5:19). Y todos saben también que, normalmente, la palabra «Señor» en el Nuevo Testamento se usa en referencia al Hijo. Y que el Hijo no engendró ni envió al Padre, ni el Hijo ni el Padre proceden del Espíritu Santo.

También pienso que se sabe —como el propio Señor Jesucristo nos indicó— que nuestras oraciones han de dirigirse al Padre. Es lo que él dijo a sus discípulos cuando estos le pidieron que les enseñase a orar: que se dirigieran al **Padre nuestro que está en los cielos** (Mt 6:9), y es el mismo ejemplo suyo que tenemos en el capítulo 17 del Evangelio de Juan.

Así que nuestras oraciones deben ir dirigidas al Padre (aunque es cierto que también aparecen en el Nuevo Testamento oraciones en las que se invoca al Hijo, y podemos hacerlas), y deben hacerse en el nombre del Mediador, el Señor Jesucristo, en el sentir y la comunión del Espíritu Santo.

Pues bien, aunque se saben estas cosas, no es difícil oír que se den gracias al Padre porque murió en la cruz, o gracias al Señor

porque envió al Señor o a su Hijo a la cruz, o gracias a Dios (este nombre generalmente hace referencia al Padre) porque derramó su sangre en la cruz; no es inusual oír que se comience una oración dirigida al Padre en la cual, en pocos segundos, se cambia el destinatario y pase a ser el Señor.

Y si todas estas cosas (no pensar ante quién estamos ni en la propia condición espiritual, no pensar sino en las cosas de aquí abajo, no pensar en Dios mismo sino en los oyentes por cualquier motivo no santo, no pensar en las vanas repeticiones del nombre «Señor» ni en la importancia de la propia oración, no pensar que la oración pública no es un derecho que puedo exigir, no pensar en que los demás han de oír, no pensar en aquello a lo que decimos «amén», ni en lo que decimos de cada una de las personas divinas, etc.), y muchas otras, las mezclamos, ¿nos parece extraño que diga que debemos aprender, y aprender mucho, en nuestras vidas de oración?

Y con este objetivo —aprender, cambiar, y crecer en gracia y en santidad con el fin de glorificar a Dios y tener mayores bendiciones para nosotros y los que nos rodean—, hacemos este estudio de las oraciones de los apóstoles.

EL EJEMPLO APOSTÓLICO

Es siempre una bendición escuchar a un cristiano entrado en años, que hace mucho que camina con Dios y que disfruta de su comunión íntima, derramar su corazón ante Dios. ¿Pero no nos habríamos sentido más bendecidos si hubiésemos tenido el privilegio de escuchar las alabanzas y peticiones dirigidas a Dios por aquellos que anduvieron con Cristo durante los días de su ministerio? Y si alguno de los apóstoles estuviese aún sobre la tierra, ¿no sería un gran privilegio escucharlo en oración? Sería un privilegio tan grande que, seguro que estaríamos dispuestos a todo tipo de in-

convenientes y a viajar largas distancias para ser bendecidos. Y si llegáramos a escucharlo orando, ¿no prestaríamos atención a sus palabras y diligentemente las guardaríamos en nuestra memoria y corazón?

Pues bien, no es necesario que pasemos ningún inconveniente ni que hagamos un largo viaje, pues, a fin de instruirnos y satisfacerlos, al Espíritu Santo le pareció bien dejar constancia de algunas de estas oraciones. Y hemos de valorar este don tan grande, y hemos de estudiarlas, y hemos de meditar en ellas, y hemos de cambiar en nuestras oraciones todo aquello que es deficiente y que deba ser cambiado. Ese va a ser nuestro objetivo.

La pregunta que ahora podíamos plantear es: ¿Por dónde empezar? Y podría parecernos lógico comenzar con el libro de Hechos para después continuar con las cartas en el orden en que las tenemos en el Nuevo Testamento. Ahora bien, aunque parezca extraño, el libro de Hechos, que nos da la mayor parte de la información que tenemos acerca de los apóstoles, no contiene en sus veintiocho capítulos ni una sola oración apostólica. No obstante, si pensamos un poco, veremos que esta omisión está en armonía con el carácter especial de este libro; porque el libro de Hechos es mucho más histórico que devocional, y es más una crónica de lo que el Espíritu obró por medio de los apóstoles que de la obra que hizo en ellos.

El libro destaca los hechos públicos de los embajadores de Cristo, y no tanto sus ejercicios privados. Es cierto que en él vemos a los apóstoles dados a la oración, tal como sus propias palabras lo muestran: ***Y nosotros persistiremos en la oración y en el ministerio de la palabra*** (Hch 6:4). Una y otra vez los vemos dedicados a este santo ejercicio (cf. Hch. 9:40; 10:9; 20:36; 21:5; 28:8). Sin embargo, no se nos dice cuáles fueron sus oraciones, el contenido de estas. Lo que más se parece a una constatación de palabras claramente atribuibles a los apóstoles es lo que Lucas nos

ofrece en Hechos 8:14-15, pero allí solo nos da la esencia de lo que Pedro y Juan oraron. La oración de Hechos 1:24 pertenece a todos los discípulos, y la de Hechos 4:24-30 también pertenece a toda la compañía y no solo a Pedro y a Juan, como podemos comprobar en el versículo 23.

ASPECTOS DE LAS ORACIONES APOSTÓLICAS

Finalmente, destacamos en esta introducción otros aspectos de las oraciones apostólicas que también se consideran importantes.

En primer lugar, hay que resaltar que la mayoría de ellas que han llegado hasta nosotros provienen del corazón de Pablo y, hasta cierto punto, podría esperarse que esto fuera así. Pablo fue el apóstol de los gentiles, los cuales habían salido del paganismo, y lo más lógico era que su padre espiritual fuese también su padre devocional (Pedro, Santiago y Juan ministraron principalmente a los creyentes judíos —*cf.* Gá 2:9—, quienes aun en sus días de inconversos estaban acostumbrados a orar y a doblar las rodillas delante del Señor). Además, Pablo escribió el doble de epístolas inspiradas que todos los otros apóstoles juntos, y en ellas hay ocho veces más oraciones que en el conjunto de las demás.

Pero, aparte de estos números, debemos recordar lo primero que el Señor dijo de Pablo después de su conversión: ***He aquí, él ora*** (Hch 9:11), lo cual da la nota clave de lo que sería su vida. Pablo se distinguiría primordialmente como hombre de oración, a pesar de su mucha actividad que también vemos en los escritos del Nuevo Testamento.

Esto no quiere decir que el resto de los apóstoles no tuviesen este espíritu. Dios no utiliza a ministros que no oran, y el propio Señor afirmó que la marca distintiva de los cristianos, ***escogidos*** por ***Dios***, es ***que claman a él día y noche*** (Lc 18:7). Pero Dios permite que algunos de sus siervos disfruten de un compañerismo

más estrecho y constante con él, y así le ocurrió al hombre que en una ocasión **fue arrebatado** incluso **al paraíso** (2 Co 12:1-4). A Pablo se le otorgó una medida extraordinaria de **espíritu de gracia y de oración** (Zac 12:10), de modo que parece haber sido ungido con mayor espíritu de oración que el resto de los apóstoles.

En segundo lugar, quiero indicar que, en estos estudios, no vamos a limitarnos a las oraciones de los apóstoles que expresan peticiones, sino que abarcaremos un espectro más amplio. La oración debe incluir mucho más que las peticiones y, en una época como la nuestra caracterizada por la superficialidad y la ignorancia de la Escritura, los creyentes tenemos necesidad de que se nos instruya en todos los aspectos de esta. En Filipenses 4:6 (donde la segunda parte del versículo **en toda oración y ruego, con acción de gracias** se encuentra en el original griego antes que la primera con las peticiones), tenemos unos de esos aspectos, cual es la acción de gracias. Si no expresamos nuestra gratitud a Dios por las misericordias ya recibidas, y damos gracias a nuestro Padre por concedernos poder presentarle nuestras peticiones, ¿cómo podemos esperar que nos atienda para recibir respuestas?

Pero hay más aspectos, porque la oración, en su sentido más sublime y pleno, trasciende la gratitud por los dones recibidos y eleva el corazón a contemplar al Dador mismo, de modo que el alma se postra ante él en adoración. Además, debe preceder a la gratitud y a las peticiones el autoaborrecimiento y la confesión de nuestra indignidad y pecaminosidad. Debemos recordar que nos acercamos en oración al Altísimo, ante quien los **serafines** mismos cubren **sus rostros** (Is 6:2), y aunque la gracia divina nos haya hecho hijos, todavía estamos a una distancia infinita e inconcebible del Creador. Debemos recordar que, por naturaleza, somos criaturas pecadoras, y debemos tener conciencia de esto al inclinarnos delante del Santo, porque solo así podremos invocar, con algún sentido y realismo, la mediación y los méritos de Cristo co-

mo fundamento de nuestro acercamiento. Solo así, «en el nombre de Jesús» será algo más que una simple coletilla final.

Es por esto por lo que, hablando en términos generales, la oración debe incluir confesión de pecado, peticiones para que nuestras necesidades sean suplidas, y adoración de nuestros corazones al Dador mismo. En otras palabras, podemos decir que los principales elementos de la oración son la humillación, la súplica y la adoración (véase el Salmo 100). *El incienso* ofrecido en el tabernáculo y en el Templo era un compuesto de diversas *especies* (Éx 30:34-35), cuya mezcla hacía que aquel perfume fuese muy fragante. Dicho incienso era un tipo de la intercesión que efectuaría nuestro gran Sumo Sacerdote y de *las oraciones de todos los santos* (Ap 8:3-4; cf. Mal 1:11). Por ello, al acercarnos al trono de la gracia debe haber una mezcla proporcionada de humillación, súplica y adoración; sin exclusión de ninguna, sino una mezcla de todas ellas.

Finalmente, en tercer lugar, concluimos estas observaciones generales y preliminares señalando otros aspectos de las oraciones apostólicas.

OTROS ASPECTOS

El primero que debemos destacar, por su importancia, es que la forma más frecuente en que se invoca a la Deidad es usando el nombre de *Padre*, como en 2 Corintios 1:3; Efesios 1:3,17; 3:14; 1 Pedro 1:3; etc. Muchas personas han usado y usan el apelativo Padre para dirigirse a Dios de manera ilícita y superficial. Pero el abuso no justifica nuestra negligencia para reconocer esta relación. Nada ha sido mejor calculado para producir calidez en nuestro corazón, y darnos libertad de expresión, que el reconocimiento de que nos estamos acercando a nuestro Padre. Si en verdad hemos recibido el verdadero *Espíritu de adopción* (Ro 8:15 RVR

1995), no lo apaguemos, sino más bien sigamos su impulso y clamemos: **Abba, Padre** (Mr 14:36; Gá 4:6).

El segundo que debemos resaltar es la brevedad de las oraciones apostólicas. Son oraciones cortas. No solo algunas, o la mayoría, sino todas son extremadamente breves, y la mayoría de ellas se encuentran en no más de uno o dos versículos; la más prolongada, en solo siete versículos. Martín Lutero dice en sus comentarios sobre el Padrenuestro, dirigidos a hombres sencillos del pueblo: «Cuando ores, que tus palabras sean pocas, pero tus pensamientos y afectos, muchos; y, sobre todo, que sean profundos. Cuanto menos hables, mejor orarás...».

El tercero es que debemos prestar también atención al hecho de que estas oraciones eran muy específicas. Aunque muy breves, las oraciones apostólicas eran muy explícitas. No había en ellas vanas divagaciones ni meras generalizaciones, sino peticiones específicas de cosas concretas. También existe mucho error en este sentido. Hay muchas oraciones incoherentes y sin propósito, carentes de precisión y de unidad, que cuando llegan al amén final, difícilmente podemos recordar una sola cosa por la que se haya dado gracias o alguna petición que se haya hecho. Solamente queda una impresión borrosa en la mente.

El cuarto aspecto que destacamos es la esencia y contenido de estas oraciones. Casi sin excepción no encontramos súplicas que pidan a Dios que provea para las necesidades temporales. Tampoco se pide que Dios intervenga providencialmente en favor de quienes oran (aunque las peticiones de este tipo son legítimas cuando conservan la adecuada proporción respecto de los intereses espirituales). Las cosas que se piden son de naturaleza totalmente espiritual, y que pertenecen a la gracia.

Así, por ejemplo, se pide al Padre que dé *espíritu de sabiduría y revelación* para conocerlo, que alumbre *los ojos* del *entendimiento*, de modo que pueda conocerse cuál es *la esperanza a que*

él [...] ha llamado, las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos (Ef 1:17-19). Se le pide que conceda, *conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; que habite Cristo por la fe en nuestros corazones*, que se conozca *el amor de Cristo que excede a todo conocimiento*, y que seamos *llenos de toda la plenitud de Dios* (Ef 3:16-19). Se pide que *nuestro amor abunde más y más en ciencia y en todo conocimiento*, que *seamos sinceros e irreprochables*, y que estemos *llenos de frutos de justicia* (Fil 1:9-11); que andemos *como es digno del Señor, agradándole en todo* (Col 1:10); que seamos santificados *por completo* (1 Ts 5:23); etc.

El quinto que también debemos resaltar es la universalidad de estas oraciones. No está mal ni es poco espiritual orar por nosotros mismos, y tampoco es incorrecto que supliquemos por misericordias temporales y providenciales. Pero si prestamos atención a lo que los apóstoles hacían, veremos una sola vez a Pablo orando por sí mismo, y muy pocas veces por individuos en particular. Esto es lógico y era de esperar, pues se trata de oraciones dirigidas en su mayor parte a iglesias y no a individuos.

Tengo la seguridad de que, en privado, los apóstoles oraron mucho por casos y cosas individuales, pero las oraciones constatadas, que podemos considerar como públicas, nos muestran que, en general, acostumbraban a orar por toda la iglesia a la cual se dirigían. En esto siguieron el ejemplo dado por Cristo: *Padre nuestro [...] danos...*, etc. (primera persona del plural). Así, encontramos pasajes tales como los de Efesios 3:18 o 6:18 que son un gran correctivo para el egocentrismo, porque al orar *por todos los santos*, por todos los hermanos de la Iglesia, ya me estoy incluyendo a mí mismo.

Ahora bien, en este punto, como en todos, hemos de ser cuidadosos, pues orar «por todos tus hijos en el mundo», o «por los cris-

tianos de tal ciudad», a los cuales no conozco ni me interesan, no sirve para nada. Podemos y debemos orar por hermanos desconocidos, y también por los conocidos, pero solo cuando nuestra oración es más que una simple petición que forma parte de una lista que vamos presentando. Si es una simple lista con la cual esperamos, casi de forma mágica, la respuesta, tampoco sirve para nada.

Hoy es frecuente que nos lleguen listas de oración desde muchas partes, pero no sirve de nada utilizarlas si no sentimos una carga por las cosas que en ellas aparecen. Muchas veces da la sensación de que incluso los que las hacen y distribuyen no pretenden que sean más que eso: una simple lista. Se nos dice: «El lunes orad por tal tema, el martes por este otro...». O: «La primera semana por tal cosa, la segunda por tal otra...». Y las cosas son tan generales como «que la alabanza sea mejor en los cultos», cuando cada uno puede tener una idea distinta de ella y estar pidiendo cosas distintas. Esto es absurdo y, como en tantas otras cosas, la oración en nuestras iglesias se está convirtiendo en la misma clase de *vanas repeticiones* (Mt 6:7) que encontramos en todas las religiones, perdiéndose el sentido que tiene.

No puedo dejar de señalar lo que sucede incluso en organismos y asociaciones evangélicas que tienen sus propias comisiones o grupos de oración, y que se encargan de difundir los motivos que creen más pertinentes. Uno de ellos por el que se animó a orar a las iglesias no hace mucho tiempo es el siguiente: «Oremos a Dios para que nadie se pierda y que tengan vida eterna». Parece muy escritural, pero al pensar en él vemos que es todo lo contrario. Si por «nadie» y por «todos» entendemos a todas las personas, la petición es antibíblica, pues el Señor nos ha dicho que muchos van por *el camino espacioso [...] a la perdición* (Mt 7:13). Si, por el contrario, entendemos que se habla solo de los creyentes, estaríamos pidiendo a Dios algo que no tiene sentido, pues el Señor también ha dicho que todas sus ovejas tienen *vida eterna* (Jn 10:27-30).

Y así, nos encontramos con oraciones para que «nadie esté en paro» (independientemente de su diligencia o negligencia, de su fe o incredulidad, del objetivo fundamental que debe haber si se consigue trabajo, etc.), para que algún hijo o nieto «apruebe un examen» (sin tener en cuenta su esfuerzo, aprovechamiento del tiempo, responsabilidad, etc.), para quienes «sufren los efectos de la crisis», para que «los gobiernos prioricen en sus presupuestos la solución del problema del hambre», para que «disminuya el tiempo de padecimiento», para el «crecimiento de las ofertas de empleo», para que «desaparezca la avaricia y la desidia en las relaciones laborales», y un largo etcétera que casi da vergüenza nombrar.

Muestro otro ejemplo antes de dejar este asunto. En alguna ocasión se ha pedido que se ore «por quienes buscan la verdad», como si hubiera personas que estén buscando al Señor Jesucristo o al propio Dios, y Dios no quisiera revelarse a ellas, como si no fuera cierta la Palabra que dice: ***No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios*** (Ro 3:10-11). ¿No estará sucediendo con este asunto de la oración que hay verdaderos ciegos (no dudo de sus buenas intenciones) intentando guiar a otros?

Así que oremos por nosotros mismos, oremos por los hermanos de la iglesia con los que nos relacionamos más directamente, oremos por aquellos que no están por diversos motivos, oremos por otras iglesias y por hermanos de otras iglesias, oremos por hermanos en otras partes del mundo... pero que, en cada caso, sus asuntos nos preocupen casi, o sin el «casi», tanto como los nuestros. ***No mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros***, dice Pablo (Fil 2:4), porque al buscar cada uno ***lo suyo propio*** no se considera lo ***que es de Cristo Jesús*** (Fil 2:21; véase Isaías 56:11). ¿De qué sirve pedir a Dios trabajo para un hermano si no me preocupa mucho su situación, si no le

ayudo en sus carencias económicas si las tiene, ni voy a hacer lo que pueda por conseguirlo para él?; ¿o de qué sirve pedir que Dios ayude a un hermano en su soledad, si no voy a ir nunca a visitarlo? Y así un largo etcétera.

Finalmente, hay que señalar también una omisión, algo que no aparece, y es que en ninguna de las oraciones apostólicas vemos que se pida a Dios que salve al mundo en general, o que derrame su Espíritu sobre toda carne sin excepción. Ni una sola vez los apóstoles oraron por la conversión de toda una ciudad en donde estuviera localizada una determinada iglesia, y en esto nuevamente se conformaron al ejemplo de Cristo (*cf.* Juan 17:9,20-21).

De nuevo creo que este punto necesita explicación. No es bíblico orar por una ciudad, por el mundo, o por personas en general cuando sabemos que el propio Señor no lo hizo, y cuando sabemos que no todas las personas son elegidas por Dios ***desde el principio para salvación*** (2 Ts 2:13). Debemos orar por aquellos que algún día creerán en él. Pero como nosotros no sabemos quiénes son, también es lícito orar por personas concretas que no son creyentes, para que Dios tenga misericordia de ellas y derrame en ellas su gracia, pero siempre siendo conscientes de que él es el Soberano a cuya voluntad hemos de someternos y cuya voluntad pedimos que se cumpla.

Por cierto, Pablo enseña que se hagan ***oraciones***, súplicas y ***acciones de gracias por todos los hombres***, por ***los reyes*** y por todas las autoridades (1 Ti 2:1-2), tarea en la que muchos son deplorablemente remisos; pero esto que se pide no es para la salvación de todos ellos, sino para que tengamos paz y tranquilidad y llevemos una vida piadosa y digna.

Hemos de aprender, pues, mucho, y hay mucho que aprender de las oraciones de los apóstoles, y todos los cristianos debemos aprender, puesto que la oración es algo que se nos encomienda a todos. Si leemos Hechos 6:4, vemos el orden de prioridades esta-

Introducción

blecido por los propios apóstoles, pero esto no indica que la oración sea una tarea exclusiva de los predicadores. Los pastores y ancianos de las iglesias hemos de orar mucho por el bien de la propia iglesia local y por el de la Iglesia universal, y por el nuestro propio, pero las epístolas van dirigidas no solo a los pastores sino a todos los creyentes, y todos necesitamos practicar lo que en ellas se indica.

Y puesto que debemos orar mucho no solo por nosotros mismos sino también por los hermanos y hermanas en Cristo, debemos hacerlo de acuerdo con estos modelos escriturales, y pedir las bendiciones concretas que en ellos se especifican. Indudablemente, una buena manera, valiosa, y eficaz, de expresar nuestra solicitud y amor por los santos, es presentarlos en oración delante de Dios, pero hacerlo conforme a su voluntad.

Esta es también la oración del que escribe para todos sus lectores, y es la petición que les hace para sí mismo: que Dios derrame su gracia en nuestras vidas, en general, y en nuestras vidas particulares de oración, para que también en ellas sea glorificado. Si todos los cristianos somos indignos, más todavía es aquel que enseña, como pretendo hacer, cuando el conocimiento intelectual supera a la aplicación espiritual. Pero ***cuando el pecado abundó, y donde el pecado abundó, sobreabundó la gracia*** (Ro 5:20), de modo que, con el apóstol, nos quedamos extasiados ante ***la sabiduría y la ciencia de Dios*** y, sabiendo que ***de él, y por él, y para él, son todas las cosas***, también decimos: ***A él sea la gloria por los siglos. Amén*** (Ro 11:33-36).

1

LA GRATITUD

Romanos 1:8-12

Lectura introductoria: Salmo 100

*Cantad alegres a Dios, habitantes de toda la tierra.
Servid a Jehová con alegría;
Venid ante su presencia con regocijo.
Reconoced que Jehová es Dios;
Él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos;
Pueblo suyo somos, y ovejas de su prado.
Entrad por sus puertas con acción de gracias,
Por sus atrios con alabanza;
Alabadle, bendecid su nombre.
Porque Jehová es bueno; para siempre es su misericordia,
Y su verdad por todas las generaciones.*

Comenzamos nuestro estudio de las *Oraciones de los apóstoles* con la primera de ellas, que encontramos en la carta de Pablo a los Romanos. No fue esta la primera epístola que escribió el apóstol, pero vamos a seguir en el estudio el orden de colocación en nuestras biblias, y no otro que podría ser según la cronología de los distintos libros del Nuevo Testamento. Pero antes de realizar la lectura de esta y pedir la bendición de Dios, es necesario que indiquemos un par de cosas a modo de información:

La primera de ellas es que no debemos esperar encontrar una oración de modo literal. Las oraciones son siempre cosas muy per-

sonales e íntimas, de modo que cuando los apóstoles deciden ponerlas por escrito, lo que nos indican y tenemos en nuestras biblias es el contenido y el tema de sus oraciones, pero no las oraciones mismas. No tenemos todas las palabras con las que oraron, pero sí los motivos de sus oraciones. Y esto debe ser suficiente para nosotros. El propio Señor Jesucristo, cuando enseñó la oración del Padrenuestro, no dio una serie de palabras que hemos de repetir, sino más bien cuál debía ser el contenido de nuestras oraciones.

La segunda cosa que quiero resaltar es que, en cada una de las oraciones que estudiemos, se va a proporcionar un pequeño bosquejo en forma de tabla con los principios y motivos de estas, con el fin de que los tengamos presentes muchas veces, los leamos y meditemos en ellos para, poco a poco, ir haciéndolos nuestros. También así tendremos siempre la visión de conjunto de la oración, visión que necesitamos mantener y no perder cuando entremos en cada uno de los detalles específicos. Dicho bosquejo se encuentra al final de esta publicación.

Procedamos, pues, a la lectura, y pidamos de Dios esa bendición suya que necesitamos cada vez que leemos, oímos, o meditamos en su Palabra.

Primeramente doy gracias a mi Dios mediante Jesucristo con respecto a todos vosotros, de que vuestra fe se divulga por todo el mundo. Porque testigo me es Dios, a quien sirvo en mi espíritu en el evangelio de su Hijo, de que sin cesar hago mención de vosotros siempre en mis oraciones, rogando que de alguna manera tenga al fin, por la voluntad de Dios, un próspero viaje para ir a vosotros. Porque deseo veros, para comunicaros algún don espiritual, a fin de que seáis confirmados; esto es, para ser mutuamente confortados por la fe que nos es común a vosotros y a mí (Ro 1:8-12).

Oración personal a Dios.

1. INTRODUCCIÓN

Antes de comenzar con el primer versículo que nos ocupa, debemos decir algo acerca de los anteriores, que pueden (deben) ser también objeto de lectura. En los primeros cinco, el apóstol se presenta, presenta también en forma muy resumida los aspectos esenciales del evangelio de Dios acerca de su Hijo, y nos muestra grandiosas doctrinas, algunas de las cuales desarrollará luego, con amplitud, a lo largo de la carta. Estos cinco primeros versículos pueden considerarse como la «Introducción general».

Después, a partir del versículo 6, y hasta el versículo 15, hace lo que podemos llamar una «Introducción particular», y esto porque en ella Pablo comienza a decir cosas *particulares* de aquellos cristianos de Roma y a mostrar también ciertos aspectos *particulares* de su propia vida en relación con las de aquellos hermanos. Así, en este pasaje, el apóstol deja de lado las doctrinas y comienza tratando relaciones personales y humanas, aunque no por ello deja de ser doctrinal; la vida cristiana es una e indivisible, y debemos esforzarnos por que nuestras acciones y pensamientos estén de acuerdo con la doctrina que decimos creer.

Y así, llegamos al versículo 8, el cual nos muestra un paso más en unas relaciones cristianas correctas, pues, si verdaderamente nos sentimos miembros de la misma familia de Dios, no solamente nos *desearemos* buenas cosas: **Gracia y paz** (v. 7), sino que *oraremos* también a Dios los unos por los otros, y, finalmente, *actuaremos y haremos* algo para que aquellos deseos que decimos tener se hagan realidad (cf. Stg 2:14-17; 1 Jn 3:17-18). Un «cristiano» que no desee lo mejor para sus hermanos debe dudar de su cristianismo; pero no basta con el deseo, pues también debe dudar de su fe si no presenta las necesidades, materiales o espirituales, de sus hermanos ante Dios y no hace todo lo que esté en sus manos para suplirlas, como miembro de una misma familia. Y aquí, en el ver-

sículo 8, vemos que Pablo pasa de los deseos a las oraciones, mostrándonos una faceta de estas por aquellos hermanos.

Entre los estudiosos de las Escrituras no hay acuerdo sobre si estos versículos fueron una oración particular hecha por Pablo en aquel momento de la carta o si fue una información que el apóstol estaba dándoles en la que les indicaba cómo los recordaba ante el trono de la gracia. Pueden ser ambas cosas, y aunque me inclino por la segunda, la distinción es tan fina que para nosotros es indiferente en el estudio.

Si leemos algo que se indica al final de la carta: ***Yo Tercio, que escribí la epístola, os saludo en el Señor*** (cap. 16:22), vemos que la epístola fue escrita por un amanuense llamado Tercio, al cual el apóstol le estaba dictando. Es decir, la escena que hemos de imaginar no es la de Pablo sentado en su mesa pensando detenidamente lo que iba a decir, sino más bien la de un hombre moviéndose de un lado para otro, y haciéndolo ***en el Espíritu*** (Ap 1:10), inspirado para decir, corregir y modificar lo que dictaba, hasta que quedaron las palabras que el propio Dios quería.

Como podemos leer en el **versículo 7**, la carta estaba dirigida a ***todos los que*** estaban ***en Roma, amados de Dios, llamados a ser santos***, y podemos imaginar a Pablo dictando y dando gracias a Dios en aquel momento por el llamamiento de aquellos cristianos, o dictando e informándoles de su gratitud a Dios por ellos que mostraba ***sin cesar*** (v. 9). En otra de sus cartas podemos leer que había incluso cristianos en ***la casa de César*** (Fil 4:22), y todo ello llevaba al apóstol a dar gracias constantemente a Dios.

Hemos de resaltar también que, aunque el apóstol conocía a algunos de aquellos cristianos en Roma por haber coincidido en otros lugares (tal como podemos comprobar por la larga lista de nombres que cita en el capítulo 16 de esta misma carta), no había visitado nunca personalmente Roma ni aquella iglesia. Así que hemos de pensar en una iglesia compuesta por judíos y gentiles, una

iglesia numerosa, en la que la mayoría de los miembros eran extraños para Pablo, y el propio Pablo para ellos. No hay duda de que habrían oído hablar de él, y al principio como una persona peligrosa. Después, cuando estuvieron seguros de su conversión y supieron que era un apóstol para los gentiles (cf. Gá 2;9; 1 Ti 2:7; 2 Ti 1:11), se preguntarían por qué no los había visitado habiendo estado en Corinto, cerca de Roma. Y el apóstol les escribe la carta para darles a conocer su interés por ellos y para decirles que estaban continuamente en sus oraciones, y que, aunque se había propuesto visitarlos varias veces y aún no lo había conseguido, esperaba, por la voluntad de Dios, hacerlo pronto (cf. cap. 15:22,24,32).

Y es que no hay nada más reconfortante para un cristiano que saber que otros hermanos lo llevan constantemente ante el trono de la gracia. Es una necesidad que todos tenemos y, especialmente, los pastores, que necesitan ser alentados, fortalecidos, sostenidos y empujados con la sabiduría y el poder que proceden de Dios por medio de las oraciones de intercesión de sus propios hermanos de la iglesia. Como alguien dijo, y yo lo suscribo: «Yo aprecio las oraciones de los queridos santos de Dios más que todas las riquezas del mundo».

2. ACCIÓN DE GRACIAS

Comenzamos ahora con el primero de los versículos que nos ocupan y que ha originado el título de este primer estudio: «Oración y acción de gracias». En dicho versículo 8 (*primera-mente doy gracias a mi Dios mediante Jesucristo con respecto a todos vosotros, de que vuestra fe se divulga por todo el mundo*) pueden destacarse cinco aspectos importantes que reclaman nuestra atención y en los cuales nos detendremos, aunque en esta ocasión solo lo haremos en uno de ellos. Y este aspecto es la ma-

nera o el método con que Pablo ora, siendo para él lo primero dar gracias a Dios.

Si nos fijamos en la construcción de la frase, vemos que Pablo comienza con una palabra muy llamativa: **Primeramente**. Es decir, **primeramente** da gracias a Dios, y sobre esta palabra también se ha escrito mucho, pues, si seguimos leyendo, no vamos a encontrar lo que supuestamente habría de ir en segundo lugar. Es decir, si el apóstol dice: **Primeramente**, en primer lugar, cabría esperar que dijera otras cosas en segundo, tercer u otros lugares. Pero no lo hace, y al no hacerlo nos indica que con este **primeramente** no hace referencia a una cuestión de orden en una secuencia de varias cosas, sino a una cuestión de importancia.

Para el apóstol era esencial, pues, dar gracias a Dios en primer lugar, y lo hace antes de rogar o pedir, como podemos ver si leemos el **versículo 10**. Y aquí tenemos, por tanto, la primera lección para todos nosotros, la cual no solo hemos de saber, sino también practicar. Aquí vemos que el apóstol está haciendo aquello mismo que predicaba: **Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias** (Fil 4:6; en el original griego, la última parte de este versículo se encuentra en primer lugar). Y creo que todos debemos ser mucho más agradecidos a Dios, que todos debemos aprender mucho más en este aspecto, que todos somos torpes para aprender, y que todos necesitamos seguir aprendiendo, independientemente del nivel o madurez que tengamos como cristianos. Y no solo hemos de aprender, sino que también hemos de practicar.

Vamos, pues, a analizar distintos niveles de agradecimiento.

Cuando no éramos cristianos, no dábamos gracias a Dios, o si lo hacíamos —como también lo hacen muchos religiosos en el día de hoy, pero que verdaderamente no creen en Dios—, dábamos gracias no a Dios, sino a un ídolo que teníamos en nuestras mentes, creado a nuestra imagen y semejanza, al cual nos dirigíamos

para pedir y al cual dábamos las gracias cuando teníamos lo que queríamos (cf. Ro 1:21-25). La característica del incrédulo es que vive alejado de Dios y, por tanto, es desagradecido con Dios, aunque también goza de mucha misericordia y de lo que se conoce como su gracia común, ya que también Dios hace *salir su sol sobre malos y buenos y hace llover sobre justos e injustos* (Mt 5:45).

Así éramos, pero llegó un día en nuestras vidas en que recibimos la gracia de Dios, y fuimos hechos sus hijos, y ya conocemos todo lo que nos ha sido dado gratuitamente. Y si esto es así y decimos que nos ha sucedido, ya no debemos seguir en la misma condición y con la misma actitud de antes, de modo que, como cristianos, hemos de dar un primer paso en cuanto al agradecimiento a Dios. Si ahora podemos ver, no hemos de ver las bendiciones en nuestras vidas como algo normal, o como algo merecido, y debemos detenernos para dar gracias a Dios por ellas.

Cosas tan simples como el poder andar, el poder hablar o comer, el tener un techo o unos alimentos, el formar parte de la familia de Dios, el tener unos hijos, unos padres, o unos hermanos, el tener trabajo o recursos, el poder ir un día a la playa, el tener ropa de abrigo para cuando hace frío, y un interminable etcétera, muchos cristianos las consideran como normales y se olvidan de dar gracias a Dios por ellas. Nos acostamos y dormimos, ¿pero damos gracias? (cf. Sal 3:5; 4:8), porque todos, en mayor o menor medida, sabemos lo que es pasar noches de insomnio. Respiramos y lo vemos normal, cuando también sabemos lo molestos que estamos cuando una bronquitis nos aqueja, o vemos a otras personas que han de usar broncodilatadores, u oxígeno, o respiración asistida. Y vamos a hacer nuestras necesidades normalmente cada día, sin dar gracias por ello, cuando quizás en otras ocasiones no hemos podido, o cuando vemos a personas con sondas, con pañales, o con una operación en la que se les ha puesto un tubo hacia el exterior y una bolsa para poder evacuar sus heces.

¡Qué poco agradecidos somos a Dios, cuando la lista, como digo, sería interminable y nos faltaría tiempo para ir enumerando cosas! Y como somos poco agradecidos, también mostramos poco esta gratitud, de modo que hasta los israelitas en el desierto superan en esto a muchos que se consideran cristianos (cf. Éx 36:3-7).

Así que miramos a Dios y nos miramos a nosotros mismos y todo lo que somos y tenemos, y debemos estar llenos de agradecimiento. Pero, si somos cristianos, hemos de seguir adelante y salir de nuestro egoísmo, y hemos de darnos cuenta de que formamos parte de una misma familia, que somos miembros de un mismo cuerpo, y que hemos de preocuparnos los unos por los otros, ***de manera que si un miembro padece...*** (1 Co 12:25-26). Hemos de dar un paso más, y hemos de fijarnos no solamente en las cosas que nos alcanzan a nosotros sino también en aquellas otras que llegan a nuestros hermanos, por las cuales también debemos dar gracias a Dios y por las que nos debemos preocupar. ¡Y cuánto no fallamos en esto!

Es lo que puede leerse en las cartas de Santiago y de Juan, de modo que si nos olvidamos de dar gracias a Dios también por nuestros hermanos, con toda seguridad no nos daremos cuenta de sus necesidades y de aquellas cosas que nosotros podemos hacer para suplirlas (cf. 2 Co 8:1-5). Si nos fijamos en el versículo que nos ocupa, Pablo no está dando gracias a Dios por sí mismo, sino por sus hermanos, cosa que solo puede hacerse cuando dejamos de estar centrados en nosotros mismos.

Los creyentes superficiales pocas veces están satisfechos y, por tanto, pocas veces son agradecidos, ni por ellos, ni por sus hermanos. Los creyentes superficiales tienen como objetivo satisfacer sus propios deseos por las cosas del mundo, de modo que, con frecuencia, son más resentidos que agradecidos, pues sus corazones siguen siendo egoístas y legalistas.

Así que hemos de analizarnos, pues una marca del cristianismo espiritual verdadero es la gratitud; la gratitud por uno mismo, por

lo que Dios ha hecho en uno mismo, y por medio de uno mismo, y también la gratitud por lo que Dios ha hecho en otros creyentes y por ellos. Es lo que hace Pablo en todas sus epístolas, a excepción de una: expresa su gratitud por aquellos a quienes escribe. Incluso a la difícil iglesia en Corinto les dice: ***Gracias doy a mi Dios siempre por vosotros, por la gracia de Dios que os fue dada en Cristo Jesús*** (1 Co 1:4). La única excepción es la carta a los Gálatas, donde sus miembros se estaban apartando del evangelio de la gracia para acogerse a un sistema de justificación por obras defendido por falsos maestros. Las demás iglesias no eran perfectas, pero Pablo encontraba en ellas mucho por lo que debía y podía estar agradecido.

Pero hay que dar un paso más, pues no solamente debemos ser agradecidos por la multitud de bendiciones de todo tipo que disfrutamos cada día, sino sobre todo y por encima de ellas, debemos ser agradecidos por las bendiciones espirituales que nos han alcanzado y que han alcanzado también a los hermanos. Así, vemos aquí que Pablo da gracias a Dios por la fe de sus hermanos, y en Romanos 6:17 vuelve a hacerlo por la obediencia de estos al evangelio. De igual modo, en Romanos 7:25 fija sus ojos en la transformación realizada en su propia vida que le permite salir victorioso sobre el pecado, y de nuevo da gracias a Dios. O, como puede leerse en Efesios 1:3 y ss., donde las bendiciones espirituales son de otro orden muy superior e incomparables con las bendiciones materiales que pueden alcanzarnos y que ni siquiera llega a citar.

El cristiano que obedece a Dios pone la mira en ***las cosas de arriba*** porque se da cuenta que todo lo que hay aquí es efímero y pasajero (Col 3:1-4), porque sabe que la salud, los bienes, y todo lo material que puede alcanzarle, aun siendo cosas importantes, pueden desaparecer en cualquier momento, pues todo está en un mundo de pecado y de muerte. El cristiano debe mirar las bendi-

ciones espirituales y la gloria que le espera para, cada vez más, tener su tesoro y su corazón en otro sitio, en el Cielo, de modo que pueda dar gracias por más adversas que sean las circunstancias.

Pablo escribió las cartas a los Efesios, los Filipenses, los Colosenses y Filemón cuando estaba prisionero en Roma, pero en cada una de ellas da gracias a Dios por los creyentes a quienes escribe. Con toda seguridad carecía de muchas cosas que nosotros consideramos normales, pero aun así da gracias a Dios e insta a sus hermanos para que no se preocupen por él, pues el evangelio estaba siendo anunciado aún en el pretorio. En vez de quejarse, da gracias a Dios y anima a sus hermanos, porque ciertamente para él *el vivir era Cristo y el morir ganancia* (Fil 1:21).

En su encarcelamiento segundo —y simplemente os pido que penséis en las cárceles de Roma hace dos mil años—, sigue escribiendo y dando gracias a Dios por los hermanos, aunque tenía la muerte próxima y no sabía de qué manera sería ejecutado. Os doy simplemente un dato: en la Roma de aquella época, el sistema de alcantarillas de la ciudad pasaba por la prisión y, a veces, cuando las celdas estaban muy llenas, se abrían las compuertas del alcantarillado y todos los presos terminaban ahogados en medio de la inmundicia, con el fin de dar paso a una nueva remesa de prisioneros.

Pablo tenía un corazón agradecido porque miraba lo que Dios estaba haciendo y había hecho en su propia vida y en las vidas de otros hermanos, por las bendiciones espirituales y por el avance de su Reino en el mundo. Pablo vivía *por amor de su nombre* (v. 5), y puesto que tenía plena seguridad en la elección, llamamiento, justificación y glorificación final, suya y de los hermanos, daba gracias por ello, porque esto era lo más grande y porque nada de esto les podría ser quitado.

Por tanto, repito: *El creyente quejoso y desagradecido tiene en sí mismo la prueba de que anda mal, y necesita volver a pensar en*

todas las bendiciones que Dios le ha dado a él mismo y a sus hermanas.

Finalmente, el mirar las bendiciones espirituales y considerar que Dios está detrás de todas las cosas obrando para bien en aquellos que somos sus hijos (*cf.* cap. 8:28), nos permitirá también ser agradecidos aun en medio de los problemas, conflictos y tribulaciones. Como indica el propio Pablo: ***Nos gloriamos en las tribulaciones*** (cap. 5:3), es decir, podemos seguir siendo agradecidos, y no *a pesar de* las tribulaciones, sino *en* ellas, porque sabemos que han sido dispuestas por Dios para nuestro bien, para producir paciencia, experiencia y esperanza. Por eso Santiago nos dice también: ***Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas***, (Stg 1:2), y Pablo vuelve a decirnos: ***Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven...*** (2 Co 4:17-18). Por esto, por las bendiciones espirituales a las cuales lleva a fijar nuestra atención, es por lo que exhorta más adelante del modo siguiente: ***Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios*** [aquí están todas las bendiciones], ***que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta*** (Ro 12:1-2).

Este es el camino que la Palabra nos muestra: ***Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios*** [lo que Dios quiere, lo que ordena] ***para con vosotros en Cristo Jesús*** (1 Ts 5:18). Y como tal camino, hemos de recorrerlo, pues siendo verdaderos hijos agradecidos glorificamos a Dios y abrimos las puertas a sus bendiciones: ***Dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo*** (Ef 5:20). ***Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis lla-***

mados en un solo cuerpo; y sed agradecidos... Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él (Col 3:15,17).

Aún hay otro aspecto más de esta oración que quiero resaltar, aunque ya ha sido mencionado, y es que el apóstol no da gracias «a ellos», sino que da gracias «a Dios» por ellos. Y esto también es importante. No nos enseña aquí la Palabra que seamos desagradecidos entre nosotros mismos, sino que nos muestra que, ante todo, la gratitud se la debemos a Dios, porque somos lo que somos, hacemos lo que hacemos, y tenemos lo que tenemos, por Dios mismo. Pablo no daba gracias a aquellos hermanos de Roma por lo que eran, o porque pertenecían a aquella iglesia, o porque estaban llenos de fe, sino que daba gracias a Dios por ellos, porque la fe de ellos, que se estaba divulgando, procedía de Dios mismo.

Con este modo de actuar, Pablo nos lleva a pensar que nuestras bendiciones y las ajenas proceden de Dios, y es bueno que lo haga y que esto esté constatado para nuestra enseñanza: acostumbrarnos a emplear expresiones de gratitud a Dios. Y si por todas las bendiciones hemos de dar gracias, más debemos hacerlo en relación con la fe, pues no es una gracia pequeña, ni es otorgada a todos. Repito, que Pablo no da gracias a aquellos cristianos porque su fe era visible y estaba trayendo fruto en obediencia, sino que da gracias a Dios porque, como nos ha dicho en el versículo 5, el objetivo último de Pablo no era la fe sino ***la obediencia a la fe por amor de su nombre***, es decir, la gloria de Dios (Ef 2:8-10).

O lo expreso de otro modo: no somos nosotros los que debemos ser alabados o los que debemos esperar serlo cuando hacemos algo para Dios, algo en la iglesia, o cuando desempeñamos algún ministerio, sino que es Dios el que debe ser alabado por lo que nosotros somos o hacemos, porque solo a él le corresponde la gloria (*cf.* Lc 8:39; Hch 14:27; 15:4).

Y aquí, una vez más, tenemos una profunda doctrina. ¿Qué eran o quiénes eran aquellos cristianos en Roma? Lo podemos leer en los versículos anteriores: eran *llamados de Jesucristo, amados de Dios, llamados santos*, pero todo esto era obra de Dios, gracia de Dios. Por eso, cuando Pablo llega a esta cuestión de dar gracias, no puedo hacer otra cosa sino darlas a Dios por ellos, pues ellos, al igual que él mismo, podían y debían decir: *Por la gracia de Dios soy lo que soy* (1 Co 15:10), y todo lo que tengo lo he *recibido* (1 Co 4:7).

O de otro modo aún: nadie debe estar orgulloso por ser creyente, sino que debe dar gracias a Dios por él mismo y por los hermanos, debiendo afinar la lengua más para alabar y agradecer que para criticar.

Por tanto, y resumiendo todo: las acciones de gracias deben tener un lugar prominente, un lugar «primero» en nuestras oraciones, no solo por las bendiciones materiales de todo tipo que nos alcanzan, sino también, y sobre todo, por las espirituales, y no solo por las nuestras sino también por las de los hermanos, lo cual aumentará la comunión entre nosotros. Dar las gracias es algo que *debemos* a Dios, porque son muchas y muy grandes las misericordias que hemos recibido todos sus hijos. Y creo que sería bueno que todos nos propusiéramos hacer esto cada vez que nos dirijamos a Dios: dar gracias por todo lo que ha llegado a nuestras vidas y a las vidas de los hermanos por la gracia de Dios en Jesucristo.

Proceder así es también *un medio para fortalecer nuestra fe*, porque pone nuestros corazones en una condición adecuada ante los problemas y antes de pedir a Dios, lo cual debemos hacer a continuación. Además, *conduce al gozo en nuestra vida cristiana* cuando apreciamos la obra de Dios en nosotros mismos y en el resto de los hermanos que, junto a nosotros, constituyen su pueblo (*cf.* Fil 1:3-4). Así que, hermanos, si estamos tristes, atribulados, preocupados, ansiosos, etc., no hay nada mejor para quitar

estas tristezas del alma que el cultivo de la gratitud en la oración, lo cual también animará a nuestros hermanos. El cristianismo no se caracteriza por la tristeza y las caras largas, y muchas veces mostramos este aspecto porque nos faltan acciones de gracias a Dios.

Como se ha indicado, este ejemplo del apóstol no era algo excepcional, sino que era su costumbre frecuente, como podemos comprobar en otras muchas citas donde mezcla las acciones de gracias con las peticiones (*cf.* 1 Co 1:4; Ef 1:16; Col 1:3; 1 Ts 1:2; Fil 4, etc.). Y hemos de recordar que todos estos ejemplos han quedado constatados en las Escrituras para nuestra enseñanza.

Por tanto, aquí quizá tengamos una primera explicación de por qué tantas de nuestras oraciones permanecen sin respuesta. Hay otras causas para ello (*cf.* Stg 4:3-4), pero si no somos conscientes y no nos apropiamos de la bondad, la misericordia y la gracia de Dios para con nosotros y para con todos, ¿cómo podemos esperar respuestas de Dios a nuestras oraciones si vamos a seguir siendo desagradecidos?; ¿cómo vamos a esperar nuevas bendiciones si las que tenemos no las valoramos?

Y si somos sus hijos y creemos que Dios corrige y *disciplina* a sus hijos (He 12:4-11), ¿vamos a esperar a que Dios nos quite algunas de sus bendiciones para que las valoremos, y para que seamos agradecidos y mostremos agradecimiento?; ¿vamos a esperar a que nos quite el tiempo, el dinero, la salud, el trabajo, o muchas otras cosas para darnos cuenta de ellas, para valorarlas, y para mostrar nuestro agradecimiento?

Las acciones de gracias y las peticiones han de ir juntas si queremos que vayan juntas también las oraciones y las respuestas, porque ambas cosas van unidas normalmente (*cf.* Col 4:2). El apóstol, como su corazón estaba inflamado en gratitud por todas las cosas que Dios hacía y concedía a su pueblo, esperaba con fe otras bendiciones del propio Dios.

Esto es, por tanto, lo primero: dar gracias a Dios. Pero para dar gracias a Dios adecuadamente, se necesitan otras cosas que la acompañen, otros aspectos que también aparecen en este primer versículo y que deben servir para analizarnos y analizar nuestras oraciones.

En la voluntad de Dios lo haremos. Ahora solo nos queda concluir pidiendo la bendición sobre su Palabra, para nuestra edificación, y así, para la gloria de su Nombre.

2

LA POSESIÓN

Romanos 1:8-12.

Lectura introductoria: 1 Reyes 18:36-37

Cuando llegó la hora de ofrecerse el holocausto, se acercó el profeta Elías y dijo: Jehová Dios de Abraham, de Isaac y de Israel, sea hoy manifiesto que tú eres Dios en Israel, y que yo soy tu siervo, y que por mandato tuyo he hecho todas estas cosas. Respóndeme, Jehová, respóndeme, para que conozca este pueblo que tú, oh Jehová, eres el Dios, y que tú vuelves a ti el corazón de ellos.

Hemos comenzado el análisis de la primera de las que llamamos *Oraciones de los apóstoles*, la cual encontramos en la carta de Pablo a los Romanos, en su capítulo 1.

En el estudio anterior destacamos el primer aspecto esencial de esa oración, lo primero que Pablo hacía, que no era otra cosa sino dar gracias a Dios por los hermanos. Y dijimos que también hemos de acostumbrarnos a hacer esto en nuestras oraciones: dar gracias a Dios en todo y por todo, por las bendiciones espirituales y también por las materiales, y no solo por las que nos alcanzan a nosotros, sino también a los hermanos, y no solo en los momentos de bonanza sino también en los de aflicción, buscando siempre con esa gratitud glorificar a Dios.

Pero también dijimos que la gratitud que expresamos a Dios debe ir acompañada de otras cosas, de otros aspectos, que también

encontramos en la oración que nos ocupa, de modo que en uno de ellos, el segundo que vemos allí reflejado, vamos a detenernos. Y lo haremos después de leer la Palabra de Dios y pedir su bendición, sin la cual, en vano trabajaríamos (cf. Sal 127:1).

Primeramente doy gracias a mi Dios mediante Jesucristo con respecto a todos vosotros, de que vuestra fe se divulga por todo el mundo. Porque testigo me es Dios, a quien sirvo en mi espíritu en el evangelio de su Hijo, de que sin cesar hago mención de vosotros siempre en mis oraciones, rogando que de alguna manera tenga al fin, por la voluntad de Dios, un próspero viaje para ir a vosotros. Porque deseo veros, para comunicaros algún don espiritual, a fin de que seáis confirmados; esto es, para ser mutuamente confortados por la fe que nos es común a vosotros y a mí (Ro 1:8-12).

Oración personal a Dios.

1. INTRODUCCIÓN

El siguiente aspecto, y es el segundo de la oración, es el modo en que el apóstol Pablo se refiere a Dios, porque dice *mi Dios*. *Primeramente doy gracias a mi Dios*. Y aquí también debemos detenernos. Pero antes de hacerlo, creo que es bueno decir algunas cosas generales sobre la oración.

Todos oramos, pero todos también necesitamos aprender a orar, y todos, creo, entendemos perfectamente a los discípulos cuando se dirigieron al Señor y le dijeron: *Señor, enséñanos a orar* (Lc 11:1). Y todos necesitamos aprender a orar porque la oración verdadera es una actividad espiritual elevada, y suele constituir un problema para la mayoría de los cristianos. Es cierto que hay cristianos, o supuestos cristianos, para los que la oración no

encierra ninguna dificultad, para los que no hay nada más fácil ni más sencillo, y para los que no implica ningún esfuerzo. ¿Pero oran a Dios verdaderamente? También hay otros que oran poco y dicen que no le encuentran sentido a la oración, pues si Dios lo sabe todo y todo sucede según su voluntad, según ellos, no tiene mucho sentido orar. Pero para los cristianos que se preocupan por hacer la voluntad de Dios, repito, la oración puede resultar un problema.

¿Y cuáles son algunos de los aspectos de la oración que también debemos considerar? Los indicamos a modo de apartados generales.

El primero es que la Escritura otorga un papel muy destacado a la oración. Según la Biblia, la oración es un elemento esencial en la vida cristiana, y se nos dice que debemos orar, y se nos indica tanto por mandamiento como por medio de ejemplos. Por tanto, independientemente de la idea que tengamos de la soberanía de Dios y de nuestra relación con él, hemos de practicar la oración porque es la enseñanza clara de la Escritura.

La segunda observación que podemos hacer es que, cuanto más santa y piadosa es una persona, más tiempo la vemos dedicada a la oración. Así son todos los ejemplos que aparecen en la Biblia, y así han sido las vidas de los grandes santos en la historia de la Iglesia.

La tercera es que, como podemos comprobar, la oración desempeñó un papel muy prominente en la vida de nuestro Señor Jesucristo. El Señor oró, y oró constantemente, especialmente en momentos de crisis, de gran importancia, o de gran trascendencia. Era el Hijo de Dios, Dios mismo, pero también hombre perfecto, y aun así, o mejor, por eso mismo, no hacía nada por su propia cuenta sino que buscaba la voluntad de Dios y el poder de Dios para hablar y para hacer. Por eso oraba, porque la oración para él era completamente imprescindible.

El cuarto aspecto que quiero resaltar es que, para el cristiano, la oración es algo natural y casi instintivo, pues expresa la relación entre un hijo y un Padre. El que no ora mucho es que no conoce mucho a Dios, o no lo conoce como a su Padre, aunque pueda ser una persona moral y fiel en la iglesia. Los hijos hablan libremente con sus padres, y desean hacerlo.

El quinto aspecto que resaltamos en la oración es que, tal como el propio Señor Jesucristo nos enseñó, no debe empezar con las peticiones para obtener respuestas, sino con la adoración, con el deseo de mantener el contacto y la comunión con Dios. Si en nuestra vida diaria, en las relaciones humanas, practicáramos algo parecido al modo de orar de muchos cristianos, dichas relaciones serían consideradas como un insulto. Por tanto, repito, el cristiano no acude a Dios sobre todo para pedir, sino para asegurarse de que todo va bien en su relación con Dios y en su comunión. O lo expresamos de otro modo: los grandes santos, los apóstoles, y hasta el propio Señor, se acercaban a Dios porque podían decir ***mi Dios***.

En sexto lugar habremos de recordar que oramos a Dios para conocer su voluntad, y debe preocuparnos esto mucho más que el hacer la nuestra o el que se satisfagan nuestros propios deseos. Hemos de entender que Dios ha decidido hacer cosas a través de las personas que oran, y nos llama a orar buscando su voluntad para luego responder a nuestras oraciones, aunque puede hacer dicha voluntad sin ellas. Esto no es contrario a la omnipotencia de Dios, ni a su omnisciencia o soberanía, pues es Dios quien ha decidido hacer cosas por medio de las oraciones.

El último aspecto que quiero resaltar es que la finalidad suprema de cualquier oración debe ser glorificar a Dios, por lo que no debemos olvidar la gratitud y la alabanza. ***No a nosotros, oh Jehová, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria***, fue la expresión del salmista (Sal 115:1).

Todos estos son aspectos de la oración que no debemos olvidar, y que se daban en Pablo: para él la oración era esencial, le dedicaba tiempo siguiendo el ejemplo del Señor, era algo espontáneo y natural, y buscaba la voluntad de Dios con el deseo de adorarle y glorificarle. Es lo que vemos en sus numerosas oraciones que han quedado constatadas en el Nuevo Testamento.

Con este espíritu, y con esto en mente, debemos abordar lo que sigue, pues Pablo se dirige a Dios como a **mi Dios**. ¿Y hay algo, además de los aspectos indicados, que llevase a Pablo a expresarse así?

2. MI DIOS

En esta expresión del apóstol pueden destacarse muchos aspectos.

En primer lugar, no podemos pensar que con este modo de escribir el apóstol esté contradiciendo la enseñanza del propio Señor Jesucristo cuando dijo que deberíamos dirigirnos al Padre como **Padre nuestro que estás en los cielos** (Mt 6:9). Pablo podía haber dicho: **Doy gracias a nuestro Dios**, pero no lo hace porque con ello destaca que solamente podemos dirigirnos a Dios cuando Dios es alguien muy cercano y real en nuestras vidas, con todo lo que esto implica. Son, pues, dos enseñanzas complementarias las que tenemos: por una parte, el Señor nos indica que oremos en primera persona del plural (nuestro, nosotros, etc.) porque es el único modo de perder nuestro egoísmo; pero ahora aquí el apóstol se dirige a Dios como **mi Dios**.

En segundo lugar, esta forma de expresión, **mi Dios**, no hemos de tomarla como un gesto de orgullo del apóstol al querer situarse por encima de sus hermanos en Roma (puede verse que no lo hace si se lee el versículo 12), sino como demostración de una relación muy personal que al mismo tiempo nos enseña cómo debe ser también la nuestra. Tampoco podemos decir que fuera egoísta,

pues ya hemos hablado de su relación con los hermanos y de lo esencial que era para él la familia de Dios. Nada de eso, sino que lo que hace es mostrarnos una realidad, una verdad en su vida.

Esta expresión: dar gracias a **mi Dios**, la repite en varias de sus cartas (cf. 1 Co 1:4; Fil 1:3; Flm 4), y también habla de **mi Dios** cuando se dirige a los Filipenses para que confíen en que ese **mi Dios suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús** (Fil 4:19). Así, Pablo está siguiendo el ejemplo de su Señor y Maestro, que dijo a María Magdalena cuando resucitó: **Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios** (Jn 20:17), y que en la revelación a la iglesia de Filadelfia volvió a hablar varias veces de **mi Dios** (Ap 3:12).

En tercer lugar, pues, el apóstol, nos muestra una relación muy personal e íntima. Pablo no mira a la Deidad como alguien inalcanzable, infinito, absoluto o muy distante, sino como alguien que, al mismo tiempo que es su Padre y el de los creyentes de Roma, *nuestro Padre*, es también *su Dios*. Incluso las personas religiosas que no son creyentes se dirigen a Dios, pero solamente cuando decimos, sentimos y sabemos sin error que Dios es **mi Dios** es cuando las acciones de gracias son agradables en su presencia.

Ahora bien, en la mal llamada evangelización del día de hoy, lo primero que se hace es invitar a la gente a tener una relación personal con Dios o con Cristo, y parece que esto es tan sencillo como levantar la mano, dar un paso al frente, o decir que se desea. ¿Pero es esto lo único que se precisa para tener una relación íntima entre dos personas? Desde luego, es la mentalidad de muchos cuando hoy entran en el matrimonio, o cuando ni incluso entran, sino que viven juntos; y así les va, y así nos va. En este sentido, todo el mundo podría decir «mi Dios», como también se dice «Dios mío», o «si Dios quiere», sin prestar atención a las palabras. ¿Pero cómo puede darse gracias a un desconocido, o incluso a al-

guien considerado como enemigo?; ¿cómo puede darse gracias a un Dios a quien no se quiere obedecer y del cual alguien se aparta?

Los cristianos, en cambio, debemos tener una relación personal e íntima con Dios, tal que nos permita decir **mi Dios**, y cuando decimos —y debemos decirlo siempre— «si Dios quiere», hemos de saber lo que esto implica. Porque de igual modo que no todo el que dice: **Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos** (Mt 7:21), tampoco entrará todo el que dice «mi Dios», o «Dios mío», si carece de una relación tal que pueda hacerlo con propiedad.

Si leemos Números 22:18, vemos que el falso profeta Balaam utilizó esta expresión (**aunque Balac me diese su casa llena de plata y oro, no puedo traspasar la palabra de Jehová mi Dios**), pero también sabemos que la Biblia lo pone como ejemplo de persona mala, codiciosa, amante del dinero, y que se dedicó a poner tropiezo en el camino de los hijos de Israel. Por tanto, la expresión **mi Dios** para Balaam y para Pablo tenían un significado muy distinto. El primero hablaba así de un Dios al que no conocía íntimamente ni obedecía, y que lo condenó, mientras que para el segundo, las palabras que Rut la moabita dijera a su suegra Noemí, las asumía en su totalidad: **No me ruegues que te deje, y que me aparte de ti; porque a dondequiera que tú fueres, iré yo, y dondequiera que vivieres, viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios** (Rt 1:16).

Es este mismo conocimiento y confianza el que llevó a David a decir: **En mi angustia invoqué a Jehová, y clamé a mi Dios [...] Tú eres mi lámpara, oh Jehová; Mi Dios alumbrará mis tinieblas [...] y con mi Dios asaltaré muros** (2 S 22:7,29-30). (Puede verse también el pasaje paralelo del Salmo 18, versículos 1-2,6,21-22,28-29,31).

Por tanto, la expresión **mi Dios**, cuando es cierta y verdadera, encierra muchas cosas, algunas otras de las cuales encontramos resumidas en las citas siguientes: **Enséñame a hacer tu voluntad,**

porque tú eres mi Dios [...] y destruirás a todos los adversarios de mi alma, porque yo soy tu siervo (Sal 143:10,12); *Esta noche ha estado conmigo el ángel de Dios de quien soy y a quien sirvo* (Hch 27:23); *Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia, y fue llamado amigo de Dios* (Stg 2:23).

Creo que en el día de hoy una de las mayores necesidades de los que nos llamamos cristianos es conocer a Dios como **mi Dios**, saber que cuando oramos no nos dirigimos a un Poder o Fuerza Impersonal que nos pueda ayudar, ni a un Ser Supremo que se encuentre distante, sino que podemos y debemos hacerlo con alguien cercano, a quien conocemos, a quien deseamos conocer cada vez más (cf. Os 6:3), a cuya voluntad deseamos someternos, y cuyo honor y gloria estamos buscando. Alguien a quien obedezco **por amor de su nombre** (v. 5), alguien ante quien mi corazón rebosa de gratitud, alguien cuya familia me interesa, alguien que es *nuestro* Padre y cuyo Hijo es Jesucristo el Señor *de nosotros*, alguien a cuya presencia llevo a mis hermanos... Porque, en caso contrario, ¿cómo me atrevo a dirigirme a él? Esta es la necesidad y la esencia de la oración cristiana.

La misma definición que nuestro Señor Jesucristo dio de la vida eterna fue: *Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado* (Jn 17:3). Y *nuestra comunión* —dice Juan— *es con el Padre* [esto es, nuestra relación, la que me permite decir «mi Dios», «mi Señor»] *y con su Hijo Jesucristo* (1 Jn 1:4).

En cuarto lugar, cuando Pablo habla de **mi Dios**, está mostrando que lo que Dios prometió en la antigüedad a Jeremías en relación con el nuevo pacto se hace ahora realidad en la sangre de Cristo (cf. Jer 24:7; 30:22; 31:33; He 8:10). La gran promesa de este nuevo pacto la encontramos anteriormente en Génesis 17:7 o Éxodo 6:7. Es lo que Moisés y los hijos de Israel cantaron después del paso del mar Rojo (cf. Éx 15:2). Es la misma expresión que

usaron Caleb (cf. Jos 14:8), Rut (cf. Rt 1:16), Nehemías (cf. Neh 6:14), David, (cf. Sal 63:1), Daniel (cf. Dan 9:4,19), Jonás (Jon 2:6), etc. Todos ellos hablaban de **mi Dios** porque reconocían que esa relación era posible gracias al pacto.

Por tanto, volviendo a la idea comentada, no solamente hemos de empezar nuestras oraciones con acciones de gracias, sino que hemos de ser conscientes de que nuestra relación personal con Dios es correcta, y solamente puede serlo si andamos en obediencia a sus mandamientos y si estamos incluidos en el nuevo pacto en la sangre de Cristo.

En quinto lugar, además de los aspectos anteriores, hay otros en la expresión **mi Dios** que solo cito brevemente, pero que podrían ser objeto de una consideración mucho más detallada:

1) Dios es el Dios de Pablo por elección eterna, por haberlo amado **con amor eterno** (Jer 31:3; cf. Ef 1:3-5). Hemos de saber que, por naturaleza, por nuestra propia condición que traemos a esta vida, somos enemigos de Dios (cf. Ro 5:10; 8:7; Col 1:21), contrarios a hacer su voluntad e incapaces de obedecerla, de modo que todos estábamos **sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo** (Ef 2:12).

Si esto es así —y así es porque Dios nos lo muestra en su Palabra—, es obvio que el primer paso para la relación, la iniciativa para que un día hayamos podido decir **mi Dios** ha sido tomada por el propio Dios al cual despreciábamos y nos enfrentábamos. Esta es la doctrina de la elección.

Esto no quita la responsabilidad que tenía Pablo, ni que tiene ninguna persona, cuando se da cuenta de que no puede decir con propiedad **mi Dios**, cuando se da cuenta de su pecado y de su vida vivida a su manera lejos de ese Dios, lejos de proceder al arrepentimiento y clamar a Dios para poder hablarle como **mi Dios**. Esto es lo que Dios ordena, que todos procedan al arrepentimiento (cf.

Hch 17:30); esto es lo que se nos ha encomendado predicar y anunciar, y de esto hemos de estar seguros en nuestras vidas.

2) También era el Dios de Pablo por redención, habiéndolo rescatado de su *vana manera de vivir* [...] *con la sangre preciosa de su Hijo* (1 P 1:18-19). No solo Dios el Padre elige, sino que Dios el Hijo se encarna y viene a morir por los elegidos para que la relación y la reconciliación sean posibles. Por tanto, no es suficiente con el *arrepentimiento*, sino que es necesaria también *la fe* en la obra y en la persona del *Señor Jesucristo* (Hch 20:21), el único *Mediador entre Dios y los hombres* (1 Ti 2:5), y el único que puede llevarnos al Padre (cf. Jn 14:6).

3) También era el Dios de Pablo por llamamiento y *regeneración* (Tit 3:5), por nuevo nacimiento espiritual, por haberle comunicado vida espiritual y haber estampado en él su sello con la imagen divina en su corazón (cf. Ef 1:13-14). Esta es la obra de Dios el Espíritu Santo, sin la cual seguimos muertos en nuestros delitos y pecados.

Así que las tres personas divinas están implicadas en nuestra salvación, y la obra de las tres es necesaria para que podamos decir *mi Dios*. Así comienza la relación con Dios que nos hace cristianos, y por eso, esa relación estaba asegurada; no había ninguna duda ni ninguna incertidumbre, y Pablo podía decir lo mismo que dijera Job: *De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven* (Job 42:5).

4) Pero también era el Dios de Pablo por elección personal del propio Pablo, porque cuando Dios se le reveló, el apóstol se rindió a él y dijo: *¿Qué quieres que yo haga?* (Hch 9:6). Aquella no era una relación cualquiera, sino una relación de servicio, tal como vemos en el **versículo 9**.

En 1 Tesalonicenses 1:4 podemos leer: *Porque conocemos, hermanos amados de Dios, vuestra elección*, y esta frase tiene un doble sentido, tal como se muestra en los versículos siguientes. Es

cierto que con ella se habla de la obra de Dios, la obra del Dios trino que hemos citado anteriormente, pero también es cierto que hace referencia a la propia elección vital que realiza la persona al no desear otra cosa más que a ese Dios que tanto ha hecho por ella (cf. vv. 6-10). O, dicho de otro modo: si la elección de Dios ha sido cierta, y yo formo parte de su familia, esa elección me moverá a decir con el apóstol: **¿Qué quieres que yo haga?**

Si entiendo, y debo entender cada vez más, lo que Dios ha hecho por mí, y sé que lo ha hecho *por mí*, ¿cómo no me voy a entregar a Dios y voy a hacer todo lo posible para honrarlo y glorificarlo, si es **mi Dios**? Esta relación con Dios debe considerarse como una relación de amor, pero también como una relación de servicio (cf. Ro 1:9), o mejor, de servicio por amor, tal como lo expresa el propio Pablo en 2 Corintios 5:14-15: ***El amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos.***

5) Finalmente, Dios era el Dios de Pablo porque el hecho de otorgarle de su propia naturaleza hacía que Pablo no deseara otra cosa más que a Dios y estuviera completamente satisfecho con su herencia (cf. 2 P 1:3-4; 1 P 1:3-5).

Todo esto está implícito en **mi Dios**. Y ahora podemos poner las dos cláusulas juntas: **Doy gracias a mi Dios**. ¡Qué combinación más adecuada! Si Dios es Dios, ¿no es un Dios al que debo darle infinitas gracias? Y si yo lo conozco personalmente como **mi Dios**, ¿no deben salir espontánea y frecuentemente las acciones de gracias de mi corazón y mis labios? La unión de ambas cosas explica la fuerza de la palabra que inicia la frase: **Primeramente**; no en primer lugar como en una enumeración, sino en importancia, en vehemencia, en orden espiritual.

Si Dios mismo es mío, entonces todas las cosas que son puras, santas, amorosas o satisfactorias son mías. Si Dios es mío, puedo

descansar tranquilo, porque todo me pertenece (*cf.* 1 Co 3:21-23), y nada me separará de él (*cf.* Ro 8:35-39). Si este glorioso hecho, esta infinita gran verdad se considera en el corazón en meditación y adoración, entonces el corazón no estará frío ni dubitativo, y la boca no quedará paralizada cuando uno se acerque al trono de la gracia. No es un Dios absoluto y lejano al que me aproximo, sino que es **mi Dios**. Y esta bendita y dichosa relación debe ser debidamente reconocida por el cristiano cuando dobla sus rodillas ante Dios.

En sexto lugar, Pablo está mostrando que no todo el mundo puede dirigirse a Dios como **mi Dios**, lo cual implica que si alguien no puede decir con toda propiedad **mi Dios**, tampoco puede dirigirse a él, porque Dios no lo oye. O Dios es para mí **mi Dios**, con todo lo que esto conlleva, o no es nada más que un **DIOS NO CONOCIDO** (Hch 17:23), al cual ni sirvo, ni obedezco, ni es mi Padre, ni me salva, ni formo parte de su familia, ni me ha dado su Santo Espíritu, ni le estoy agradecido, ni le amo ni nada. Es más, estoy bajo su ira, y algún día puede que me alcance, tal como alcanzó a aquellos de la antigüedad que quisieron ofrecerle incienso y nunca debieron haberlo hecho porque no les correspondía (*cf.* Nm 16:35,39-40).

Esta expresión, **mi Dios**, sería una presunción, una malvada presunción, y un insultante escepticismo, si a Dios se le niega con la vida (*cf.* Is 1:15-20; Hch 19:13-16). Y si soy consciente de que no puedo decir **mi Dios**, porque no estoy en el pacto o porque no me he rendido a su servicio, tendré que acercarme a su presencia en humillación y arrepentimiento, pidiendo perdón por mis pecados y por mi vida vivida a mi manera, y tomando la firme resolución de cambiar, porque solamente así mis oraciones le serán agradables y serán aceptas en el Amado.

Por tanto, **mi Dios**; este es el comienzo de la oración. Antes de que comencemos a ofrecer nuestras acciones de gracias, antes de

que comencemos a pensar en nuestras peticiones, hemos de preguntarnos: ¿Conocemos a este Dios?; ¿somos conscientes de su presencia?; ¿podemos decir **mi Dios**?; ¿tenemos este sentido personal de contacto y de relación? Porque aquí también podemos ver la diferencia entre un cristiano verdadero y alguien que no lo es. El cristiano nominal se contenta con hablar de Dios y mostrar a otros lo que sabe de Dios y de la redención en Cristo. En cambio, el verdadero cristiano ama a Dios, conoce a Dios, obedece a Dios, se deleita en Dios, se gloria en Dios, se estremece ante el solo pensamiento de gloriarse en cualquier otra cosa, y verdaderamente dice **mi Dios**.

Ciertamente, el conocimiento doctrinal es necesario, pero hemos de desear más el **árbol de la vida** que el **árbol de la ciencia del bien y del mal** (Gn 2:9), y hemos de saber que, aunque entendiéramos **todos los misterios**, el amor y la obediencia a Dios que me hacen hablar como de **mi Dios** son mucho más importantes (1 Co 13:2).

Finalmente, en séptimo lugar, pensamos en otros aspectos a modo de aplicación.

Si digo que Dios es **mi Dios**, debo hacer mías también las palabras del Señor Jesucristo, que dijo: **Todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío** (Jn 17:10). ¡Qué intercambio tan glorioso! Lo entendemos entre las personas divinas, pero me maravillo al pensar en Dios y en mí mismo. «Tuyo mi pecado, y mía tu justicia; tuya mi debilidad, y mío tu poder; tuya mi impiedad, y mía tu santidad...». ¿Qué te puedo dar, Señor? Tenemos la respuesta: **Dame, hijo mío, tu corazón** (Pr 23:26).

Decir **mi Dios** es considerar las palabras del Cantar de los Cantares: **Yo soy de mi amado, y conmigo tiene su contentamiento**; y: **Las muchas aguas no podrán apagar el amor, ni lo ahogarán los ríos** (Cnt 7:10; 8:7). Es volver a pensar lo que significa el primer y mayor mandamiento: **Amarás al Señor tu Dios** [si ver-

daderamente lo es] **con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas** (Mr 12:30).

Decir **mi Dios** es perder la vida, es la negación de uno mismo, para encontrar la verdadera vida en abundancia. Es la participación en los padecimientos de Cristo, pero también el conocimiento del poder de su resurrección. Es la esclavitud que nos hace libres.

Por tanto, ¿puedo decir, sabiendo lo que digo, que Dios es **mi Dios**? No podemos mantener una idea del cristianismo que consista en cumplir ciertas exigencias de modo que nuestro «yo» natural disfrute de algún tiempo y tenga sus oportunidades para hacer lo que le agrada. No podemos concebir el cristianismo como la actitud de un hombre honrado que paga sus impuestos, pero que con el resto puede hacer lo que quiera. Este modo de pensar hace que muchos supuestos cristianos abandonen, o que lleguen a sentirse muy desgraciados, pues su «yo» natural cada vez se siente más acorralado, y cada vez está más descontento y quejumbroso.

La vida cristiana es diferente: es más difícil, pero es más fácil. No se nos pide una parte, sino todo, de modo que Dios no viene a nuestra vida para atormentar nuestro «yo» natural, sino para darle muerte. Por eso, el propio Cristo describe la vida cristiana a veces como muy difícil: **Tome su cruz** (Mt 16:24; etc.), y otras como muy fácil: **Mi yugo es fácil, y ligera mi carga** (Mt 11:30). Y ambas cosas son ciertas. Lo difícil es entregarle a Cristo todo nuestro ser, pero esto es mucho más fácil que intentar hacer otra cosa.

Para poder decir **mi Dios** no podemos querer que nuestra mente o nuestro corazón sigan sus propios caminos, porque ese Dios nos advierte y nos dice que eso no es posible. Si queremos producir trigo, el campo tiene que ser arado y sembrado. Repito: perder la vida para poder decir **mi Dios** es difícil, pero mucho más difícil es el tipo de acomodo que la mayoría de los cristianos buscan. Es difícil que de un huevo salga un pájaro, pero es mucho más difícil que el mismo huevo salga volando, y nosotros no podemos, si so-

mos cristianos, ser huevos decentes durante toda la vida. O salimos del cascarón, o nos pudrimos.

Para poder decir **mi Dios** hemos de ser discípulos, pues no hay otra posibilidad para ser cristianos, y ser discípulos consiste en ser como el Maestro, en obediencia y en imitación. Para poder decir **mi Dios** hay que perder aquellas cosas que normalmente se buscan en la vida, pero a cambio se recibe la paz duradera, la esperanza firme, y el poder para hacer el bien y resistir las fuerzas del mal. Para poder decir **mi Dios** hemos de entender el cristianismo no como una obligación, sino como la más alta posibilidad humana, como la vida en el plano más elevado. Para poder decir **mi Dios** es necesaria una entrega absoluta, y esta es la gran necesidad, y quizá también la gran falta, en no pocos cristianos en el día de hoy.

Terminamos con unos párrafos de Agustín de Hipona, aquel gran hombre de Dios que fue tocado en su corazón leyendo una porción de esta carta a los Romanos. Lo que sigue se encuentra en su libro *Las confesiones*.

Mi ser interior era una casa dividida contra sí misma... cuando yo deliberaba sobre consagrarme al servicio del Señor mi Dios, conforme hacía ya mucho tiempo lo había dispuesto, yo era el que quería y el que no quería. No deseaba plenamente hacerlo, pero tampoco lo rechazaba por completo; por eso contendía conmigo mismo. Yo mismo creaba la confusión en mí... Así, el alma se desgarraba en dos... porque mientras por un lado la verdad le enseña a preferir un camino, por otro lado, el hábito le impide renunciar al otro camino. Esta era la naturaleza de mi enfermedad. Me atormentaba y quería que mi cadena se rompiera de una vez por todas.

Y sigue este hombre escribiendo:

Dudaba en morir a la muerte y vivir a la vida; podía más en mí lo malo arraigado que lo bueno desacostumbrado, y me llenaba de mayor horror a medida que me iba acercando al momento que iba a marcar el gran cambio en mí. Me retenían mis viejos afectos; estos tiraban de mi vestido de carne y me susurraban: «¿Nos dejas?; ¿desde este momento no estaremos contigo nunca jamás?».

La experiencia de su conversión fue traumática y radical, pero hasta ese momento cuenta que seguía preguntándose: «¿Hasta cuándo seguiré diciendo: mañana, mañana?; ¿por qué no hoy?; ¿por qué no poner fin a mis torpezas en esta misma hora?». Después oyó a una niña que cantaba y decía: «Toma y lee, toma y lee», y fue llevado a Romanos 13:13-14. Allí leyó, y fue suficiente. Dijo: «No quise leer más, ni era necesario tampoco».

Pero lo que quiero resaltar es que toda esa insatisfacción del alma estuvo en él hasta que decidió firmemente seguir y servir a Dios, hasta que decidió que Dios fuera para él, como para Pablo, *su Dios*.

No basta con tener buenos pensamientos, hermanos, ni buenas intenciones, ni desear cosas buenas. Necesitamos el poder transformador de Dios en nuestras vidas, y para ello hemos de tomar la firme resolución de decir en todo momento, y con todas las consecuencias: Dios es **mi Dios**. Solamente me puedo dirigir a Dios así cuando soy completamente suyo, del mismo modo que quiero que él sea mío, **mi Dios**.

¡Que su Santo Espíritu nos haga entender esto, nos ayude a comprender que no hay mayor gloria, ni mayor privilegio, ni mayor satisfacción, ni mayor gozo, ni mayor vida, que poder decir **mi Dios**!

¡Que **el Dios de toda gracia** nos **perfeccione, afirme, fortalezca y establezca** (1 P 5:10) para la gloria de su Nombre!

3

LA MEDIACIÓN

Romanos 1:8-12

Lectura introductoria: Hebreos 9:24-25

Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios; y no para ofrecerse muchas veces, como entra el sumo sacerdote en el Lugar Santísimo cada año con sangre ajena.

En la primera de las *Oraciones de los apóstoles* que estamos analizando y que encontramos en el capítulo 1, versículos 8 al 12, de la carta de Pablo a los Romanos, ya hemos visto dos aspectos. *El primero*, el de la necesidad de dar **gracias** a Dios, porque debemos darlas por todo, porque fortalecen nuestra fe, y porque nos conducen al gozo en nuestra vida cristiana. *El segundo*, el de la necesidad de tener una relación personal con Dios expresada por las palabras **mi Dios**, relación recogida en el nuevo pacto y que conlleva la elección de Dios, la redención, la regeneración, y la propia elección del creyente para servir a Dios.

Ahora nos vamos a detener en el siguiente aspecto recogido en el mismo versículo 8, el cual se encuentra encadenado con los anteriores, y así como hemos dicho que hemos de **dar gracias a Dios** pero que no podemos hacerlo si Dios no es **mi Dios**, tampoco podemos dar **gracias a mi Dios** si no es **mediante Jesucristo**.

En este asunto, en la mediación del Señor Jesucristo, vamos a estar meditando, pero antes leemos la Palabra de Dios y pedimos su bendición.

Primeramente doy gracias a mi Dios mediante Jesucristo con respecto a todos vosotros, de que vuestra fe se divulga por todo el mundo. Porque testigo me es Dios, a quien sirvo en mi espíritu en el evangelio de su Hijo, de que sin cesar hago mención de vosotros siempre en mis oraciones, rogando que de alguna manera tenga al fin, por la voluntad de Dios, un próspero viaje para ir a vosotros. Porque deseo veros, para comunicaros algún don espiritual, a fin de que seáis confirmados; esto es, para ser mutuamente confortados por la fe que nos es común a vosotros y a mí (Ro 1:8-12).

Oración personal a Dios.

1. INTRODUCCIÓN

Vamos, pues, a analizar, las palabras *mediante Jesucristo*, aunque verdaderamente nos vamos a centrar en la primera, porque, de la segunda, Jesucristo, ya debemos saber bastante. En realidad, el título completo que los escritores del Nuevo Testamento prefieren dar al Señor es *nuestro Señor Jesucristo*, con este u otro orden en las palabras, a las cuales se añade a veces la de *Salvador* (Hch 15:26; 20:21; Ro 1:3; 5:1,11; 1 Co 1:2-3; Stg 2:1; 1 P 1:3; 2 P 1:16; Jud 1:4,17,21; Ap 22:21; etc.), título que nos habla de su humanidad, de su misión, de su capacitación y unción para su triple obra, de su divinidad, de su resurrección, ascensión y exaltación, y de la formación de su cuerpo, la Iglesia, en cuyos miembros se espera comunión.

Pero no vamos a detenernos aquí, sino únicamente en la palabra que la antecede: *Mediante*, o *por medio de*, o *a través de*. Y

con ella, como se ha indicado, damos un paso más en los aspectos de este versículo que decimos que son consecutivos o entrelazados, porque nadie puede dar **gracias a Dios**, ni nadie puede acercarse a él como **mi Dios**, ni nadie forma parte de su familia, si no es por la mediación de Jesucristo. Y también al revés: si ciertamente Jesucristo es nuestro Mediador, podremos acercarnos a Dios como **mi Dios**, formamos parte de su familia, y, por todo ello, debemos mostrar un profundo agradecimiento.

Pablo tenía un motivo y un argumento de peso por el cual podía decir: **Doy gracias a mi Dios**, y este motivo y argumento no es otro sino el Señor Jesucristo. ¡Cuántas gracias hemos de dar, si somos cristianos, por esta cláusula! Dios, el Santo Dios, ¿cómo puede ser **mi Dios**, y cómo puedo acercarme a él confiadamente para darle gracias si soy consciente de mi contaminación y pecado? La respuesta inspirada, la provisión suficiente para cubrir todas nuestras necesidades es: puedo tener acceso a la santidad de Dios por medio de Jesucristo. Y esto me ha de llevar a nuevas acciones de gracias por la propia persona y obra del Señor Jesucristo.

Así que hay dos cosas complementarias: doy gracias a Dios por todas sus bendiciones derramadas sobre mí y sobre los hermanos, y puedo hacerlo dirigiéndome a él como **mi Dios**, porque lo hago **mediante Jesucristo**, quien me permite acercarme **confiadamente al trono de la gracia** (He 4:16). Pero al hacer esto y darme cuenta de que solo **por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre** (Ef 2:18), mi corazón se inflama y da gracias al Padre por la bendita persona y obra del Señor Jesucristo. Puedo dar gracias **por medio** de él, pero uno a ellas mis acciones de gracias **por** él, y ambas cosas forman parte de nuestro deber, al tiempo que fortalecen nuestra fe y traen gozo a nuestra vida (cf. Ro 5:11; 7:25).

De igual modo, mi seguridad en el camino de la vida es **mediante Jesucristo** (cf. He 2:17-18; 4:15; 7:24-25; 8:6,10-12;

10:14,19-22), y soy consciente de ello y por eso hablo de *mi Dios*. Como está escrito: *Ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él* [Jesucristo, por los méritos y por la eficacia de su sangre santificante] *sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan* [y que dan gracias a] *su nombre* (He 13:15).

Y aunque mi caso sea muy difícil y tenga un sentimiento de pecado y pobreza, eso no impedirá que me acerque al *trono de la gracia* y, por tanto, nada me detendrá para dar gracias por Jesucristo y por la provisión de Dios en él.

Pablo no está aquí haciendo un estudio sistemático de la oración, sino que, como hemos leído, está hablando de que desea ir a verlos, de que desea decirles personalmente que da gracias a Dios por ellos, pero no puede decirles esto sin expresar las palabras *mediante Jesucristo*. Nunca lo olvida, siempre lo hace, y lo repite una y otra vez, igual que hacen los otros escritores del Nuevo Testamento, con expresiones parecidas que indican lo mismo (cf. Ef 3:21; 5:20; Fil 1:11; He 13:15; 1 P 2:5; 4:11; etc.).

Nosotros vamos a Dios y hacemos nuestras peticiones, normalmente, *mediante Jesucristo*, porque así él mismo nos lo ha enseñado (cf. Jn 14:14; 15:16; 16:23-24), pero Pablo nos muestra aquí que es igualmente necesario hacerlo incluso cuando estamos dando gracias a Dios. O de otra manera: nadie puede acercarse a Dios en ningún modo, ni siquiera para dar gracias, si no es por medio del Señor Jesucristo, y esto es así porque no hay conocimiento del Dios verdadero ni hay acceso a Dios, excepto *mediante Jesucristo*. Como sabemos, esta cuestión es parte del tema de la carta a los Hebreos, donde se nos habla del Señor como del Sumo Sacerdote que nos permite acercarnos al *trono de la gracia* y que, mediante su sangre, ha abierto el velo para que entremos en el Lugar Santísimo.

Por eso los cristianos hemos de ser *intolerantes* con el ecumenismo o la unión de «todas las clases de fe», *completamente* into-

lerantes con *todos* los movimientos que sugieren que todos los que creen en algún dios y oran a algún dios tienen algo en común. Incluso completamente intolerantes con muchos que dicen ser cristianos y creer en Cristo, pero a su manera, sin saber lo que significan las palabras *Jesucristo el Señor de nosotros*, o sin mostrar en sus propias vidas que estas son una realidad. Hoy, como siempre, y quizá en mayor medida, estamos llamados a contender ***ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos*** (Jud 3).

La presión que se ejerce en este asunto en el día de hoy es enorme, defendiéndose que todas las experiencias espirituales son correctas, que el diálogo de las religiones es necesario, que todas contribuyen a la liberación y realización del ser humano, y que (cito textualmente de un destacado dirigente cristiano, más bien ministro de *Satanás* disfrazado como ministro *de justicia* —2 Co 11:13-15—, maldito por predicar otro *evangelio diferente*: Gá 1:7-8) «*el hinduismo, budismo, judaísmo, cristianismo e islam deben purificarse y completarse por el contacto aceptado entre ellas que, por su misma naturaleza, se presentan simplemente como testimonios u ofertas*».

A mí me hierve la sangre y se me enardece el espíritu, porque todo esto es una obra, sin lugar a duda, de Satanás, que echa por tierra el cristianismo, al propio Cristo, sus palabras, y todo lo que es la fe cristiana. Este mismo dirigente —cuyo nombre no quiero citar— sigue diciendo que «*la noción india de “atman” es más rica que la del “pneuma” griego*» y que, por tanto, «*es más apta para darnos una teología del Espíritu Santo*». Incluso habla del budismo diciendo que puede prescindir de la realidad de Dios, pero que es una experiencia mística que también conduce a la libertad. Y así, da igual que Dios sea una persona o tres, o sea un dios impersonal, o que exista o no, o que tenga o no una familia, o que la experiencia religiosa sea personal o colectiva, o que sea o no

amor, o que haya o no la mediación de Jesucristo, etcétera, de modo que, y sigo citando: «*El cristianismo necesita de las otras experiencias como correctivo y como complemento; la experiencia hindú no puede ser excluida de la mística cristiana, y quizás debería ser el punto de partida de toda experiencia religiosa auténtica*».

Y termina este hombre diciendo: «*También en el no creyente puede darse una profunda experiencia espiritual que apunte a dimensiones nuevas o desconocidas [...] la belleza salvará al mundo, pero no por sí sola, como tampoco lo salvará Dios a solas, sino que es un anuncio de que el mundo tiene salvación y el hombre debe buscársela*».

Si nos fijamos, la antigua herejía pelagiana de que el hombre es el autor de su propia salvación y que Dios está poco menos que a su servicio, vuelve a resurgir una y otra vez de forma disfrazada, con la abolición de lo absoluto, las filosofías orientales, el pragmatismo, etc. Pero la posición cristiana es esta: no hay acceso posible a Dios y no hay oración que Dios oiga, excepto la que se hace por medio de Jesucristo, y no puedo tener una relación espiritual con ninguna persona para la que Cristo, el verdadero Cristo, no sea absolutamente esencial. Puede ser una persona buena ante los ojos de la sociedad, pero no es cristiana ni conoce a Dios si para ella no es imprescindible la mediación de Jesucristo. Él mismo lo dijo: ***Yo soy el camino, y la verdad, y la vida. Nadie viene al Padre sino por mí*** (Jn 14:6), y si creo en Cristo, las afirmaciones citadas anteriormente y otras por el estilo, son falsas. Cristo hace una reivindicación exclusiva. Y esto es una parte esencial de nuestra posición cristiana.

Ni que decir tiene que también es falso algo fundamental en el catolicismo romano como es la mediación de María, de los santos que esa religión canoniza, e incluso de los familiares difuntos. Al final, hay tantos mediadores o mediadoras como personas adictas

a esa religión, pero eso no tiene base bíblica alguna, **porque hay un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos** (1 Ti 2:5-6).

Las otras religiones no llevan a las personas a Dios, y hemos de defender y proclamar que somos intolerantes en este sentido, y defender y proclamar que no hay acceso a Dios si no es mediante el Señor Jesucristo. Él es el *único* Sumo Sacerdote, él es el *único* que me permite acercarme a Dios, él es el *único* por el que puedo alcanzar gracia y misericordia; y ahí tenemos para confirmar esto la carta a los Hebreos.

El Antiguo Testamento enseña extensamente el trabajo del sumo sacerdote: podía entrar en el Lugar Santísimo solo una vez al año, y no sin sangre. Y llevaba campanillas en el borde de sus vestidos con el fin de que el pueblo, que se quedaba fuera, pudiera oírlas y pudiera saber que aún estaba vivo a pesar de encontrarse ante la presencia y la santidad de Dios. Y Dios sigue siendo el mismo, y es necesario —porque aquellos sacrificios ya pasaron— que hoy haya un Sumo Sacerdote que nos permita, con confianza y seguridad, acercarnos a Dios (cf. He 9:24-25; 10:12-14,19-22). Y por eso sigue diciendo: ***Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió*** (He 10:23).

Por tanto, Dios es ***mi Dios*** solo ***mediante Jesucristo***, y mediante él y por él doy gracias, y solo así yo soy también alguien para ese Dios. Y lo que la Biblia me indica es que soy su hijo, con todo lo que esto implica de cuidado, seguridad, bendiciones, disciplina, etc. La doble idea está incluida: no es solo lo que Dios es para mí, sino también lo que yo soy para Dios, y ambas cosas, ***mediante Jesucristo***.

Ahora bien, es fundamental que entendamos lo que significa la mediación de Jesucristo, que entendamos por qué pedimos y da-

mos gracias a Dios en su nombre, que sepamos si podemos o no hacerlo, si tenemos o no a este Mediador, porque, según sus propias palabras: *Esta [y no otra] es la vida eterna: que te conozcan a tí, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado* (Jn 17:3).

2. LA MEDIACIÓN

Cristo es el Mediador, el Cordero de Dios, y usamos su nombre en nuestras oraciones... ¿pero qué implica esto? Porque muchos, sin saberlo, al pedir u orar en el «nombre de Jesús» pueden estar desobedeciendo el mandamiento que dice: *No tomarás el nombre del SEÑOR tu Dios en vano* (Éx 20:7 LBLA).

Para hablar de esta mediación vamos a considerar un pasaje del Antiguo Testamento en el que aquella está prefigurada en sombras: *Y pondrá su mano sobre la cabeza del holocausto, y será aceptado para expiación suya. Entonces degollará el becerro en la presencia de Jehová; y los sacerdotes hijos de Aarón ofrecerán la sangre, y la rociarán alrededor sobre el altar, el cual está a la puerta del tabernáculo de reunión* (Lv 1:4-5).

Este pasaje es uno más entre muchos, en los que aparece lo que debía hacerse con los sacrificios de animales (cf. Lv 3:2,8; 4:4-6,15-16,24-25), y al explicarlo, quiero hacer mías las palabras de Spurgeon que contaba la oración de un niño cuando se iba a la cama un sábado por la noche, y decía: «Señor, concédeme que nuestro ministro diga mañana algo que yo pueda entender». Esta oración no es solo propia de los niños, sino también de los adultos, y yo espero ser ahora lo suficientemente claro como para que todos podamos saber, sin ninguna duda, si Jesucristo es nuestro Mediador por el cual podemos acercarnos a Dios y decirle *mi Dios*. Y es que, si bien hay muchas cosas que son importantes para nuestras vidas cristianas, hay otras que son absolutamente esen-

ciales, y estas últimas, entre las que se encuentra la obra mediadora del Señor Jesucristo, debemos tenerlas muy claras.

Pues bien, en la lectura anterior respecto al sacrificio puede observarse que había dos elementos esenciales: uno era la apropiación del sacrificio por parte del que lo ofrecía, simbolizada por la imposición de manos sobre la cabeza del animal, y otro la muerte del animal, que también era necesaria. Ambas acciones habían de ser interiorizadas por los israelitas, ambas no servían para nada si no se asumían, y en ambas está encerrado el significado de la mediación de Jesucristo, que nos permite acercarnos a Dios.

Por tanto, para nosotros los cristianos en el día de hoy, ¿qué asumimos, o que hemos de conocer, cuando oramos y nos acercamos a Dios *mediante Jesucristo*? Encontramos las respuestas en aquellos antiguos sacrificios y, brevemente, pasamos a detallarlas:

En primer lugar, la imposición de manos sobre la cabeza del animal, o la mención del nombre de Jesucristo, implica *un acto de confesión*. Entonces, y también ahora, la persona hacía, y debe hacer, primero, una *confesión de su pecado*, y reconocer que solo el sacrificio de Jesucristo es *olor grato para* Dios (Éx 29:18,25,41; Lv 1:9; 2 Co 2:15; etc.); reconocer y confesar que ella, por sí misma, no es de *olor grato* y no puede acercarse a Dios ni ofrecerle nada. Cuando mencionamos la mediación de Jesucristo estamos diciendo que confiamos en su justicia, la cual no sería necesaria si yo pudiese presentarme ante Dios con la mía propia (*cf.* Fil 3:7-9). Esto queda claro en otro pasaje del libro de Levítico (*cf.* Lv 16:21).

Esto no parece muy difícil, pero es lo que hace que la mayoría de las personas rechacen a Jesucristo y a Dios con él, porque, debido al orgullo, no se consideran pecadoras, y creen no necesitar a nadie para acercarse a Dios. *Los sanos no tienen necesidad* de medicina ni *de médico* (Mt 9:12; Mr 2:17; Lc 5:31), y los que se consideran ricos no pueden identificarse con un sacrificio por el

pecado. Los tales pisotean la sangre de Cristo (*cf.* He 10:29) y desprecian al Dios que envió a su Hijo Unigénito como si estas cosas no fueran necesarias, y como si Dios mismo hubiera sido un insensato al pensar y ejecutar la obra de su Hijo en la cruz. Los cristianos, en cambio, ponemos las manos sobre este Cordero, y confesamos nuestro pecado cada vez que por medio de él nos acercamos a Dios.

Pero no solo confesión de pecado, sino también *confesión de impotencia*, esto es, reconocimiento de no poder pagar por los pecados pasados y de no poder guardar la ley en el futuro. El creyente que entonces traía el animal, y el cristiano que hoy ora *por medio de Jesucristo*, confiesa también que es impotente ante Dios y sus demandas. El cristiano sabe que no puede hacer nada sin Cristo, sabe que sin él está completamente perdido y arruinado, y porque sabe y conoce su propia impotencia, es por lo que se apoya en su plena suficiencia y se fortalece en su poder (*cf.* Ef 6:10; Fil 4:3).

Pero aún hay una tercera confesión, y esta es *la confesión del castigo merecido*. Cuando una persona traía un animal para ser sacrificado, reconocía que ella misma merecía la muerte, y cuando veía a la víctima muriendo desangrada confesaba que esto era lo que ella merecía. Así también, el que ora en el nombre de Cristo reconoce que la muerte bajo la ira de Dios era lo que merecía, y confiesa que debía ser maldecido por Dios y sentenciado al Infierno, pero sabe que Cristo pagó por aquella condena y ahora se maravilla de que no haya ningún cargo en contra suya. ¡Qué preciosas son para él las palabras del profeta: ***El castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados*** (Is 53:5)!

En segundo lugar, la imposición de manos sobre la cabeza del animal, o la mención del nombre de Jesucristo, implica *un acto de aceptación personal*, un acto de apropiación personal del sacrifi-

cio. Y esto conlleva dos facetas: *una aceptación del plan de Dios y una aceptación de la persona que Dios provee.*

Ambos aspectos son fáciles de entender. Como he dicho antes, son muchos los que quieren ir a Dios y creer en Dios a su manera, y muchos los que rechazan la idea de ser salvos mediante sustitución; muchos los que quieren, a su manera, trazar su propio *plan*. ¿Pero qué sentido tiene poner objeciones a lo que Dios ha hecho para hacer otra cosa mejor? Además, si mi ruina vino por causa de otro representante, aunque eso no excusa mi propio pecado, ¿por qué ahora voy a rechazar mi salvación por medio de un sustituto? Este es el plan de Dios, como leemos en Romanos 5:15 o en otros muchos pasajes; y ¡ay de aquel que quiera rechazar este plan!

De igual modo, hay que aceptar a la *persona que Dios provee*, que no es otro sino el Verbo eterno, Dios con el Padre y el Espíritu Santo, manifestado en carne. Y es fundamental que esta aceptación sea personal, pues poco le hubiera valido a los antiguos israelitas aceptar el plan de los sacrificios dispuestos en la ley para después no poner las manos sobre la cabeza del animal.

En el día de hoy esto también es fundamental, pues no basta con entender y aprobar el plan de salvación si uno no descansa en la persona del Mediador, que es la base de dicho plan. No vale para nada tener un vestido e ir desnudo, como tampoco vale tener una receta de una medicina para no tomarla. Hemos de saber el plan, hemos de conocer las doctrinas, pero lo fundamental es hacer nuestra la obra mediadora del Señor Jesucristo, descansando en ella y viviendo por ella.

En tercer lugar, la imposición de manos sobre la cabeza del animal, o la mención del nombre de Jesucristo, implica *un acto de transferencia*, es decir, que una vez confesado el pecado, la propia impotencia, y el castigo merecido, y una vez aceptado el plan de Dios y la persona del Hijo, se cree firmemente que la culpa y el castigo han sido transferidos al Mediador. La sentencia evangélica

es la siguiente: ***Más Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros*** (Is 53:6). El cristiano que ora en el nombre de Jesucristo cree que él lo ***redimió de la maldición de la ley*** y que por él y su pecado fue ***hecho maldición*** (Gá 3:13), y cree que ***todos*** sus ***pecados*** y culpas han sido echados ***en lo profundo del mar*** (Miq 7:19).

En cuarto lugar, la imposición de manos sobre la cabeza del animal, o la mención del nombre de Jesucristo, implica *un acto de confianza en la eficacia del sacrificio* que se presenta, pues, si esto falta, no hay mediación por parte de Jesucristo. Por eso hay muchas personas que dicen creer en él, pero no creen en su muerte sustitutoria y expiatoria, ni en la transferencia de los pecados, ni tienen confianza plena en su sacrificio, aunque dicen seguir esperando que algún día podrán ser perdonados.

Esto tampoco tiene sentido, porque, si Cristo murió por los pecadores, ¿cómo se puede obtener perdón por otro camino? No hay más que dos posibilidades: o Cristo ha cargado con el pecado, o no ha cargado. Si la primera es cierta, a mí solo me queda confiar, y si lo es la segunda, he de saber que mi pecado nunca podrá ser redimido, nunca me abandonará.

La Escritura dice: ***Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él*** (2 Co 5:21), y esta es la confianza del que ora ***mediante Jesucristo***. Si Cristo no puede salvarme, tengo que ser condenado, porque yo no puedo hacer nada ni tampoco hay nadie que pueda hacerlo. Si no hay suficiente poder en su sangre para limpiar mis pecados, seguiré con ellos para siempre; si no hay suficiente justicia en su obediencia, entonces estoy perdido. Pero gracias a Dios ***la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado*** (1 Jn 1:7).

Finalmente, en quinto lugar, la imposición de manos sobre la cabeza del animal, o la mención del nombre de Jesucristo, implica *un acto de identificación*, es decir, una petición a Dios para que yo

sea considerado como Cristo mismo y representado por él. En la antigüedad, si el adorador no era un simple formalista, estaba allí frente al animal cuando moría, y sentía en su corazón que aquella debía ser su muerte. De igual modo, el cristiano de hoy cuando usa el nombre de Jesús debe pensar en el sudor de grandes gotas de sangre, en los azotes, en la cruz, en el desamparo, etc., e identificarse con ello, porque ***si uno murió por todos, luego todos morirán***. Identificación con aquella muerte, pero también identificación con aquella vida, pues ***por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos*** (2 Co 5:14-15). O de otro modo: ***Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí*** (Gá 2:20).

En el libro de Levítico leemos que la ofrenda por el pecado se quemaba fuera del campamento como cosa inmunda (*cf.* Lv 4:11-12), y eso es lo que nos esperaba a todos. En cambio, el holocausto se consumía sobre el altar como olor grato (*cf.* Lv 1:9,13,17). Por tanto, si nos identificamos con Cristo para no sufrir lo primero también habremos de hacerlo con lo segundo.

Esto es lo que significaba la imposición de manos sobre el animal, y esto es lo que significa orar a Dios ***mediante Jesucristo***: confesión de pecado, confesión de necesidad por la propia impotencia, confesión de un castigo merecido, aceptación del plan de Dios de la salvación, aceptación de la persona del Verbo hecho carne por nosotros, aceptación de que su obra fue suficiente y a él le fueron transferidos nuestros pecados, nuestra culpa, y nuestro castigo, confianza plena en su sacrificio, e identificación con el propio Cristo en la muerte y también en la resurrección para andar en una vida nueva. Solamente con la comprensión y aceptación de estas cosas es como podemos acercarnos a Dios en oración y decir, en el nombre de Jesucristo: «Tú eres mi Dios».

Ahora, para terminar, quisiera resaltar dos últimos detalles.

El primero tiene que ver con unas suposiciones. Supongamos a un judío que fuera al tabernáculo y, cuando estuviera allí, se conformara con hablar acerca del sacrificio, sin llegar a ofrecerlo y sin poner las manos en la cabeza del animal. Ciertamente hubiera sido un buen tema hablar del sacrificio, del sustituto, del derramamiento de la sangre, del perdón de los pecados, etc., ¿pero qué beneficio hubiera obtenido con esto? Mucho me temo que no pocos de los que se llaman cristianos se encuentren en esta situación: que habiendo oído y hablado muchas veces del evangelio, que gustándoles el evangelio y rechazando las falsedades del día de hoy, sigan sin tomar a Cristo como a su propio Salvador.

Además, supongamos que aquel israelita hubiera ido a consultar con uno de los sacerdotes para que le explicara hasta el más mínimo detalle de los sacrificios, pero siguiera sin traer su animal para matarlo y hacer su ofrenda. ¿Qué beneficio hubiera obtenido con saber todos los detalles? Así también sucede con algunos en el día de hoy, que no quieren morir con Cristo y vivir para Cristo hasta no conocer todo a la perfección, y siguen ***muertos en sus delitos y pecados*** (Ef 2:1).

Y, además, supongamos que aquel israelita, allí junto al altar, comenzara a llorar, y a lamentarse por su pecado, y a gemir, pero siguiera sin poner su mano sobre el sacrificio, siguiera sin hacer lo dispuesto por Dios. ¿Qué beneficio hubiera obtenido? Así también algunos en el día de hoy, que se lamentan por su pecado, cuando su principal lamento debería ser el que aún no han creído en el Hijo de Dios y en su obra. Las lágrimas son buenas, pero no pueden quitar los pecados ni pueden lavar las manchas de la culpa. Es Cristo el único que salva, el único Mediador, y a él hemos de acudir como única ofrenda por el pecado. ***En ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos. A éste, Dios ha exaltado con su***

diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados (Hch 4:12; 5:31).

El segundo detalle tiene que ver con la selección del animal que los judíos hacían antes de presentarlo ante Dios. Tenía que ser de cierta edad y sin defecto y, para ello, había que hacer un examen minucioso del mismo, pues Dios no aceptaría ningún animal cojo, herido o con cualquier deficiencia. Dios pedía una ofrenda sin defecto.

Ahora yo invito a todos los lectores a que busquen otro sacrificio de expiación que no tenga falta y que sea más perfecto que el del Señor Jesucristo mismo. ¿Dónde podemos decir que no hay faltas? Y como dijo el propio Señor, con otras palabras, ¿quién puede encontrar alguna falta, algún ***pecado***, en él? (Jn 8:46). Por eso invito a todos a que examinen a Cristo, a que miren su humanidad y su deidad, a que miren su nacimiento, su vida, y su muerte; a que miren sus hechos y sus sufrimientos, y a que, después de hacerlo, consideren si es o no un sacrificio adecuado y aceptable, necesario y suficiente, para que lo presentemos ante Dios, y para que nosotros mismos nos presentemos ante Dios por su mediación.

Pero es que, además, no necesitamos buscar un sacrificio como tenían que hacerlo aquellos israelitas; Dios mismo lo ha provisto, ha provisto el Cordero (*cf.* Gn 22:14; Jn 1:29), y como es algo provisto por Dios, tiene que ser perfecto. Esta es la gloria del evangelio, ***el glorioso evangelio del Dios bendito*** (1 Ti 1:11), pues nos acercamos a Dios llevando lo que él mismo nos ha dado primero. El Señor Jesucristo fue probado y examinado por los hombres, por Satanás, y por el propio Dios, y salió aprobado y victorioso. Ahora lo único que tenemos que hacer es poner las manos sobre este sacrificio ya ofrecido y aceptarlo y reconocerlo como propio.

Si oyereis hoy su voz, no endurezáis vuestros corazones (Sal 95:7-8; He 3:7-8,15), dice el Señor. ¿Irá alguno al Infierno por

despreciar a este Mediador?; ¿querrá alguien cargar con sus propios pecados y presentarse ante Dios con sus buenas obras como algo mejor que el propio Cristo y su obra? ¡Dios tenga misericordia de los que aún piensan así!

Y los que decimos confiar y descansar en Cristo, ¿vamos a seguir viviendo como si su sacrificio fuese algo sin importancia? ¡Quiera Dios mover nuestros corazones para entender su plan perfecto y hacer su voluntad para nuestras vidas!; ¡que así sea, para gloria suya!

4

LA COMUNIÓN

Romanos 1:8-12.

Lectura introductoria: 2 Pedro 1:5-8

Poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor. Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo.

En el primer versículo de la oración que nos ocupa hemos analizado ya tres aspectos esenciales de esta que aparecen encadenados. Todo cristiano debe dar gracias a Dios en todo momento y por todas las cosas, todo cristiano debe poder decir que Dios es el Dios suyo personal, y todo cristiano debe saber que ambas cosas son posibles por la mediación de Jesucristo, y solo por la mediación de Jesucristo, por quien también debe dar gracias. Y para que esa mediación sea una realidad, es preciso que todo cristiano reconozca su pecado, su impotencia para librarse de él, la culpa por el mismo y el castigo que merece, que se arrepienta y crea en el plan de Dios para su salvación por medio de Cristo, que acepte su sustitución y la transferencia de su culpa, que reconozca la eficacia de su sacrificio, y que se identifique con ese Cristo en quien dice creer tanto en su muerte como en su resurrección, como dice el após-

tol: ***Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva*** (Ro 6:4).

En esto nos hemos detenido ya, pero hemos de seguir con el mismo versículo porque todavía encontramos en él otros dos aspectos dignos de consideración. El primero de ellos —el cuarto en la cadena— tiene que ver con la comunión cristiana, un asunto también muy amplio y fundamental en la vida de oración, que debemos considerar. Pero, como hacemos siempre, vamos a leer la Palabra de Dios y vamos a preparar nuestros corazones mediante la oración para recibirla ***no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios, la cual actúa en nosotros los creyentes*** (1 Ts 2:13).

Primeramente doy gracias a mi Dios mediante Jesucristo con respecto a todos vosotros, de que vuestra fe se divulga por todo el mundo. Porque testigo me es Dios, a quien sirvo en mi espíritu en el evangelio de su Hijo, de que sin cesar hago mención de vosotros siempre en mis oraciones, rogando que de alguna manera tenga al fin, por la voluntad de Dios, un próspero viaje para ir a vosotros. Porque deseo veros, para comunicaros algún don espiritual, a fin de que seáis confirmados; esto es, para ser mutuamente confortados por la fe que nos es común a vosotros y a mí (Ro 1:8-12).

Oración personal a Dios.

1. INTRODUCCIÓN

Ahora, al continuar con el versículo 8 que se ha leído (***primeramente doy gracias a mi Dios mediante Jesucristo con respecto a***

todos vosotros, de que vuestra fe se divulga por todo el mundo), puede apreciarse que hay una transición en él: Pablo pasa de decir cosas acerca de sí mismo a mostrar otras que tienen que ver con la vida de los hermanos en Roma. Y habla de ***vosotros***, palabra que repite en los cuatro versículos restantes (en el versículo 11 no de forma explícita, pero lo que se traduce como ***deseo veros***, es, literalmente, ***deseo ver a vosotros***), y en los siguientes (en el versículo 13 dos veces, y en el 15 la repite de nuevo). Es obvio, pues, que aquellos hermanos en Roma estaban ciertamente en el corazón de Pablo, y en el versículo 8 hemos leído que el apóstol da gracias a Dios ***con respecto a todos vosotros***, lo cual también puede traducirse ***a causa de todos vosotros, acerca de todos vosotros*** y, por la construcción gramatical que usa, ***por todos y cada uno de vosotros***.

Y esta simple consideración de las palabras nos debe llevar, a modo de introducción, a plantearnos una cuestión. Pablo se dirige a la iglesia y da gracias a Dios por todos y cada uno, y nos preguntamos: ¿Cómo es posible esto?; ¿no había en aquella época falsos hermanos?; ¿no sabía Pablo que los había? Y si Pablo conocía esto, ¿cómo es que daba gracias por todos y cada uno? Para responder a estas preguntas conviene hacer dos aclaraciones.

La primera es que debemos recordar que, en aquella época, no era una cosa simple y sin importancia el declararse cristiano, el ir a reuniones con otros cristianos, o el decir que Jesucristo es el Señor. Los judíos que se convertían sabían que por su fe se exponían, en la mayoría de los casos, al rechazo de sus propias familias, de sus costumbres y de su nación, a la pérdida de trabajo, al desprecio e incluso al exilio (cf. He 10:32-34). Los gentiles, por su parte, no salían mejor parados, y todos sabían que, en cualquier momento, podrían perder sus propias vidas. Y si esto era así, es obvio que las personas pensaban muy seriamente lo que significaba ser cristiano y las posibles consecuencias antes de declarar y

proclamar su fe. Era algo parecido a lo que sucede hoy en países de religión islámica, o a lo que sucedía en nuestro mismo país en los siglos de la inquisición. Por eso, podemos analizar nuestra fe con la siguiente pregunta: ¿Hasta dónde estaría yo dispuesto a mantenerme en mi cristianismo si con ello estuviera amenazado?

Por tanto, era más difícil encontrar dentro de las iglesias a falsos hermanos o, si lo vemos de otro modo, era más fácil mostrar gratitud a Dios por todos y cada uno de ellos, como lo hacía Pablo. La presencia de hipócritas formalistas dentro de las iglesias siempre ha sido mayor cuando, como en el día de hoy en nuestro país, hay una situación de bonanza social y legal, y cuesta muy poco declararse cristiano o relacionarse más o menos de cerca con los cristianos, aunque el compromiso personal sea nulo.

Sin embargo, y a pesar de lo dicho, vemos en las cartas de Pablo y en las de otros escritores del Nuevo Testamento, que denuncian una y otra vez a **falsos hermanos** (2 Co 11:26; Gá 2:4), y a **falsos maestros** (2 Co 11:13; 2 P 2:1; 1 Jn 4:1; véase también Mateo 7:15; 24:11; Hechos 20:29-20), aunque sus actitudes no eran equiparables a las existentes en muchos en el día de hoy: entonces querían hacer daño de forma manifiesta, como hemos leído, y ahora puede que no quieran causarlo, aunque también lo hagan, y no poco.

La segunda aclaración se deriva de la anterior, pues si esta era la situación de entonces y la de ahora, habremos de entender que la gratitud a Dios es muy distinta y obedece a causas muy distintas cuando se dan por unas u otras personas dentro de la Iglesia. Pablo no conocía a los creyentes en Roma, pero la fe de ellos se había divulgado **por todo el mundo** y, aunque no todos fueran iguales como cristianos ni estuviesen a la misma altura, Pablo da gracias por todos. Y debemos analizar esto para nuestro aprendizaje: ¿Por quiénes, dentro de las iglesias, debemos dar gracias a Dios?; ¿debe ser, también, por todos?

2. COMUNIÓN EN LA ORACIÓN

Pablo escribe que da gracias a Dios *con respecto a todos vosotros*, o lo que es lo mismo, *doy gracias a mi Dios mediante Jesucristo por todos vosotros*, lo cual, como decía antes, precisa de la certidumbre de los tres aspectos anteriores. No podemos dar gracias *por todos vosotros* si no podemos acercarnos a Dios como *mi Dios*, y lo hacemos *mediante Jesucristo*. Pero también la frase encierra la idea contraria: si no soy capaz de dar gracias a mi Dios *por todos vosotros*, es falso que dé gracias a mi Dios mediante Jesucristo. Es falso porque Jesucristo me une a todos los hermanos; es falso porque Dios también es el Dios de mis hermanos que me ordena amarlos (*cf.* 1 Jn 4:20-21); y es falso que puedo dar gracias porque Dios no las va a aceptar (*cf.* Mt 5:23-24).

Este aspecto de esta oración ha de ser fundamental para nosotros en todas nuestras relaciones: conyugales, de padres e hijos, de novios, de suegros y nueras o yernos y, en general, con todos los hermanos en la fe. Y es que muchas veces pensamos que estamos orando a Dios, cuando en realidad estamos muy lejos de él porque estamos muy lejos de poder dar gracias *por todos vosotros*, o porque no buscamos y seguimos *la paz con todos* (He 12:14). El apóstol Pedro nos indica esto en una de sus cartas respecto al matrimonio (*cf.* 1 P 3:7), pero la misma idea es extensible a cualquier otra relación. Hemos de considerar una y otra vez que el decir *mi Dios* no implica una posesión exclusiva, sino una relación personal de comunión que me ha de llevar a estar en comunión con los hermanos, y que, si falta, me impide poder dar gracias a Dios mediante Jesucristo de forma confiada; lo podré hacer, pero no servirá de nada (*cf.* 1 Jn 1:3).

Así que *gracias por todos vosotros*.

En primer lugar, debemos dar gracias a Dios por todos aquellos que han comenzado a manifestar una cierta preocupación por

el estado de sus almas. Si miramos a las personas a nuestro alrededor, vemos que no se preocupan por sus intereses eternos, que rechazan a Dios, que dicen, como en los tiempos de Job: ***Apártate de nosotros, porque no queremos el conocimiento de tus caminos. ¿Quién es el Todopoderoso, para que le sirvamos? ¿Y de qué nos aprovechará que oremos a él?*** (Job 21:14-15), y que cualquier cosa ocupa en sus mentes un lugar más importante que el propio Dios.

Pero no necesitamos mirar a los demás; basta mirarnos a nosotros mismos y nuestras conductas hasta el momento en que Dios quiso abrir nuestros ojos y darnos un sentido de nuestro peligro y nuestra culpa. Antes, en lugar de vivir para el Señor que murió por nosotros (cf. 2 Co 5:15) y que nos compró con su ***sangre*** (Hch 20:28), vivíamos para nosotros mismos, ***sin Cristo [...] sin esperanza y sin Dios en el mundo*** (Ef 2:12). Es posible que algunos, como Timoteo, hayan conocido a Dios desde muy pequeños y en ellos no haya habido un cambio destacado, pero la mayoría de los creyentes estuvimos una vez tan alejados de Dios como está el mundo en la actualidad. Por eso, si comparamos nuestro estado presente con el anterior, igual que tenemos muchos motivos para dar gracias a Dios, también los tenemos para darlas por aquellas personas que parecen comenzar en sus caminos.

Además, hemos de darlas porque sabemos que todo procede de Dios, y que ha sido él mismo quien nos ha hecho odiar los caminos por los que andábamos antes y querer las cosas que antes despreciábamos. Es Dios mismo quien actúa en todos, y a él debemos dar gracias, por medio de Jesucristo, por aquellas personas que han comenzado, aunque sus logros sean todavía muy pocos. Es obvio que no podemos tener en ellas la misma confianza que sentimos en cristianos más maduros, pero debemos alegrarnos por estas personas, como lo hacen ***los ángeles*** en los cielos cada vez que ***un pecador se arrepiente*** ante Dios (Lc 15:7,10). Y debemos de-

sear que sean establecidas y confirmadas, y debemos orar a Dios por ello.

Estos cristianos que comienzan son llamados, por el apóstol Juan, *hijitos*, y a ellos les dice: *Os escribo a vosotros, hijitos, porque vuestros pecados os han sido perdonados por su nombre [...] porque habéis conocido al Padre* (1 Jn 2:12-13). Esta es la característica que Juan quiere resaltar en los *hijitos*, que lo primero que ha de saber un cristiano es que sus pecados han sido perdonados, y que no está esperando a que lo sean. Y dice Juan que el perdón es posible por *su nombre*, por la mediación de Jesucristo, porque él está delante de Dios como el representante de los que creen en él.

Un cristiano *sabe* que sus pecados han sido perdonados, y el no tener seguridad de ello ya es un pecado, ya es falta de fe en la obra y la persona del Señor Jesucristo. La falta de seguridad no es señal de santidad, sino negación de la Palabra de Dios, y no se puede seguir adelante en la vida cristiana sin ella (*cf.* Ro 5:1; 8:1,16,17; etc.). Y es por estos *hijitos*, por los que comienzan en la vida cristiana, por los que hemos de dar gracias a Dios en primer lugar.

En segundo lugar, y todavía con más razón y gozo, debemos dar gracias por aquellos que hacen algunos progresos en la vida cristiana, porque, por desgracia, muchos que comenzaron solo corrieron bien durante un cierto tiempo (*cf.* Gá 5:7). Los oyentes que recibieron la semilla entre pedregales se vuelven atrás por miedo a las personas, y los que la recibieron entre espinos, la ahogan engañados por las cosas del mundo y las riquezas. Los cuidados de sus propias vidas también eliminan a algunos de la carrera, y no pocos son atrapados por los deseos de la carne, que no quieren mortificar, o por las vanidades del mundo a las que no quieren renunciar. Incluso en la era apostólica, no fueron pocos los que conocieron *el camino de la justicia* pero se volvieron atrás, sucediéndoles como indica el proverbio: *El perro vuelve a su vómito, y la puerca lavada a revolcarse en el cieno* (2 P 2:20-22).

Por tanto, ¿no debemos dar gracias a Dios por aquellos que se han mantenido con firmeza en sus caminos y han hecho algunos progresos? Con toda certeza, cuando un niño crece en sabiduría y en estatura, sus familiares tienen gozo y gratitud, y así también debe suceder cuando alguien manifiesta progresos en la vida cristiana. Además, conocemos las tentaciones a que son expuestos, y damos gracias a Dios porque ha seguido preservándolos, y porque sigue perfeccionándolos, y porque lo que comenzó un día en gracia será consumado en gloria.

A estos el apóstol Juan los llama *jóvenes*, y les indica que les escribe porque *sois fuertes, y la palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al maligno* (1 Jn 2:13-14). Fijémonos en que Juan da un paso más, porque aunque toda la Palabra va dirigida a todos, hay aplicaciones particulares para cada caso, y ahora dice, con la misma seguridad que antes indicaba el perdón de los pecados, que *sois fuertes* (no en sí mismos, sino porque han sido hechos fuertes en el Señor), que *la palabra de Dios permanece en vosotros* (lo cual es indispensable para seguir y para luchar contra el pecado), y que *habéis vencido al maligno* (pues aunque la victoria no sea completa y absoluta, ya no se está bajo su dominio).

Estos son los *jóvenes* por los que hay que dar gracias también a Dios.

Y, en tercer lugar, y sobre todo, debemos dar gracias a Dios por aquellos que están andando dignamente (cf. Ef 4:1; Col 1:10) según su *llamamiento celestial* (He 3:1), santo y supremo, siendo estos a los que, principalmente, se refiere nuestro texto, pues Pablo indica que la fe de ellos se divulgaba *por todo el mundo*.

Estos son los que el apóstol Juan llama *padres*, y a estos les dice que les escribe porque *conocéis al que es desde el principio* [...] *habéis conocido al que es desde el principio* (1 Jn 2:13-14). Este es el bendito conocimiento que cada cristiano ha de tener y al que

ha de aspirar: conocimiento de Dios como Padre que nos ha amado **con amor eterno** (Jer 31:3), conocimiento de nuestro Señor Jesucristo como Mediador que dio su vida por nosotros (cf. Jn 17:3), y conocimiento del Espíritu Santo como nuestro Consolador, que nos dio la nueva vida, nos guía y nos enseña (cf. Jn 3:5-7; 14:16; 16:7,13-14); conocimiento, también, de que los mandamientos de Dios no son un sacrificio, **no son gravosos** (1 Jn 5:3), sino que están dados para nuestro bien; conocimiento de sus caminos, de su voluntad, etc. (cf. Col 1:9-10).

Son las tres etapas de la vida cristiana. En la primera, cuando somos débiles y pequeños, necesitamos saber que Dios es nuestro Padre, que nos ama, y que nuestros pecados han sido perdonados. En ella no ofrecemos nada a Dios, sino que, como niños, queremos recibirlo todo. Después, uno se da cuenta que ha de seguir trabajando, que ha de luchar, que hay conflictos y dificultades, y que para todo necesita a Dios y la Palabra. Finalmente, cuando se madura, ya no se tiene tanto interés en los dones ni en la lucha, aunque se sigue luchando, sino lo que más preocupa es el conocimiento del propio Dios y el deseo de estar un día en su presencia.

Por los que andan así, por estos últimos —dice Pablo— debemos dar gracias a Dios, sobre todo por la gloria que traen al propio Dios. Ellos viven para Dios, honran a Dios, y hacen visible a Dios y el cristianismo por todas partes. La luz de otros puede alumbrar poco, pero los que corren **con paciencia la carrera que tienen por delante** (He 12:1) son vistos por todos, y su **aprovechamiento es manifiesto a todos** (1 Ti 4:15; cf. 1 Ts 1:8). Ellos son, efectivamente, **luminares en el mundo** (Fil 2:15), y muchos otros, por ellos, son llevados a glorificar **a Dios** (2 Co 9:13).

También debemos dar gracias a Dios por ellos, por el bien que traen a la humanidad, porque promueven el conocimiento de Dios en el mundo, y porque trabajan para la salvación de las personas, aun a costa de ellos mismos y de la negación de sí mismos. Hay

otros que también hacen cosas buenas, pero la mejor de todas es buscar la salvación de los demás porque así se glorifica a Dios.

Y debemos dar gracias también por las bendiciones que les esperan en un mundo mejor, pues estamos seguros de que les alcanzarán porque Dios lo ha prometido y en las vidas de ellos son visibles los frutos de justicia. Tenemos gozo por aquellos que ya partieron y durmieron en la fe de Jesucristo, pero también debemos dar gracias a Dios por aquellos que diariamente maduran para la gloria.

Fijémonos que era la fe de aquellos cristianos de Roma lo que movió a la gratitud a Dios del apóstol. Por tanto, debemos cultivar esta gracia de la fe en cada uno de nosotros ya que es la raíz de la que proceden todas las otras gracias, y debemos tener cuidado de no defraudar la *esperanza* y el *gozo* de otros hermanos nuestros (1 Ts 2:19-20).

Además, como se ha indicado, la mayoría de aquellos cristianos no eran conocidos por el apóstol, pero aun así daba gracias a Dios por la fe de ellos. Esto también puede resultar raro para el hombre natural que está centrado en sí mismo y que, si da gracias a Dios, las da únicamente por las bendiciones recibidas por él mismo y no por las recibidas por los hermanos o por las que suponen el simple hecho de tener hermanos en la fe. Pero es algo que debemos practicar incluso con hermanos que no se encuentran con nosotros y de los cuales nos llegan noticias, pues todos formamos parte de un mismo cuerpo. Y esto, una vez más, ha de llevarnos a analizar nuestras oraciones y los motivos de estas (cf. 1 Co 12:25-27).

Sabemos que todo el Nuevo Testamento está lleno de la expresión *los unos y los otros* [...] *los unos por los otros*, u otras similares, recordándonos una y otra vez con esto que los cristianos somos el cuerpo de Cristo y que tenemos la obligación de preocuparnos, de amarnos, de sobrellevarnos, de perdonarnos, de exhortarnos..., y de orar y dar gracias los unos por los otros.

La mente carnal es incapaz de apreciar los motivos que activan y los principios que regulan a las personas que son espirituales. Aquí el apóstol está dando gracias a Dios por aquellos a los que nunca había conocido. Ellos no eran el fruto de su propio trabajo, pero se regocija con ellos, y esta actitud condena el sectarismo y la exclusividad que caracteriza a muchos cristianos. Aunque estos santos de Roma no eran sus hijos en el evangelio, aunque él nunca los había conocido personalmente, y aunque nunca había recibido ninguna comunicación de ellos al estar lejos, aun así, da gracias a Dios por ellos y ora a Dios por ellos. Pablo reconoce que es Dios el que ha obrado en ellos, que es Dios el que los ha edificado, y por eso da gracias a Dios por ellos (*cf.* 1 Co 3:9). Este principio es para nuestra instrucción: no podemos esperar tener la seguridad de decir **mi Dios** a menos que tengamos amor y que oremos por **todos los santos** (Efe 6:18).

Pero hay una cuestión más en este aspecto de dar gracias **por todos vosotros**. ¿Qué pasa con los hermanos difíciles, o con aquellos que tenemos muchas dudas de si son verdaderamente hermanos? Evidentemente, es mucho más fácil dar gracias a Dios por los hermanos espirituales que nos ayudan, alientan, que son ejemplos, y que sirven a Dios con entusiasmo y compromiso, que por aquellos otros que son difíciles, que no sirven al Señor ni a la Iglesia, que solo piensan en sí mismos, y que incluso pueden estar con nosotros y no son cristianos. Es más fácil lo primero, pero si tenemos en cuenta lo que se constata en Romanos 8:28, la respuesta es simple: **Todas las cosas** incluye también a todas las personas, y todas las personas que Dios pone y ha puesto cerca de mí cumplen sus propósitos en mi vida, y son para mi bien.

Por tanto, por todos los hermanos o supuestos hermanos en la iglesia debo dar gracias a Dios, aunque lo haré de modo distinto. Unos glorifican a Dios con sus vidas, y doy gracias por esas vidas de santidad; otros no lo hacen, y daré gracias porque sus vidas sir-

ven para mi crecimiento en santidad y para mi aprendizaje, aunque no me traigan más que problemas. Con los primeros tengo comunión y ando en su compañía junto a todos los santos; con los segundos no puedo tenerla, pero no por mí, sino por ellos, aunque también están cercanos en mi andar de cada día. En este último caso, damos gracias a Dios porque sabe lo que hace con nosotros, pero no podemos darla por sus vidas que no glorifican a Dios en absoluto.

Así que ***gracias por todos vosotros***. Este aspecto de nuestras oraciones, que a veces tantos cristianos descuidan, es fundamental, y si no somos capaces de orar así, habremos de arrodillarnos ante Dios para pedirle perdón y recibir de él las fuerzas que necesitamos para dicha tarea, ya que es el único que puede capacitarnos para esta. Ignorar o descuidar este factor de dar ***gracias por todos vosotros*** es lo que hace que muchísimas de nuestras oraciones no lleguen a Dios, porque en realidad no es a Dios a quien oramos, sino a un ídolo que hemos concebido en nuestras mentes. La comunión con Dios y con todos los hermanos, siempre que sea posible y ***dependa de*** nosotros (Ro 12:18), son aspectos inseparables (cf. 1 Jn 1:3-4).

3. APLICACIONES PERSONALES

Ahora debemos terminar con algunas aplicaciones personales, aunque algo hemos dicho al respecto en los párrafos anteriores.

La primera de ellas tiene que ver con las acciones de gracias a Dios, pero hago referencia ahora no a las nuestras, sino a las de otras personas en relación con nosotros y por nosotros. ¿Es importante, o no lo es, que otras personas den gracias a Dios por nosotros?; ¿debe preocuparnos esto, o es algo sin importancia?; ¿debemos mirar la opinión de Dios y olvidar las de las personas, o estas también habremos de considerarlas? Y si hemos de hacer esto úl-

timo, ¿hasta qué punto? Además, si son opiniones, ¿habremos de distinguir entre persona y persona? Todas estas preguntas son importantes, y debemos hacérnoslas, y debemos tener claras las respuestas, porque todas influyen o tienen que ver con nuestra vida práctica de cada día.

Aquí, en la carta a los Romanos, el que da gracias a Dios no es una persona cualquiera: es Pablo, el apóstol de los gentiles, el que tuvo revelaciones extraordinarias de Dios, el que fue arrebatado hasta el tercer cielo, el que fundó iglesias, el que escribe inspirado por el Espíritu Santo, etc. En realidad, sus palabras de gratitud y alabanza a Dios por las vidas de aquellos hermanos pueden tomarse con la certeza de que quien las pronuncia tiene autoridad espiritual y sabe lo que afirma. No podemos decir que fueran del mismo peso que aquellas otras que el Señor Jesucristo dirá algún día a algunos creyentes: **Bien, buen siervo y fiel** (Mt 25:21), pero los cristianos de Roma podían sentirse satisfechos y gozosos de que un apóstol hablase así de ellos.

En el día de hoy, evidentemente, no tenemos apóstoles ni está con nosotros el Señor para decirnos estas cosas, de modo que algunos cristianos pueden imaginar que nadie tiene derecho sobre ellos para indicarles nada, y que las opiniones de otros, quienesquiera que sean, no deben importar. Por eso dicen con frecuencia: «Nadie puede juzgarme». Esta forma de pensar es equivocada, como ahora veremos, pero si hay alguno que quiere mantenerse en ella, tendría que preguntarse: «Si hoy estuviera aquí el propio Pablo, ¿daría gracias a Dios por mí?; ¿daría gracias a Dios por ti y por tu vida cristiana, porque te consideraría **hijito, joven o padre**?; ¿o tampoco te importaría su opinión?; ¿por cuántos, de los que hoy se llaman cristianos, daría gracias a Dios el apóstol?». Y si pienso que por mí no las daría, o no sé lo que haría, ¿me quedaré igual? Porque si a alguien no le importa ni la opinión del propio Pablo, lo que está diciendo es que no le importa ni su fe, ni su cris-

tianismo, ni su Señor, ni la familia de Dios, ni nada de nada, y mostraría que es un simple formalista hipócrita.

Y si Pablo se dirigiera a la iglesia del Señor a la que tú perteneces, ¿daría gracias por todos y cada uno de vosotros?; ¿o tendría que matizar y decir entre líneas que solo habla de los que verdaderamente son Iglesia del Señor?

La Palabra de Dios nos dice que las opiniones de las demás personas sí que importan, si verdaderamente nos importa la gloria de Dios. Nuestra conducta, nuestras buenas obras, la obediencia que mostremos a la fe, sirven, según palabras del propio Señor Jesucristo para que personas no creyentes *glorifiquen a nuestro Padre que está en los cielos*, y esto lo harán si verdaderamente somos *la luz del mundo* (Mt 5:14,16).

En cuanto a la gratitud y alabanza a Dios de otros hermanos creyentes, también la Palabra nos muestra que una parte de estas se deben a nuestras propias conductas (cf. 2 Co 9:12-13). Por tanto, debemos tener presente las opiniones de los demás, creyentes y no creyentes, y vivir de forma que adornemos *en todo la doctrina de Dios nuestro Salvador* (Tit 2:10).

Ahora bien, sé que esto puede malinterpretarse, y por eso conviene hacer una aclaración. Los cristianos hacemos y debemos hacer todo *de corazón, como para el Señor, y no para los hombres* (Col 3:23), pero es fácil caer en el orgullo de despreciar las opiniones de los demás; en un sentido no deben importarnos, pero en otro, claro que sí. Sobre todo, se cae en el orgullo cuando se desprecian las opiniones de hermanos maduros en la fe, porque estos, si lo son, mostrarán lo que la propia Palabra indica, y cuando no sea así, estarán guiados por su experiencia y prudencia cristianas.

Terminamos, pues, esta primera aplicación, con otras preguntas que todos debemos hacernos para saber cómo está nuestro cristianismo: ¿Cuántos hermanos, de los que me conocen, pueden dar gracias a Dios por mí, porque mi vida los lleva a ello?; ¿y cuántos

no creyentes, de los que se relacionan conmigo, son llevados a glorificar a Dios por mí? O aún más: ¿A qué personas seríamos capaces de pedir su opinión sobre nuestro cristianismo?; ¿no hay ninguna?; ¿cuál es la razón para ello? Y si las hay, ¿lo hacemos o estamos dispuestos a hacerlo?

Evidentemente, el cristiano no busca el elogio o la **alabanza de los hombres, sino de Dios** (Ro 2:29), pero si no le preocupan las opiniones de los demás y con ellas la gloria que puede darse o dejar de darse a Dios, debe empezar a preocuparse seriamente por sí mismo. Y debe preocuparse seriamente por sí mismo cuando presta más atención a las opiniones de los no creyentes, ante los cuales puede fingir y portarse como una buena persona, que a las de sus propios hermanos que pueden conocer su condición y estado espirituales, o a las de sus propios familiares: padre, madre, hijo, mujer, marido, etc. Es clara la lección que la Palabra nos da en este sentido (cf. 1 Co 6:4-6). Es triste la condición del cristiano para el cual todos sus hermanos están equivocados e incluso la propia familia está equivocada, despreciando así no solo buenas opiniones sino también la propia Palabra de Dios (cf. Ro 15:14).

La segunda aplicación tiene que ver con nuestras acciones de gracias por todos los hermanos, a lo cual estamos llamados. Si en nuestra propia iglesia hay hermanos que apenas los conocemos, o de los que no nos interesan sus vidas, problemas, o necesidades, ¿cómo podremos dar gracias a Dios por ellos, o por la fe de ellos?; ¿por cuántos hermanos doy yo gracias a Dios?; ¿y cómo va a aceptar Dios mis oraciones si parte de mis hermanos no están incluidos en ellas, o si vivo como si ellos no existieran?; ¿cómo vamos a decir **mi Dios** y **mediante Jesucristo** cuando ya de partida estamos desobedeciendo a Dios y a Jesucristo?

Esto es una seria advertencia, pues, tanto para los que rechazan, desprecian, o ignoran a algunos hermanos, sean **hijitos, jóvenes o padres**, como para los que se sienten rechazados, despreciados o igno-

rados, y que a su vez responden con más rechazo o desprecio. *Hermanos míos, que vuestra fe en nuestro glorioso Señor Jesucristo sea sin acepción de personas. Porque si en vuestra congregación entra un hombre con anillo de oro y con ropa espléndida, y también entra un pobre con vestido andrajoso, y miráis con agrado al que trae la ropa espléndida y le decís: Siéntate tú aquí en buen lugar; y decís al pobre: Estate tú allí en pie, o siéntate aquí bajo mi estrado; ¿no hacéis distinciones entre vosotros mismos, y venís a ser jueces con malos pensamientos? [...] pero si hacéis acepción de personas, cometéis pecado, y quedáis convictos por la ley como transgresores* (Stg 2:1-4,9). Con esto, pues, podemos seguir preguntándonos: ¿Cuánto tiempo puede hacer que mis oraciones no son oídas por Dios? O, más aún: ¿Lo han sido alguna vez?

Y a la vista de todo esto, ¿cuántas de nuestras oraciones pensamos que son agradables a Dios?; ¿cuántas habrán subido a su presencia?; ¿cuánto arrepentimiento y perdón no necesitamos?; ¿cuánto de firme no debe ser nuestra resolución para no seguir actuando del mismo modo?

Hermanos, el cristianismo es algo serio, porque nuestro Dios es santo, tres veces santo, y es justo, el Juez de toda la tierra; y hemos de tomarlo en serio porque Dios, aunque también es amor, no nos ha llamado para que estemos siempre en la condición de *hijos*. Y no tenemos excusa, pues podemos acudir a él, por medio de Jesucristo, para obtener todo aquello que necesitamos para *la vida y la piedad* (2 P 1:3), por lo que tendría que preocuparnos mucho nuestra falta de crecimiento.

¡Que Dios nos ayude a tomar conciencia de nuestra responsabilidad, y que nosotros, por nuestra parte, nos esforcemos en la misma, con el fin de glorificarlo cada día más, nosotros mismos y otras personas por causa de nosotros! Al mismo tiempo, será también para nuestra bendición y para la de los que nos rodean. ¡Que así sea!

5

LA FE

Romanos 1:8-12

Lectura introductoria: Deuteronomio 26:17-19

Has declarado solemnemente hoy que Jehová es tu Dios, y que andarás en sus caminos, y guardarás sus estatutos, sus mandamientos y sus decretos, y que escucharás su voz. Y Jehová ha declarado hoy que tú eres pueblo suyo, de su exclusiva posesión, como te lo ha prometido, para que guardes todos sus mandamientos; a fin de exaltarte sobre todas las naciones que hizo, para loor y fama y gloria, y para que seas un pueblo santo a Jehová tu Dios, como él ha dicho.

Dijimos en el estudio anterior que en el primer versículo de la oración que nos ocupa el apóstol pasa de hablar de cosas personales a otras que tenían que ver con los cristianos en Roma, pero que todas ellas se encontraban unidas y encadenadas. Pablo daba *gracias* al que llama *mi Dios*, y ambas cosas, *mediante Jesucristo*, y lo hacía *por todos* aquellos hermanos de la iglesia en Roma, enseñándonos así a nosotros a dar gracias también por todos, sean *hijos* [...] *jóvenes* o *padres* (1 Jn 2:12-14) y por todas las personas a quienes el propio Dios, en su Providencia, ha puesto cerca de nosotros, porque todos y todo contribuye para el bien de los que le aman.

En el día de hoy vamos a tratar otro aspecto que aparece en el mismo versículo, esencial en el cristiano, y que no es otro sino el

de la fe. Y algunos sabéis, hermanos, porque también es vuestro propio sentir, ¡cuánto pesar hay en el corazón de los verdaderos cristianos por la fe, o supuesta fe, de muchos de los «hermanos»! El apóstol Pablo daba gracias a Dios por aquellos hermanos en Roma, pero no por cualquier cosa de ellos o acerca de ellos, sino porque, como indica, ***vuestra fe se divulga por todo el mundo.***

Pero antes de entrar en el tema, dejemos que sea el propio Dios quien nos hable por su Palabra, y dirijámonos a él para que sea glorificado en ella y por medio de ella en todos nosotros.

Primeramente doy gracias a mi Dios mediante Jesucristo con respecto a todos vosotros, de que vuestra fe se divulga por todo el mundo. Porque testigo me es Dios, a quien sirvo en mi espíritu en el evangelio de su Hijo, de que sin cesar hago mención de vosotros siempre en mis oraciones, rogando que de alguna manera tenga al fin, por la voluntad de Dios, un próspero viaje para ir a vosotros. Porque deseo veros, para comunicaros algún don espiritual, a fin de que seáis confirmados; esto es, para ser mutuamente confortados por la fe que nos es común a vosotros y a mí (Ro 1:8-12).

Oración personal a Dios.

1. FE VISIBLE

Como sabemos, la fe es algo invisible, algo del corazón, algo que se encuentra en el interior de la persona, pero Pablo da gracias a Dios porque el objetivo de la misión que recibió, tal como aparece en el **versículo 5, la gracia y el apostolado** que era para **la obediencia a la fe en todas las naciones por amor de su nombre**, y no para producir solo una fe invisible, se estaba cumpliendo o alcanzando en los hermanos en Roma. La **fe** de ellos se divulgaba **por todo el mundo.**

Ahora bien, ¿qué quiere decir con esto? Y la respuesta es: Pablo no está mostrando aquí que aquellos cristianos tuvieran una clase inusual o especial de fe. Hay tal cosa como esto: el don de la **fe** (1 Co 12:8-9), que no es la fe que salva y que todos los cristianos tienen. Hay, pues, una fe especial dada por Dios a algunos cristianos, tal como sucedió con Hudson Taylor, George Müller, y otros, y hay una fe salvadora que pertenece, sin exclusión, a todos los cristianos. ¿Y a cuál de ellas hace referencia el apóstol aquí?

Creo que es evidente que está hablando de la fe salvadora de aquellos cristianos, y Pablo no da gracias a Dios porque en ellos hubiera algo inusual o extraordinario, algunas manifestaciones milagrosas de la fe, sino simplemente porque estaban mostrando con sus vidas lo que tenían que mostrar y Dios esperaba de ellos: que la fe invisible que decían tener en sus corazones era cierta, y la estaban haciendo visible, como indica más adelante en el capítulo 16:19. Así que no se habla de una fe especial, pero tampoco de la fe invisible que dice confiar en Cristo y su salvación, sino de la fe que es verdaderamente salvadora y que trae como resultado crecimiento, fortaleza espiritual y propagación **por todo el mundo**. Aquellos cristianos en Roma, por así decirlo, estaban en *las bocas de los leones*, pero a pesar de eso, vivían su fe con integridad y credibilidad, y estaban en *las bocas de todo el mundo*.

Por tanto, **vuestra fe se divulga** equivale a decir «*vuestro cristianismo se hace evidente*», y aquellos cristianos en Roma no se callaban respecto a su fe, ni solamente se dedicaban a proclamarla, sino que *vivían* dicha fe, y cuando la fe es vivida —al ser una luz en medio de las tinieblas—, es conocida, es manifestada sin palabras, y se divulga. Era algo similar a lo que ocurría en la iglesia en Tesalónica, donde los hermanos no solo *divulgaban* la Palabra, sino que **también en todo lugar vuestra fe en Dios se ha extendido** [...] **porque ellos mismos cuentan que os convertisteis** [...] **para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo,**

al cual resucitó de los muertos, a Jesucristo, quien nos libra de la ira venidera (1 Ts 1:8-10).

La iglesia en Roma, pues, era famosa a causa de las evidencias visibles de la fe invisible de sus miembros. Algunas iglesias pueden ser famosas por su arquitectura, otras por su tamaño o el número de miembros, otras por sus riquezas, otras por las campañas de evangelización que promueven, otras por las obras de teatro o los conciertos, otras por los problemas existentes entre los hermanos, como sucedía en Corinto... pero la iglesia en Roma era famosa a causa de su fe. Era una comunidad de verdaderos cristianos que vivían ***por amor*** del ***nombre*** de Jesucristo (v. 5), y por medio de esas vidas, el propio Señor manifestaba su vida y su poder.

El hecho de que en la propia Roma, centro del Imperio y del gobierno, hubiera cristianos, era algo maravilloso, pero aún lo era más el que la fe de ellos se divulgara. Como indicamos en otro estudio, el declararse cristiano comportaba mucho para las personas, pero allí, en el centro del mundo de entonces, se hacía evidente la realidad del cristianismo de aquellos hermanos.

Pensemos que en Roma, como sucede hoy en las mayores ciudades del mundo, había vicios en sus formas más extremas, ateísmo, idolatría y todas las cosas que pueden existir en una gran ciudad. Y allí, en medio de todo ello, e incluso en el propio palacio imperial, había cristianos cuya fe se divulgaba: cristianos libres que se reunirían en las casas, judíos y gentiles que mostraban cómo sus diferencias y odios de siglos habían sido eliminados (*cf.* Ef 2:13-16), y cristianos esclavos que se sujetaban a sus ***amos, no solo a los buenos y afables sino también a los difíciles de soportar*** (1 P 2:18). Cristianos, en definitiva, que se mostraban ***fieles en todo***, y ***en todo*** adornaban ***la doctrina de Dios*** su ***Salvador*** (Tit 2:10).

Para aquellos cristianos, y también para las personas alrededor de ellos, no había dudas ni engaños acerca de su fe, pues la fe sal-

vadora e invisible se hacía patente, y allí, desde la propia Roma, se divulgaba a otras partes. Y por eso el apóstol se regocijaba y daba gracias a Dios.

Y habla el apóstol de una divulgación hacia *todo el mundo*, expresión que se usa en la Escritura con distintos significados, y en la que ahora no vamos a detenernos. Solamente recuerdo que con ella no se designa a todas y cada una de las personas del mundo, ni a todas y cada una de las personas del Imperio, sino que hacen referencia principalmente a los cristianos en otras partes de este a los que llegaban las noticias de sus hermanos en Roma. Los viajeros que llegaban a la capital y contactaban de algún modo con los santos, y veían su amor al Señor Jesucristo, propagaban luego estas noticias. Fue así como el apóstol llegó a tener esta información. Era lo mismo que sucedía en la iglesia en Tesalónica (*cf.* 1 Ts 1:2-3,6-10). No solamente había personas que creían en el evangelio, sino que la fe de ellos era de tal carácter que todo el mundo hablaba de ella, y Pablo da gracias a Dios por ellos reconociendo así que Dios era el Dador de su fe.

Esta notificación de Pablo, evidentemente, no era para inducirlos a la complacencia y el orgullo, sino más bien para animarlos a seguir mostrando un testimonio correcto ante todas las personas. Pero, en cuanto a Pablo, vemos que ora a Dios por la gracia que el propio Dios ha derramado en otros, y esto nos muestra mucho de su propio carácter, nos muestra el espíritu de amor que debe existir entre los hermanos, y la gratitud y devoción hacia el Maestro. Esto es también un ejemplo para cuando recibamos noticias de los frutos del Espíritu en lugares lejanos.

Pero creo que es bueno resaltar otro aspecto importante, sobre todo para el momento en que se vive hoy en las llamadas iglesias cristianas.

En aquel entonces no había periódicos, ni telegramas, ni móviles, ni radio, ni televisión, ni internet, ni agencias informativas,

etc. Pero aun así, la fe de aquellos hermanos se propagaba por todo el Imperio romano. ¡Qué lección para la Iglesia en el día de hoy! ¿Cómo era posible aquello? La respuesta es: cuando Dios hace su obra y la fe invisible que se dice tener es cierta, no se necesita ninguna publicidad. Así ha sido siempre en la historia de la Iglesia. No hay necesidad de atraer a la gente con campañas publicitarias, no hay necesidad de llamar a los medios de comunicación para que publiquen lo que nosotros hacemos, no hay necesidad de atraer a los padres por medio de trucos ingeniosos para los hijos, no hay necesidad de atraer a los jóvenes poniéndoles música agradable a sus oídos, no hay necesidad de trucos, ni de títulos, ni de congresos espectaculares... Como decía Spurgeon, no hay necesidad de «entretener a las cabras».

La obra es de Dios, el trabajo es de Dios, y cuando los que dicen ser cristianos verdaderamente lo son, las noticias de su fe se extienden, como sucedió en aquel mundo antiguo, faltaría como estaba de comunicaciones y publicidad. Por esto digo tantas veces, hermanos, que hemos de analizarlos, que hemos de analizar nuestras vidas, y que hemos de pensar tal como la Biblia nos dice que pensemos. Cuando el Espíritu Santo hace su poderosa obra, esta siempre llega a ser conocida. Es la historia de los grandes avivamientos a lo largo de los siglos, y es la necesidad imperiosa de la Iglesia en el día de hoy. Por eso hemos de pedir ser llenos del Espíritu Santo, que Dios nos renueve y nos inflame, y hemos de esforzarnos para que nuestras vidas dejen la mediocridad existente en el cristianismo de hoy día.

Si se pensara más en la fe que se dice tener y se actuara más en consecuencia con esa fe invisible, se ahorraría, entre otras cosas, grandes cantidades de dinero, y de tiempo, y de esfuerzo, que se dilapidan hoy porque muchos no se dan cuenta de lo que significa la fe cristiana. Hermanos, si vivimos como estamos llamados a hacerlo, no necesitaremos de propagandas ni de departamentos de

publicidad, porque siempre el cristianismo ha sido anunciado por las vidas y el modo de vivir de los cristianos. Por eso pregunto: ¿Estás anunciando con tu vida tu cristianismo?; ¿se habla de tu fe en otros lugares?; ¿conduce esa fe que obra a las acciones de gracias de otras personas (cf. 2 Co 9:12-15)?; ¿se acerca alguien a ti atraído por tu vida? O más directamente: ¿Tienes la verdadera fe que salva y que cambia la vida?

Y como en este asunto de la fe es fácil estar engañados, voy a continuar hablando de la fe que salva, para que nos analicemos y pongamos en orden en nuestras vidas todas aquellas cosas que lo necesiten, para que pongamos el máximo empeño en que *nuestra fe*, mostrada por nuestra vida, se divulgue por todo el mundo, y para que así también *nuestro Dios* sea glorificado y muchos sean atraídos a él y al evangelio.

2. FE SALVADORA

Muchos dicen, dentro de las iglesias, que son cristianos y que tienen fe. Muchos dicen que teniendo fe es suficiente, y citan Romanos 10:9-10. ¿Pero qué significan estas palabras? Muchos muestran que entienden cosas muy distintas por ellas, así como por el hecho de *tener fe*, pues muchos han dado sus vidas y sus pertenencias por la fe, mientras que para otros tener fe es asistir a una «*misa evangélica*» los domingos por la mañana y no querer saber nada más. ¿Cuántas clases de fe existen?; ¿cuántas clases de fe se pueden tener? Porque el propio Santiago, como sabemos, nos indica en su carta que ***la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma*** (Stg 2:17), y Pablo, en Romanos 4:20 y 6:17-18 vuelve a unir la fe con la gloria que se da a Dios, con la obediencia de corazón, con la sana doctrina, con la liberación del pecado, y con la justicia y el ser siervos de esta.

Pues bien, aunque sea simplificando un poco el tema, podemos decir que puede hablarse de, al menos, cuatro clases de fe:

En primer lugar, la que podemos llamar «*fe histórica*». Esta clase de fe es verdadera, y con ella quiero decir la disposición por la cual creemos que una cosa es cierta, bien sea por la fidelidad del que nos la muestra o por su carácter honesto. Es como cuando un autor escribe algo acerca de un hecho histórico y damos crédito a lo que dice porque sabemos que es una persona fiable. Así también la fe histórica o doctrinal: es aquella que, cuando llega la Palabra a las personas, la creen y no la cuestionan. Y así, muchos no dudan de que Cristo, el Hijo de Dios, viniera al mundo, de que fuera Dios y hombre en una persona, de que muriera por los pecados y resucitara al tercer día y subiera a los cielos, y de que creyendo en su Nombre pueden ser salvos. Muchos creen que la Biblia es la Palabra de Dios, y la creen por encima de cualquier otra palabra de hombres o ángeles, pero la creen de igual modo que creen que existió el rey Alfonso XIII o Cristóbal Colón.

No digo que todos los que asisten a nuestras iglesias tengan esta clase de fe. Muchos ni siquiera llegan a ella, por desgracia, y piensan que por decir que son creyentes ya lo son, aunque con sus obras lo nieguen. Muchos, si tuvieran siquiera este tipo de fe, no se atreverían a vivir como lo hacen, pues algunas doctrinas los acusan claramente. Muchos creen en la misericordia y en el perdón de pecados sin cuestionarlos en absoluto, pero cuando se habla de la santidad de Dios o de la severidad de Dios contra las personas en pecado, no dan crédito a dichas palabras. Y así, cada uno llega a un punto o nivel de fe porque cada uno se encuentra mejor con sus propias corrupciones que con las de otros, y unos quitan una parte de la Palabra, y otros, otra.

Este tipo de fe es la que aparece en las personas mencionadas en Juan 2:23-24: ellos decían creer, y creían que el Señor era más que un simple hombre, y creían lo que les hablaba, pero no tenían sino una *fe histórica*, porque ***Jesús mismo no se fiaba de ellos***. Este tipo de fe es la que también pueden tener y tienen los demo-

nios, de los que se dice que **creen y tiemblan** (Stg 2:19). Santiago sabía que había muchas personas que consideraban que era suficiente creer que Cristo era Dios, que había muerto por sus pecados, y que la Palabra era verdadera, y por eso les indica que también los demonios creen como ellos, que también creen en estas cosas, y que, en cuanto a fe histórica, tienen más que muchos de ellos.

Los demonios saben que Dios es verdadero y que no puede mentir, pero lo saben a su propia costa y para su propio perjuicio. También saben que el verdadero creyente no morirá para siempre y que no estará con ellos en el Infierno; también saben que Cristo vendrá a juzgar al mundo y que ellos mismos serán juzgados, pero todo esto no les sirve de nada, y dicen al propio Cristo: **¿Has venido acá para atormentarnos antes de tiempo?** (Mt 8:29). Este modo de pensar es también propio de algunos supuestos cristianos, que tienen una fe histórica, o incluso menos, pero que creen que Cristo viene a fastidiarles la vida: unos no quieren dejar sus programas de televisión favoritos, o canales en internet y redes sociales, aunque no presenten más que obscenidades y basuras; otros no quieren dejar de usar sus lenguas despiadadas; otros no quieren abandonar sus comodidades y rechazan todo servicio o sacrificio; otros no quieren desprenderse de lo que consideran suyo; etc. Y eso porque, como los demonios, piensan que Cristo viene a fastidiarles.

Y hemos de decir, y advertir, que los que tienen esta clase de fe, al igual que los demonios, estarán con ellos en el Infierno. El rico que daba a Lázaro sus migajas tenía esta clase de fe y pidió que sus hermanos no fueran llevados a aquel lugar de tormento. La respuesta que recibió fue: **A Moisés y a los profetas tienen; óiganlos** (Lc 16:29).

Por tanto, aunque la fe histórica sea verdadera, no es suficiente, y hemos de saber que es solo la primera etapa de la fe, y que si nos

quedamos solamente con ella, terminaremos en el Infierno, como los propios demonios y como aquellos que no tienen ninguna. Repito que es un peligro para muchos que se llaman cristianos cuando su fe no se diferencia en nada de la que tienen los demonios, y solamente se limitan a temblar y a tener miedo cuando oyen las advertencias de la Palabra de Dios. Es buena y necesaria la fe histórica, es bueno y necesario temblar y tener miedo, pero la fe que salva trasciende esta condición y sigue adelante.

Mucho peor que la fe de los demonios, evidentemente, es la de aquellos que ni les hace temblar, cuando el Señor dice que es a estos a los que mirará (*cf.* Is 66:2). Muchos son como los pilares del edificio donde oyen la Palabra que se les predica, que no se mueven ni se conmueven ante ella. Y muchos los que consideran que es suficiente la fe con la que nacieron.

En segundo lugar, puede hablarse de una «*fe en los milagros*», de la cual vemos a menudo en el Nuevo Testamento. Es la fe que el propio Señor compara con el grano de mostaza, cuando dice: ***Si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará*** (Mt 17:20).

La fe en los milagros puede ser una fe activa que haga milagros, y puede ser una fe pasiva que crea o reciba los efectos particulares de ciertos milagros. De la primera, el propio Señor habla cuando pone el ejemplo de muchos que le dirán en aquel día: ***Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?*** Evidentemente, esta clase de fe no salva, porque el propio Señor responde diciendo: ***Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad*** (Mt 7:22-23). En cuanto a la segunda, no faltan los cristianos que han visto en sus propias vidas o en las de personas cercanas milagros del Señor, y por eso dicen que creen, pero no han pasado de esta fe en los milagros.

Esta tiene también una característica extraordinaria, porque hay personas que pueden ir al Cielo sin ella, y otras que pueden ir al Infierno aun con ella. La anterior, la fe histórica, es indispensable, pero esta no lo es, y el tenerla o carecer de ella no es garantía de nada. También el apóstol Pablo, en 1 Corintios 13:2, nos indica al respecto: ***Y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy.***

Esta fe en los milagros no sirve para la salvación porque no descansa en Cristo y en sus promesas como Salvador de los pecadores y como Mediador ante Dios, sino que solo cree en Cristo como alguien que tiene poder y capacidad para producir dichos milagros. Esta clase de fe puede dejar al hombre descansar en su propia justicia pensando que es bueno. E incluso podemos decir más: si no hay gracia verdadera en la persona, esta clase de fe no sirve sino para aumentar el orgullo.

Repito, pues: la fe histórica es necesaria, pero no suficiente; y la fe en los milagros, tanto activa como pasiva, ni es necesaria, ni es suficiente.

En tercer lugar, la tercera clase de fe, podemos llamarla «*fe temporal*», que es aquella de la que habla también el Señor cuando pronunció la parábola de la semilla que fue sembrada en distintos terrenos (cf. Mt 13:4-7,19-22). Así, hay también algunos, que oyen el evangelio y reciben la Palabra con mucho gozo, y son tocados y afectados por ella, pero no perseveran.

La diferencia entre esta clase de fe, y la fe histórica de la que hemos hablado antes, es que esta última descansa en hechos, mientras que la fe temporal solamente lo hace en los sentimientos. Este tipo de fe hace sentir gozo, y en cierto modo es mejor que la de los demonios, pues estos siempre tiemblan y nunca están alegres. Y es en esta clase de fe, que tampoco salva, en la que descansan muchos supuestos cristianos que solo se mantienen como tales cuando se encuentran bien.

Esta fe temporal puede hacer también que una persona se espante, tal como sucedió con el gobernador Félix (cf. Hch 24:27), o que presente las múltiples facetas cambiantes que caracterizan a nuestros propios sentimientos, pero no sirve para nada si no se termina depositando la confianza en el evangelio. Es, para que lo entendamos, como si un médico famoso que tiene el remedio para curar una grave enfermedad fuera a una ciudad y estuviera un tiempo en ella. Y allí, en aquella ciudad, existiese una persona aquejada de esta, a cuyos oídos llegara la noticia de la presencia del médico, y se pusiera muy contenta porque ve la posibilidad de su propia curación; esta es la fe temporal, pero que nunca lleva a la curación porque no empuja a la persona a acercarse al médico para que le aplique el remedio.

En último lugar, decimos algo de la «*fe que salva*», de la fe salvadora, la de aquellos cristianos en Roma, que se divulgaba por todo el mundo; la fe que da un paso más que todas las anteriores, que no se queda en los hechos históricos ni en los sentimientos, sino que lleva a la persona enferma al médico y a hacer uso del remedio. Ambas cosas son necesarias: acudir al médico, y obedecer sus instrucciones para la curación.

Puede haber fe salvadora donde haya poca fe temporal o movida por los sentimientos, porque las personas somos muy distintas en caracteres, temperamentos, psicologías, trasfondos de todo tipo, etc. De igual modo, puede haber mucha fe temporal donde no hay nada de fe salvadora, como una estrella fugaz que parece tener mucha más luz que una que está fija en el firmamento, pero que no es firme y desaparece pronto.

Hemos, pues, de conocer qué clase de fe es la nuestra, porque no podemos descansar en ninguna salvo en la fe verdadera y salvadora. Hay algunos que dicen que tuvieron fe en otros días, pero, evidentemente, no tuvieron fe salvadora, y hemos de convencerlos de su lamentable error y del engaño en que están metidos. Hay

otros que dicen tener fe pero que no la practican, «cristianos, pero no practicantes», como si esto fuera posible. Otros piensan que con vivir honradamente es suficiente, pero hay algunos ateos y paganos que viven mejor que ellos, y sus vidas no son fruto de la fe (los frutos de la honestidad no son malos, pero terminarán produciendo dentera). Y hay otros que dicen que han creído siempre, desde su nacimiento, aunque nunca se les ha visto nada de cristianismo, y más bien su pretendida fe es un acertijo.

Y así, todas las variantes de fe, las cuales, como la temporal y la histórica, no producen desengaño al principio, pero a la larga dejan a las personas completamente sin nada. En todos estos casos, la fe no es más que un orgullo, y hemos de hacerles ver que una cosa es la fe y otra la presunción.

Solo la fe salvadora es la que nos lleva fuera de nosotros mismos para descansar en la obra perfecta del Señor Jesucristo, la que nos hace conocer que hubo un tiempo en que no la teníamos, y es ella sola la que nos hace desear tener más fe. Yo os podría convencer de que es pecado robar, mentir, y no guardar el día del Señor; y lo podría hacer yo. Pero nadie puede hacer la obra del Espíritu Santo (*cf.* Jn 16:8), y todos deberíamos preguntarnos si ha sido hecha en nosotros, si verdaderamente deseamos tener más fe para servir más y mejor a Dios y a las personas.

No es cuestión de conocimiento, ni tampoco de sentimientos, ni tampoco de obrar o creer en milagros. Ni siquiera es cuestión de oración, porque no todo el que dice **Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos** (Mt 7:21). La fe salvadora cambia la vida entera, haciendo visible lo invisible. Es una nueva condición y naturaleza, y no tiene sentido no practicarla. La fe salvadora se divulga, porque para eso nace y ha sido creada.

Y, aunque no podemos detenernos, creo que es bueno citar algunas expresiones de la Escritura que hablan sobre el tema para que nos hagamos una idea correcta de este.

La fe salvadora se identifica con la acción de venir a Cristo (*cf.* Mt 11:28; Jn 6:35). De igual modo, también se nos habla de ella como de un acto de recibir a Cristo (*cf.* Jn 1:12). Esta recepción, este recibimiento, conlleva también una aprehensión interior, ***un fortísimo consuelo*** (He 6:18), una confianza (*cf.* Isa. 26:4), y un descansar en él (*cf.* Sal 37:5,7; 55:22). Pero no se queda aquí, pues la fe salvadora es aquella que se sujeta ***a la justicia de Dios*** (Ro 10:3), que se somete a todas sus exigencias, porque sabe que es una bendición y un privilegio hacerlo, y está completamente satisfecha con Dios. La fe que salva es la que nos lleva a ocultarnos de nosotros mismos en Dios, o en Cristo, ***y ser hallados en él, no teniendo*** nuestra ***propia justicia...*** (Fil 3:9); es la que nos lleva a escondernos en él (*cf.* Isa. 26:20; Col 3:3). Evidentemente, es la que nos lleva también a someternos y a servirle (*cf.* 2 Cr 30:8), la que nos lleva a abrir las puertas de nuestros corazones ante su llamada (*cf.* Cnt 5:2; Ap 3:20).

La fe que salva se equipara también a un matrimonio, a un pacto, donde Cristo toma el lugar de un pretendiente (*cf.* Efe 5:29-32). Los cristianos somos los embajadores de Cristo, la Palabra son sus instrucciones, y en ella nos dice que ya todo está listo, que hay que venir a las bodas (*cf.* Mt 22:2-3). No es tanto un cambio de lugar, ni de iglesia, ni de sentimientos, o de conocimientos únicamente, sino que es un cambio cualitativo, del corazón, del ser entero, pues es el corazón quien suscribe el contrato de matrimonio.

La fe que salva es la que lleva a comprar ***sin dinero y sin precio*** (Is 55:1-3; Ap 22:17), la que lleva a inclinar ***el oído***, la que elige al Señor de forma consciente y deliberada entre los muchos pretendientes que cortejan nuestras almas y que se disputan nuestras vidas. La fe que salva es la que lleva a la persona a otorgar a Cristo todo el crédito de la salvación, porque una cosa es creer algo que nos dice alguien, y otra muy distinta encargarle nuestros más altos intereses. Nosotros, en la vida normal, podemos dar cré-

dito a lo que dicen muchas personas, pero quizás a ninguna le encomendaríamos las cosas que más nos interesan.

A todo esto llama Cristo: a abrirnos, a venir, a casarnos, a andar, a seguirle, etc. Y nos podemos preguntar: ¿Hay en todo esto alguna cosa no razonable o perjudicial? Y si no la hay, ¿cómo es que nuestra fe no se divulga por todo el mundo?; ¿necesitamos publicidad de alguien?

Podemos terminar fijándonos en la actitud de Rebeca cuando el siervo de Abraham la encontró, después que este fue enviado a buscar mujer para su hijo. La historia se encuentra en Génesis 24. Ella creyó todo lo que se le dijo acerca de su señor y de su hijo, y pensó que era verdad. Entonces tenía dos opciones: irse con aquel hombre, demostrando que era cierto que creía, o quedarse en casa con sus parientes. Y ella, dejándolo todo, se fue. Tenía una fe en su familia, porque algo le dirían de ella, es decir, una fe por nacimiento; también sería una buena persona, por el comportamiento que mostró. Tuvo también una fe temporal, por el gozo que experimentó; también una fe histórica, por los hechos y las cosas que se le contaron de la familia de su pretendiente; casi una fe milagrosa, porque vio el rico cargamento: el oro, los vestidos y los regalos. Pero nada hubiera servido si ella no hubiera accedido al contrato, a ser la esposa de aquel hijo: ***Y llamaron a Rebeca, y le dijeron: ¿Irás tú con este varón? Y ella respondió: Sí, iré*** (Gn 24:58).

No es solo una buena vida, feliz, y libre, sino es también olvidar a ***tu pueblo y la casa de tu padre*** (Sal 45:10). La fe que salva es aquella que lleva a la persona, como hizo Rebeca, a cerrar el contrato, y es aquella que se hace visible y se divulga, ya que, como Rebeca, no se queda en casa de su padre.

Esta era la clase de fe de los cristianos en Roma, esta la clase de fe que movía a Pablo a dar gracias a Dios por ellos, y esta la clase de fe que todos deberíamos tener la seguridad de poseerla. En realidad, es que no hay otra clase de fe que salve.

Hemos de aprender, pues, a orar, porque al aprender a hacerlo correctamente estaremos también aprendiendo a vivir correctamente, como Dios requiere de nosotros los cristianos. Ambas cosas van unidas, y eso será de gran bendición para cada uno personalmente, también para la Iglesia y, por encima de todo, para la gloria de Dios, porque muchas más de nuestras oraciones tendrán respuesta. ¡Que así sea, y que Dios bendiga su Palabra, por Jesucristo, Señor nuestro!

6

EL TESTIGO

Romanos 1:8-12

Lectura introductoria: Salmo 11:4-5

*Jehová está en su santo templo;
Jehová tiene en el cielo su trono;
Sus ojos ven, sus párpados examinan a los hijos de los hombres.
Jehová prueba al justo;
Pero al malo y al que ama la violencia, su alma los aborrece.*

En el pasaje que nos ocupa hemos analizado ya el **versículo 8**, el primero del mismo, y hemos destacado cinco aspectos fundamentales en la oración del apóstol y que hemos de tener presentes en las nuestras: dar **gracias** a Dios, tener la seguridad de que podemos dirigirnos a él como **mi Dios**, saber que solo es posible hacerlo **mediante Jesucristo**, tener presente a los hermanos, los de la propia iglesia y los más lejanos, y el hecho de tener o no una **fe** verdadera que obra, **se divulga**, y glorifica a Dios.

Hasta aquí lo analizado, pero es solo hasta aquí donde podemos decir que llega la oración, pues lo que aparece en los versículos siguientes no es sino una explicación un poco más detallada de lo que ya se ha dicho. Si nos fijamos, hay una nueva frase que comienza en el **versículo 9** y termina en el **10**, y otra que comienza en el **11** y termina en el **12**, pero ambas se introducen con la palabra **porque**. Y sabemos que cuando una nueva frase se introduce así, es una proposición subordinada relacionada con lo indicado

anteriormente. Además, el segundo **porque** tiene que ver más bien con el primero, y no tan directamente con la frase inicial del **versículo 8**.

Así que la construcción gramatical es la de una frase principal donde aparece la oración, **versículo 8**, una frase subordinada en los **versículos 9 y 10**, y otra subordinada de la anterior en los **11 y 12**. Pero, aunque sean frases subordinadas, también en ellas encontramos importantes motivos para considerarlos en nuestras oraciones.

Vamos a detenernos en el primero de ellos, pero será una vez que hagamos la lectura de la Palabra y pidamos la bendición de Dios.

Primeramente doy gracias a mi Dios mediante Jesucristo con respecto a todos vosotros, de que vuestra fe se divulga por todo el mundo. Porque testigo me es Dios, a quien sirvo en mi espíritu en el evangelio de su Hijo, de que sin cesar hago mención de vosotros siempre en mis oraciones, rogando que de alguna manera tenga al fin, por la voluntad de Dios, un próspero viaje para ir a vosotros. Porque deseo veros, para comunicaros algún don espiritual, a fin de que seáis confirmados; esto es, para ser mutuamente confortados por la fe que nos es común a vosotros y a mí (Ro 1:8-12).

Oración personal a Dios.

1. INTRODUCCIÓN

Si ya hemos visto la oración de Pablo del **versículo 8**, ahora podríamos preguntarnos: ¿Por qué oraba el apóstol así? Y él mismo nos contesta: **Porque...** Es como si nos dijera: «Oro y vivo de este modo, y no puedo hacerlo de otro, **porque...**». Y expone sus razones.

Y la primera de ellas que indica es que lo hace así, que ora de esa manera y vive de acuerdo con su modo de orar, porque **Dios** es su **testigo**. La palabra con que comienza la frase —*porque*— nos enseña que Pablo era muy consciente de lo que había dicho antes, y sabía que Dios mismo conocía el hecho, era testigo, de que estos cristianos estaban en su corazón. Este es el significado de la palabra testigo: una persona que da testimonio de una cosa, de algo que ha sucedido, o que presencia algún hecho. Esto es algo que no solo lo sabía Pablo, sino que todos los cristianos también lo sabemos, que Dios es testigo siempre, pero es algo que en muchas ocasiones se queda en un rincón de nuestras mentes, algo que olvidamos, y que nos lleva a orar y a vivir como si Dios no estuviera presente.

Por ello necesitamos venir a Dios en oración para pedir, entre otras cosas, que su presencia sea más real en nuestras vidas (no por su causa, sino por la nuestra), para que seamos más conscientes de que él es siempre nuestro testigo en todos los momentos y situaciones, y para que nuestras vidas cambien en consecuencia. No sé cuántos de nosotros nos atrevemos a decir o incluso a pensar que en muchos de nuestros actos «*Dios es testigo*», aunque es cierto que siempre lo es, lo olvidemos o no.

Al decir esto, el apóstol está reconociendo la Omnisciencia de Dios, tal como aparece en 2 Corintios 1:23 o en Gálatas 1:20 (véase Ro 9:1; 2 Co 11:10-11,31; Fil 1:8; 1 Ts 2:5,10; 1 Ti 2:7, donde vuelve Pablo a hacer lo mismo invocando a Dios o a Cristo como testigo), así como su Omnipresencia, pero no hemos de pensar que con este modo de expresión está yendo en contra de la propia enseñanza del Señor Jesucristo cuando nos habló acerca de jurar innecesariamente (jurar es poner a Dios por testigo: cf. Mt 5:34-37; Stg 5:12), sino que lo que indica es la conciencia interna que tenía de la presencia de Dios en todo lo que hacía. Pablo sabía que Dios es el Conocedor de los corazones, el Conocedor del suyo propio y, de acuerdo con esto, hablaba, oraba y vivía.

Y digo que no vamos a detenernos en este asunto del juramento y del discernimiento espiritual que se necesita para hacerlo correctamente, pero cito algo que escribió Calvino al respecto:

Cuando los perversos e incrédulos juran lo hacen sin darle importancia, y los creyentes, por el contrario, lo temen más que a mil muertes. Donde existe verdadero temor de Dios, nada puede hacerse que no tenga también, para su Nombre, la misma y grande reverencia. Por tanto, es como si S. Pablo hubiera dicho que sabe muy bien lo que significa reverencia y santidad en el juramento, y que jamás invoca a Dios como testigo, tal y como lo hacen los profanos. Por eso nos enseña, con su ejemplo, cómo todas las veces que juremos debemos hacerlo con este testimonio de honra y temor de Dios.

Pero vuelvo a insistir en este tema que es fundamental para todos los aspectos de la vida cristiana, incluido el de la oración: Pablo tenía una razón, un motivo poderoso para orar y dar gracias a Dios por los hermanos, para ser y estar agradecido y mostrar dicho agradecimiento a Dios, para preocuparse por la familia de Dios, etc., y este no era otro sino la comprensión e interiorización de que **Dios** era siempre su **testigo**, la comprensión de que Dios estaba siempre presente.

Al igual que Pablo, todos nosotros también creemos que Dios es Omnipresente, que es Omnisciente, y que es Omnipotente. Y sabemos lo que significan estos atributos suyos, al igual que creemos y sabemos que Dios también es Santo, Justo y Bueno. ¿Pero no es cierto que todos necesitamos interiorizar estas cosas?; ¿no es cierto que, además de aprender, necesitamos aprehender a Dios mismo para vivir de acuerdo con ello?

Debemos detenernos un poco en este pensamiento.

2. DIOS ES TESTIGO

Es fácil mostrar los múltiples pasajes que se encuentran en las Escrituras y que hablan de la Omnipresencia de Dios; desde Génesis hasta Apocalipsis, vemos esto una y otra vez. Adán y Eva intentaron ocultarse de Dios, como si fuera posible hacerlo, y para ello *se escondieron* [...] *entre los árboles* (Gn 3:8). Ya era importante que tuvieran conciencia de la presencia de Dios, pero fallaron al intentar esconderse. Muchos, cristianos y no cristianos, no tienen ni siquiera esa conciencia, y dicen: *Nadie me ve* (Is 47:10-11).

Agar, la sierva de Sara, huyó de ella cuando quedó embarazada, pero se indica que *la halló el ángel de Jehová* y, como consecuencia de aquel encuentro ella llamó a Dios: *Tú eres Dios que ve*, y al pozo donde sucedió aquel encuentro: *Pozo del Viviente que me ve* (Gn 16:7,13-14).

Y así podíamos continuar, de modo que, en el último libro de la Biblia, cuando el Señor Jesucristo resucitado se dirige a las iglesias, lo hace con una frase repetida que muestra esta Omnipresencia. Una y otra vez dice: *Yo conozco tus obras* (Ap 2:2,9,13,19;3:1,8,15), de modo que este conocimiento no le llega por medio de un tercero, sino que es suyo y personal debido a su divinidad: una de las prerrogativas que solo Dios tiene.

Quizá el pasaje más conocido que habla de este tema, por su extensión, sea el Salmo 139, el cual os invito a que leáis con frecuencia para llegar a interiorizar, como Pablo y el propio David que lo escribió, ese conocimiento de la presencia constante de Dios. Podemos leer algunos versículos: *Oh Jehová, tú me has examinado y conocido. Tú has conocido mi sentarme y mi levantarme; Has entendido desde lejos mis pensamientos. Has escuchado mi andar y mi reposo, Y todos mis caminos te son conocidos. Pues aún no está la palabra en mi lengua, Y he aquí, oh*

Jehová, tú la sabes toda. Detrás y delante me rodeaste, Y sobre mí pusiste tu mano. Tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí; Alto es, no lo puedo comprender. (Sal 139:1-6).

Así pues, nos es necesario interiorizar el hecho de que *Dios es siempre nuestro testigo*. Oramos a Dios, aun sin palabras, porque creemos que nos oye, pero nos olvidamos de que también nos oye cuando hablamos y cuando pensamos en otras ocasiones y circunstancias, pues, como dijera Job: ***No hay pensamiento que se esconda de ti*** (Job 42:2). Oramos a Dios y decimos: ***Mira mi aflicción y mi trabajo, y perdona todos mis pecados*** (Sal 25:18), y lo hacemos porque creemos que Dios nos ve, pero nos olvidamos de que nos ve siempre y actuamos a veces como si así no fuera, aunque está escrito: ***¡Ay de los que se esconden de Jehová, encubriendo el consejo, y sus obras están en tinieblas, y dicen: ¿Quién nos ve, y quién nos conoce? Vuestra perversidad ciertamente será reputada como el barro del alfarero. ¿Acaso la obra dirá de su hacedor: No me hizo? ¿Dirá la vasija de aquel que la ha formado: No entendió?*** (Is 29:15-16).

Dios lo ve todo, y es testigo cuando hablamos, bien o mal; cuando estamos de buen o mal humor; cuando callamos; cuando vemos, lo que debemos o no debemos; cuando hacemos o no hacemos; cuando vamos o venimos; cuando leemos o no leemos, y de lo que leemos; cuando oímos o prestamos oído a ciertas personas o conversaciones, etc. Dios es testigo siempre, *y es tremendo esto*; para algunos, ciertamente *terrible*.

Y es que Dios es testigo no solo externo, ni solo de lo externo, pues también sabemos que Dios ve nuestro interior y que, si somos cristianos, mora en nuestro interior (*cf.* Jn 14:23; Ro 8:9-11; 1 Co 3:16; 6:19). Dios es testigo de lo que pensamos, bueno o malo, decente o indecente, justo o injusto; Dios es testigo de nuestros deseos, los cuales pueden ser conforme o contrarios a su voluntad; de nuestras intenciones, de nuestros planes, etc., pues ***no hay cosa***

[...] **que no sea manifiesta en su presencia** (He 4:13), ya que escudriña nuestras actitudes y lo que hay en nuestras almas, mentes y corazones (cf. Jer 17:10).

Los cristianos necesitamos ser más conscientes de este hecho y necesitamos pedir a Dios que nos haga ser más conscientes de su presencia. Este debe ser otro motivo constante en nuestras oraciones, y creo que, quizá, lo haya sido pocas veces para muchos. Porque si comprendemos que Dios es testigo siempre, sucederán dos cosas en nuestras vidas:

En primer lugar —y es algo que falta en muchos cristianos—, es el sentimiento de *temor y temblor* que surge ante ese Dios que es testigo, y que aborrece y castiga el pecado. Es la *reverencia* y la *humildad* que crecerán en nuestras vidas al saber que estamos ante el **fuego consumidor** (He 12:29). Es el deseo de tener un *corazón limpio* cuando vamos adquiriendo conocimiento de nuestro pecado y de nuestros pecados, y sabemos que Dios es testigo de todos ellos y sabemos lo que piensa de todos ellos. Si soy consciente de que Dios es testigo, inevitablemente esa conciencia me llevará a la pobreza de espíritu y me llevará a decir con Moisés: **Estoy espantado y temblando** (He 12:21).

El Señor Jesucristo dijo en una ocasión: **No hay nada oculto que no haya de ser manifestado; ni escondido, que no haya de salir a luz** (Mr 4:22), y ya, en la antigüedad, Dios había dicho: **¿Soy yo Dios de cerca solamente [...] y no Dios desde muy lejos? ¿Se ocultará alguno, dice Jehová, en escondrijos que yo no lo vea? ¿No lleno yo, dice Jehová, el cielo y la tierra?** (Jer 23:23-24). Pero si no queremos tomar conciencia del hecho de que Dios es testigo, y seguimos sin temor y reverencia ante él, escondiéndonos de él, llegará el día en que nada nos podrá esconder de su ira (cf. Ap 6:15-17).

Necesitamos interiorizar, pues, que Dios es un Dios que oye y un Dios que ve, como dijera el salmista: **El que hizo el oído, ¿no**

oirá? El que formó el ojo, ¿no verá? El que castiga a las naciones, ¿no reprenderá? ¿No sabrá el que enseña al hombre la ciencia? Jehová conoce los pensamientos de los hombres, Que son vanidad (Sal 94:9-11).

¡Es tremendo que mi testigo siempre, en todo momento y en todo lugar, sea el propio Dios! Y necesitamos, como Jacob, despertar del sueño para decir: **Ciertamente Jehová está en este lugar, y yo no lo sabía** (Gn 28:16), lo cual le llevó a tener miedo y seguir diciendo: **¡Cuán terrible es este lugar! No es otra cosa que casa de Dios, y puerta del cielo** (v. 17). Jacob llamó el nombre de aquel **lugar Betel** (v. 19), es decir, casa de Dios, y nosotros necesitamos también saber que, en un sentido, siempre estamos en la casa de Dios porque siempre estamos ante su presencia, porque **Dios no habita en templos hechos por manos humanas** (Hch17:24). Y lo estamos en el culto cuando —como decía Spurgeon— nos portamos como ángeles, pero también en las reuniones de iglesia o cuando podemos discutir sobre algunos temas, en los que a veces nos portamos como demonios.

Se cuenta de una persona religiosa que tenía una tienda de comestibles, la cual, a una hora fijada todas las tardes, llamaba a su familia para hacer las oraciones. Y en una ocasión, antes de ese momento preguntó a su hijo: «¿Has echado ya el agua en la leche?; ¿has puesto harina en el azúcar?; ¿están las pesas cambiadas como te dije?». Y ante la respuesta afirmativa del hijo, ordenó: «Bien, vamos ahora a hacer nuestras oraciones».

Parece absurdo, pero así sucede con muchos cristianos que pretenden orar sin pensar que Dios ha sido testigo de lo que han hecho, han hablado, de dónde vienen, de la actitud que traen, del sentimiento hacia los hermanos, de los pecados que no quieren afrontar, de las raíces de amargura, etc., etc.

Dios es testigo, y tengo que vivir cada momento de mi existencia con temor y temblor ante este Dios majestuoso y santo.

Pero, *en segundo lugar*, la interiorización de este hecho no solo producirá lo anterior, sino que también, si **Dios es testigo** y puedo decir que es **mi Dios**, me llevará a acercarme a él, a correr hacia él y a ponerme y vivir a su servicio porque soy consciente de que no saco nada bueno si intento correr alejándome de él. Si Dios es testigo, diré con el patriarca Job: **Aunque él me matare, en él esperaré** (Job 13:15), porque sé también que, aunque haya un Betel, existe un **Peniel** (Gn 32:30). Dios es el que hiere, pero también el que cura (*cf.* Dt 32:39), el que **mata y da vida** (1 S 2:6), y aunque sé que aborrece el pecado, corro con mi pecado hacia él y lucho con él porque quiero ser santo y lo amo (*cf.* Gn 32:24-30). Este es el único camino para el cristiano. Dios es mi **testigo**, pero es **mi Dios**, y acudo a él para obtener liberación de cada pecado que me esclaviza, de modo que pueda decir con Jacob: **Vi a Dios cara a cara, y fue librada mi alma**.

Dios es mi **testigo**, pero me acerco a él **mediante Jesucristo**, y puesto que **el amor de Cristo** me **constrñe** (2 Co 5:14), no me importa participar **de sus sufrimientos** con tal de que pueda ser partícipe también del **poder de su resurrección** (Fil 3:10). **Dios** es mi **testigo**, y mi deseo es conocerle cada vez más y más, y estar, como cantamos: «*Más cerca, oh Dios, de ti [...] aunque sea una cruz mi única luz*». **Dios** es mi **testigo**, y por eso digo también con David: **Tu vara y tu cayado me infundirán aliento** (Sal 23:4). No es solo mi Dios el que me protege y me hace descansar, sino también el que me corrige y endereza mis pasos.

En multitud de ocasiones, ante los problemas y dificultades, los cristianos olvidamos que Dios es testigo, y nos derrumbamos. Por eso, por nuestro beneficio, es necesario pedir a Dios que seamos conscientes de su presencia siempre. Si Dios es testigo, y lo pienso, y me lo digo a mí mismo y a mi propia alma, tendré temor y temblor, pero también tendré el descanso y la confianza que provienen de este hecho. Y es que no hay consuelo de Dios si falta el temor de Dios.

En muchas ocasiones Dios nos tiene que decir, como decía al pueblo de Israel, que levantemos nuestros ojos y pensemos en él en medio de las dificultades (cf. Is 40:26-31). Y necesitamos hacerlo, decírnoslo a nosotros mismos; pensar que Dios ha comprometido su palabra (cf. Is 41:10-14; 46:4), que cumple sus promesas, y debemos pedirle el cumplimiento porque nuestro deseo es glorificarle en medio de los problemas y las dificultades. Y podemos hacerlo con confianza por medio de Jesucristo.

¡Qué terrible sería ser conscientes de la presencia de Dios, de que Dios es testigo siempre, si no fuera por la mediación de Jesucristo!; ¡pero qué paz y qué bienestar en nuestra vida si lo tenemos a él, a Jesucristo! Y necesitamos entender lo primero para valorar adecuadamente lo segundo.

La persona de Jesucristo es el mayor consuelo para el cristiano, pues Dios es *mi Dios mediante Jesucristo* y, por eso, no tengo problemas, antes bien, deseo tener siempre presente que también *Dios es mi testigo*. Al mismo tiempo, estos son mis mayores argumentos para rechazar el pecado y vivir en santidad. Por eso, como también dice Hebreos 4:16: *Acerquémonos, pues, confiadamente, al trono de la gracia*, a la presencia de Dios mediante Jesucristo, sabiendo que Dios es nuestro testigo siempre, *para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro*.

Y no quiero esconderme de Dios; sé que no puedo, pero tampoco quiero esconderme de este Dios que es mi testigo, ni quiero olvidar o ignorar este hecho, de modo que, una vez más con David, me dirijo a él y le digo: *Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno* (Sal 139:23-24). Y sigo diciendo: *He aquí, tú amas la verdad en lo íntimo [...] purifícame con hisopo, y seré limpio; lávame y seré más blanco que la nieve [...] crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí* (Sal 51:6-10).

«Por eso oro así —dice Pablo—, porque *mi testigo* es *mi Dios*, y lo es *mediante Jesucristo*, y lo sé, y lo acepto, y lo quiero, y me gozo sobremanera en que sea de este modo, y digo: ¡Bendito sea su Nombre!, el del *Dios de mi alegría y de mi gozo* (Sal 43:4).

Hermanos, necesitamos pensar que el Dios que aparece en la Biblia —no otro dios ni otro ídolo— es nuestro testigo, y sabemos que Dios no admite el rencor, ni la inmundicia, ni los malos pensamientos, etc., y mucho menos cuando los llevamos con nosotros en la oración ante él. Puede que los apartemos a un lado, como hacía aquel tendero con sus trampas, pero Dios es testigo de ellos, y si esas cosas no están resueltas, no podemos acercarnos a nuestro Dios (*cf.* Mt 5:23-24). Por eso digo que este pensamiento me hará desear y me llevará a luchar en oración por tener un corazón limpio, por ser cada vez más humilde, por eliminar la hipocresía de mi vida, etc., etc.

Hermanos, Dios es testigo cuando intento robarle el tiempo que me da para servirle, cuando intento robarle el dinero que me da y que le pertenece, cuando pongo mi interés por encima del suyo, o mi gloria por encima de la suya, o *mi...* lo que sea por encima de lo suyo. Dios es testigo cuando hablo o pienso mal de los hermanos, cuando admito acusaciones contra hermanos sin otros testigos, aunque el propio Dios me prohíbe actuar así. Por tanto, ¿no es fundamental —y algo que debemos comenzar a hacer— analizar nuestro cristianismo y nuestras oraciones?; ¿no debemos pararnos a pensar si somos en realidad cristianos?; ¿no debemos considerar el tiempo perdido que se comió *la oruga, el saltón, el revoltón, y la langosta*, cuando corriamos de Dios, para correr ahora hacia Dios y pedir que se cumpla su promesa de restitución por *los años* perdidos? (Jl 1:4; 2:25).

Cuando se olvida que Dios es testigo, se olvida también que *Dios ha colocado los miembros cada uno de ellos en el cuerpo, como él quiso* (1 Co 12:18), que no todos son ojos, ni manos, ni

pies, y que todos son necesarios *para la edificación* de dicho *cuervo* (Ef 4:11-13). Por eso, Pablo, porque no olvida esto, da gracias a Dios —dice— *por todos vosotros*. Cuando se olvida que Dios es testigo, se cae fácilmente en el desprecio de la luz dada por Dios a otros, y esto es orgullo, y se prefiere seguir alumbrados con la pequeña vela de cada uno. ¡Ay de los que olvidan que Dios es testigo siempre!; ¡y ay de mí si yo despreciara a tantos que me pueden enseñar y que han tenido mayor discernimiento, comunión, y experiencia con Dios!, porque eso equivaldría a olvidar que Dios es testigo siempre.

Y hay también un último pensamiento que quiero resaltar en relación con lo que dice Pablo: *Testigo me es Dios*. Y es este: en la misma medida en que soy consciente de este hecho, puedo yo, a mi vez, ser testigo verdadero de ese Dios. Sabemos que el Señor Jesucristo envió a los suyos y a los cristianos de todas las épocas diciendo: *Me seréis testigos [...] hasta lo último de la tierra* (Hch 1:8), pero para ello, para ser verdaderos testigos, necesitamos aprehender, interiorizar, que Dios es mi testigo. Si esto falta, no puedo evangelizar ni puedo dar testimonio correctamente, lo cual me llevará a incluir en mis oraciones una petición a Dios para que supla mi necesidad de poder y de sabiduría que provienen de él.

De este tema hablaremos, Dios mediante, cuando estudiemos otra de las oraciones de los apóstoles, pero hemos de pedir a Dios que nos capacite para ser testigos en todas las ocasiones.

Y esto implica, por ejemplo, ser testigo, cuando estoy estresado o de mal humor. Generalmente, somos malos testigos en estas ocasiones, pero si he interiorizado que Dios sigue siendo mi testigo en dichos momentos, incluiré también en mis oraciones la petición a Dios por paciencia para que mi testimonio sea correcto. Significa también ser testigo en las provocaciones, porque soy consciente de que Dios es mi testigo, para lo cual necesitaré pedir sabiduría y amor que *desciende de lo alto* (Stg 1:17). Significa también ser

testigo en las enfermedades, en la escasez, en los problemas, y porque soy consciente de que Dios es mi testigo, pediré contentamiento para tales situaciones (*cf.* Fil 4:11). Significa ser testigo también en la abundancia (de tiempo, de dinero, de dones, de capacidades) y, porque sé que Dios es mi testigo, le pediré gracia para ser hallado un administrador fiel, como él quiere de mí.

En definitiva, consciente como soy de mis debilidades para ser un testigo útil y verdadero, pediré a Dios que infunda en mí el conocimiento interno de que «*mi Dios es mi testigo*», y que, con esa conciencia, me llene del temor y la reverencia que preciso para acercarme a él, y que derrame en mí por su gracia todas aquellas cosas que necesito para dar, en cada momento y situación, un testimonio fiel de mi Dios, mediante Jesucristo.

Primeramente doy gracias a mi Dios mediante Jesucristo con respecto a todos vosotros, de que vuestra fe se divulga por todo el mundo. Porque testigo me es Dios.

¡Bendito sea por eso!; ¡a él sea la gloria, por los siglos de los siglos, amén!

7

EL SERVICIO

Romanos 1:8-12

Lectura introductoria: Salmo 139:23-24

*Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón;
Pruébame y conoce mis pensamientos;
Y ve si hay en mí camino de perversidad,
Y guíame en el camino eterno.*

En el análisis de esta primera oración del apóstol Pablo estamos viendo su corazón y, con él, su comunión con Dios, su espiritualidad, y el modo de entender el cristianismo que aplicaba a su propia vida. Ya hemos dicho que en su oración, que tenemos en el **versículo 8**, muestra que no se olvidaba de dar **gracias** a Dios, que tenía una relación muy íntima con ese Dios al que llamaba **mi Dios**, que sabía que, sin la mediación de **Jesucristo**, su oración y su vida no servían para nada, que llevaba realmente **a todos** sus hermanos en su corazón, y que daba gracias a Dios por la **fe** y la obediencia de ellos.

Como dice el propio Señor Jesucristo, lo que hay en nuestro **corazón** se muestra por lo que sale de nuestra **boca** (Mt 12:34; 15:18; Lc 6:45), y de ella salen también las oraciones, las cuales, como en el caso del apóstol, revelan nuestro interior y nuestra relación con Dios y los hermanos. Pero nuestro objetivo al analizar estas oraciones no es solo conocer más de cerca y mucho mejor a este hombre de Dios, lo cual es importante, sino aprender de sus

oraciones y de su vida para hacerlas nuestras, pues él mismo nos dice que seamos *imitadores* suyos, *así como* él lo es *de Cristo* (1 Co 11:1; Fil 3:17).

El último día comenzamos con la primera parte del **versículo 9**. Nos preguntamos: «¿Por qué Pablo oraba así; por qué vivía según lo que expresaba en su oración?». Y vimos que daba la respuesta al comenzar dicho versículo, diciendo: «Oro y vivo así *porque testigo me es Dios*». Pablo era muy consciente de la presencia real de Dios en todos los momentos de su vida, era muy consciente de que el Dios al que llamaba *mi Dios* era también su testigo siempre. Pero al decir ambas cosas, una vez más, como puede apreciarse que hace en todas sus cartas, su pensamiento se desvía e introduce otra idea a modo de paréntesis. La idea principal es: *Porque testigo me es Dios [...] de que sin cesar hago mención de vosotros siempre en mis oraciones*, testigo me es Dios de que os llevo a todos en mi corazón. Pero al hablar Pablo de *mi Dios* y de *mi testigo*, introduce otra idea, que es una consecuencia inevitable de ambos posesivos: si Dios, el Dios majestuoso y santo es mi Dios, y si Dios, el omnipresente y onnisciente Dios es mi testigo, no tengo otra alternativa *razonable* en mi vida sino *servir*, y servir *en el espíritu*, y servir en el espíritu *en el evangelio de su Hijo*, a ese Ser que es mi Dios y mi testigo.

Esa es la nueva idea que el apóstol introduce entre paréntesis, en la cual vamos a meditar, la cual ha de servir para analizarnos, y la cual hemos de tener presente cuando oremos, porque es esencial para que nuestras oraciones sean oídas y respondidas. Si no tengo seguridad para poder decir esta misma frase, si no me he rendido y estoy sirviendo a Dios en mi espíritu y en el evangelio de Su Hijo, mis oraciones no tienen ninguna validez, porque no puedo decir que Dios es mi Dios y porque no quiero que Dios sea siempre mi testigo, aunque no pueda evitarlo.

Procedamos a la lectura de la Palabra y pidamos a Dios que la bendiga en nosotros y nos haga ver la importancia de este nuevo asunto.

Primeramente doy gracias a mi Dios mediante Jesucristo con respecto a todos vosotros, de que vuestra fe se divulga por todo el mundo. Porque testigo me es Dios, a quien sirvo en mi espíritu en el evangelio de su Hijo, de que sin cesar hago mención de vosotros siempre en mis oraciones, rogando que de alguna manera tenga al fin, por la voluntad de Dios, un próspero viaje para ir a vosotros. Porque deseo veros, para comunicaros algún don espiritual, a fin de que seáis confirmados; esto es, para ser mutuamente confortados por la fe que nos es común a vosotros y a mí (Ro 1:8-12).

Oración personal a Dios.

1. INTRODUCCIÓN

En este corto paréntesis que expone el apóstol: *A quien sirvo en mi espíritu en el evangelio de su Hijo*, vamos a centrarnos en la primera parte de la frase, *servir en espíritu*, porque acerca del *evangelio de su Hijo* tenemos más conocimiento. No es que este asunto no sea importante, pero al igual que en el versículo anterior no nos detuvimos para hablar de *Jesucristo*, sino solo de su mediación, así también ahora. Si nos fijamos en el contexto, en el **versículo 1** de la carta, Pablo habla del *evangelio de Dios*, y en el **3** dice que es *acerca de su Hijo*, pero no hay diferencia. El evangelio de Dios acerca de su Hijo y el evangelio de su Hijo son expresiones equivalentes, aunque con cada una de ellas se haga hincapié en aspectos distintos de la gran obra de salvación.

Así que Pablo dice: «Sirvo a **mi** Dios, que es **mi** testigo, en **mi** espíritu». Pero esto no es nuevo, como puede comprobarse si pensamos en lo que nos ha mostrado anteriormente. Pablo da **gracias** a Dios, que es **es Espíritu** (Jn 4:24); Pablo forma parte y habla de la familia de Dios, que es una familia espiritual (cf. Ef 2:19); Pablo dice **mi Dios mediante Jesucristo** porque el Espíritu Santo ha hecho una obra espiritual en él (cf. Gá 1:15-16); Pablo habla de la fe auténtica y de lo que esta implica, sabiendo que dicha **fe** es **un don** espiritual (Ef 2:8); Pablo nos ha mostrado lo que significa ser testigos de Dios, y la negación de uno mismo y la cruz que no son sino vida en el espíritu, y no en la carne (cf. Ro 8:13-14); y Pablo nos ha llevado a pensar en el temor, la reverencia, el gozo, y la confianza en Dios, que son todas cosas espirituales.

Por tanto, si estamos llamados a servir a Dios, el único servicio válido ha de ser en espíritu, y no hay cristianismo sin servicio en espíritu.

La palabra griega que Pablo usa para «servir» es *latreúo* (de ella se derivan *latría*, y otras donde aparece como sufijo, tal como *idolatría*; es distinta de *doulos* (**versículo 1**), que también se traduce como siervo), la misma que se usa para adorar o rendir culto público a Dios. Por tanto, cualquier servicio a Dios debe entenderse como un acto de adoración personal, y ambas cosas no existen si no se hacen en espíritu. O de otro modo: a Dios se le adora sirviéndole, y se le sirve adorándole. Servir en espíritu es lo mismo que servir con el espíritu, de corazón, con sinceridad de corazón, y lo que dice aquí es equivalente a la exhortación de Romanos 12:1 donde nos insta a presentar nuestros **cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios**, porque ese es nuestro **culto racional** (y usa la misma palabra para **culto** que esta que consideramos).

Dios es Espíritu (Jn 4:24), y pide de nosotros servicio en espíritu, **oración en Espíritu** (Ef 6:18) (puede traducirse **en Espíritu**,

o *en espíritu*, pero no aparece el artículo «el»), adoración *en espíritu*, y vida completa, en definitiva, en espíritu. En Filipenses 3:3 repite Pablo esta idea para que no haya duda acerca de lo que significa ser cristianos: *Nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios, y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne*. Y en Romanos 2:29 vuelve a repetir: *Es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra; la alabanza del cual no viene de los hombres, sino de Dios*.

Y así, una y otra vez se nos dice que debemos ser *fervientes en espíritu, sirviendo al Señor* (Ro 12:11), que debemos andar *en espíritu* (Gá 5:16; o *en Espíritu* y, de nuevo, sin «el»), que debemos renovarnos *en el espíritu de nuestra mente* (Ef 4:23), y que debemos tener *amor en espíritu* (Col 1:8) (o *en Espíritu*, de nuevo sin «el»). Esta es la única clase de vida cristiana, el único servicio cristiano posible, y es cuando vivimos y servimos así cuando podemos tener revelaciones espirituales, discernimiento espiritual, y todo aquel precioso fruto que procede de una vida en el Espíritu (*cf.* Ap 1:10; 4:2; Gá 5:22-23).

Pablo tenía un corazón íntegro, y su servicio no era frío, formal o superficial. Al igual que Jeremías, tenía *un fuego ardiente metido en sus huesos* (Jer 20:9), y todo lo que hacía era espiritual porque procedía del hombre interior. Pablo era un hombre muy activo, que viajaba, predicaba, escribía y hacía muchas cosas, pero todo lo que hacía no hubiera servido para nada ante Dios si no hubiera sido impulsado por un espíritu rendido al Señor. Pablo sabía que a Dios se le puede intentar servir por muchos motivos erróneos o falsos. Así, por ejemplo, para ganar sus favores o la salvación, por temor del castigo, por prestigio (como *Diótrefes*: 3 Jn 9), por alcanzar posición, autoridad o fama, por apariencia para ser considerados justos, por la presión de padres, familiares o hermanos en la iglesia, o incluso por ganancias deshonestas. Pero también

sabía que todo lo externo de nada servía si faltaba el deseo de glorificar a Dios (cf. 1 Co 10:31).

Pablo hacía lo que hacía por amor a Dios, y no a sí mismo; a la manera de Dios, y no a la suya; y en el poder de Dios, no en sus propias capacidades. Su servicio a Dios en espíritu lo tenemos reflejado en los versículos que rodean a este que consideramos: tiene un espíritu agradecido, (cf. v. 8), entregado a sus hermanos, (cf. vv. 9 y 10a), dispuesto y sometido a Dios (cf. v. 10b), amoroso (cf. v. 11), humilde (cf. v. 12), fructífero en la obra de Dios (cf. v. 13), obediente (cf. v. 14), pronto (cf. v. 15), y denodado (cf. v. 16).

Este es el servicio, el culto y la adoración que Dios pide: ***En espíritu y en verdad*** (Jn 4:24), pero debido a los cambios y las novedades en la adoración y la alabanza a Dios en muchas iglesias, creo conveniente detenerme un poco en este aspecto, también a modo de paréntesis.

Dios pide ser adorado ***en espíritu y en verdad***, y muchos son los que en el día de hoy pretenden hacerlo con baterías, bandas de música, todo tipo de instrumentos, bailes, saltos y cosas parecidas. Hasta se llegan a crear ministerios de adoración con banderas, con panderos, con cintas, con trajes y un largo etcétera.

En realidad, lo que sucede es que la voluntad de Dios se pone a un lado y se quiere encontrar en la alabanza y la adoración la satisfacción personal, usando para ello el lenguaje, la música, los ritmos, los modos y los instrumentos del mundo. En otras ocasiones se busca la belleza y la estética, como si la perfección de los solistas pudiese sustituir la adoración a Dios en espíritu. En otras, por interminables repeticiones, se busca que las personas lleguen a estados altamente emocionales y casi hipnóticos, olvidando que la Escritura nos indica que debemos orar y cantar con el entendimiento. En otras, la adoración es simplemente superficial, y se limita a la repetición de pequeños coritos con una idea elemental porque no se desean temas espirituales. Y en otras, la adoración

llega ser totalmente informal debido a las bromas y a la irreverencia de los líderes.

Este es el panorama de muchísimas de las iglesias evangélicas en el día de hoy, y muchos andan por este camino sin saber que estas cosas se introdujeron a finales de la década de 1960, cuando muchos hippies vinieron a Cristo y empezaron a hacer su adoración con el mismo estilo de música y los mismos modos que antes habían conocido como hippies. Así, buscaban las emociones de los sentidos a las que estaban acostumbrados por sus experiencias con las drogas, el sentirse bien, o incluso la diversión, como antes hacían. Y todo esto se introdujo en el movimiento carismático y pentecostal, y de allí, se ha propagado a la mayoría de las iglesias que hasta hace poco podían ser conocidas como conservadoras.

De este modo, los grandes himnos se desprecian, las palabras inteligentes también, y simplemente se repiten cosas con adornos innecesarios buscando el bienestar del que adora y alaba. Y aún se da un paso más, pues muchas iglesias adoptan el entretenimiento musical para atraer a las personas, olvidando que la adoración no es el ejercicio de nuestros talentos, sino el ejercicio de los corazones y mentes. Por eso no es de extrañar que en las librerías cristianas cada vez haya menos espacio dedicado a los grandes temas teológicos, y más a la música de todo tipo, que pretende llamarse “cristiana”.

No quiero extenderme más en este tema, el cual os invito a considerar y a informaros (un buen libro publicado recientemente con el título *Adoración en crisis*, de Peter Masters, pastor del Tabernáculo Metropolitano, la iglesia de C. H. Spurgeon, puede servir para ello) pero debemos tener presente en nuestra alabanza y adoración que ha de hacerse en espíritu, y no tiene sentido pretender cantar a Dios, haciéndolo como un papagayo o prestando más atención a otras personas que entran, salen o se mueven mientras cantamos.

Dejamos este asunto con palabras de la Confesión de fe de Westminster y la Confesión Bautista del siglo XVII, que dicen:

La manera aceptable de adorar al Dios verdadero es instituida por él mismo; y está, por tanto, limitada por su voluntad revelada, para que no sea adorado de acuerdo a la imaginación e instrumentos de los hombres...

Volviendo de nuevo al tema que nos ocupa, *servir a Dios en espíritu*, se entiende que es algo que complementa lo que vimos el día anterior de que Dios es testigo. Dios también es testigo cuando le sirvo y cuando no lo hago, y es testigo cuando le sirvo en espíritu, es decir, con diligencia, amor, gozo, buscando su gloria, poniendo los bienes, dones, capacidades, etc., que me ha dado a su servicio, o cuando, por el contrario, no le sirvo, o lo hago sin ganas, obligado, protestando porque otros no lo hacen, con dolor o pesar porque mis bienes se pueden estropear, o con cualquier otra actitud en la que busco mi propia gloria o lo mío y con la que demuestro que olvido que Dios es mi testigo, en cuyo caso mi servicio no es agradable a él.

Dios también es testigo y sabe que en mi corazón puedo tener a veces deseos de servirle de otro modo, en otro sitio, pero la falta de tiempo u otras circunstancias me lo impiden, y me hacen sentir mal. Dios es testigo, y lo sabe, y nosotros necesitamos también interiorizar esto, porque en realidad estamos llamados a ser servidores a tiempo completo y, muchas veces, estamos rechazando con mal espíritu una tarea, un trabajo, unas ocupaciones en que Dios nos ha puesto y conoce, porque nos olvidamos de lo que significa ser un servidor. Se dice muchas veces: El siervo que aparece en la Biblia es un esclavo, tal como habla Pablo acerca de sí mismo en Romanos 1:1, y un esclavo no es una persona que trabaja para otra, sino una persona que es propiedad de otra que hace de ella lo que quiere.

Y como puede que muchas veces caigamos en esta actitud de falta de servicio, o de rechazo, o de no querer el servicio encomendado, o de realizarlo con un mal espíritu, creo que es necesario introducir una cosa más en los motivos de nuestras oraciones: *pedir a Dios que nos ayude a ser verdaderos siervos suyos, que sirven, oran y adoran en espíritu y en verdad*. Las tres cosas van unidas, y no podemos ser verdaderos adoradores en Espíritu, ni podemos orar en el Espíritu, ni tampoco andar en el Espíritu, ni ser llenos del Espíritu, si no somos servidores en espíritu, lo cual nos tiene que llevar a pensar en cuántas de nuestras oraciones habrán llegado a la presencia de Dios.

Pedir esto con sinceridad —que Dios nos haga verdaderos siervos suyos que le sirven en espíritu— es algo que debe hacerse después de haber meditado y pensado en las consecuencias (*cf.* Lc 14:26-33), y es duro pedirlo, pero es más duro no hacerlo conscientemente ya que esa sería la prueba de que aún no somos cristianos ni verdaderos discípulos.

La vida cristiana es un todo unido, y si falta el servicio o la verdadera actitud en el servicio, la oración se encuentra impedida. Vemos que Pablo estaba a la entera disposición de Dios, sometido a las órdenes de Dios, buscando la dirección de Dios en cada momento de su vida, haciendo la voluntad de Dios (*cf.* Hch 16:6-10; 27:23), y esto, porque no hay otra posibilidad si Dios es mi Dios y mi testigo.

Lo indico con un ejemplo: hace cincuenta años o más, cuando había más temor de Dios, a los niños pequeños se nos enseñaba que cuando alguien preguntara nuestros nombres, lo dijéramos, pero a continuación debíamos añadir: «Para servir a Dios y a usted». Es algo que se ha olvidado y perdido, pero es algo que todos los cristianos deberíamos tener presente, porque si mi nombre es «cristiano», lo es «para servir a Dios y a usted». Ese es nuestro verdadero nombre, porque no hay otra posibilidad, y es algo que

no solamente hemos dejado de enseñar e inculcar a nuestros hijos, sino algo que también nosotros mismos hemos olvidado.

Hermanos, nuestra profesión ha de ser manifiesta, nuestro servicio en espíritu constante, y así, cuando alguien nos mire, podrá decir: «Esta es la obra de Dios, este es un cristiano». Es cierto que habrá luchas y sufrimientos, ¿pero qué importa perder un negocio si se gana el alma?; ¿qué importa no estar a la moda si se cuenta con la aprobación de Dios?; ¿qué importa perder a familiares si tenemos a Cristo y a la familia de Dios? Hemos de servir a Dios constantemente, y hemos de hacerlo en espíritu.

Hace menos años, y hoy día creo que también seguirá, cuando estuve haciendo el servicio militar me enseñaron, entre otras, una canción de las llamadas patrióticas. Creo que algo parecido se seguirá enseñando también en otras partes del mundo, pues los ejércitos funcionan del mismo modo en todos los lugares. Una de sus estrofas decía: «Vale quien sirve, servir es un honor; vale quien sirve [y en este caso] a España con amor; vale quien sirve y esfuerza el corazón, luchando siempre, con fe y tesón».

Esto es lo que se inculca a los soldados para que luchen por su país, pero es un lema muy válido también para los cristianos. Ante los ojos de Dios, *vale quien sirve*, el que es un servidor, y hemos de darnos cuenta de que servir a Dios es el honor más grande que se le puede conceder a una persona, y que se nos ha concedido. Si fuéramos siervos en la casa real, guardaespaldas del rey, jardineros, o cualquier otra cosa en la casa del rey, lo llevaríamos a gala y estaríamos muy orgullosos por ello, y no querríamos perder el trabajo. En cambio, cuando somos mucho más dichosos que aquellos *siervos* de Salomón que estaban *delante de* él y oían su *sabiduría* (1 R 10:8), tenemos en poco ser siervos de Dios y despreciamos el servicio.

Hermanos, no podemos ser como las ratas, escondidas, que solo salen de vez en cuando para su beneficio y luego corren a es-

conderse otra vez. El servicio a Dios en espíritu no es puntual ni debemos estar escondidos, y hacerlo o no repercute esencialmente en nuestras oraciones.

2. SERVIR EN ESPÍRITU

Muy brevemente abordamos ahora otros aspectos de este asunto.

Estamos llamados a servir a Dios en espíritu, ¿pero cómo se consigue esto?; ¿quién puede hacerlo?; ¿cuándo es el momento para ello? Para responder a estas y a otras preguntas, debemos dirigirnos a la Palabra, y lo primero que habremos de decir es que no puede servir en espíritu aquella persona que no haya nacido del Espíritu, porque *lo nacido de la carne, carne es, y el deseo de la carne es contra el Espíritu* (Jn 3:6; Gá 5:17). Por tanto, antes de considerar este tema, cada persona debe meditar seriamente en lo que hemos visto en días anteriores: si puede decir que Dios sea su Dios, si ha creído verdaderamente en la obra de mediación del Señor Jesucristo, si forma parte de la familia de Dios, si tiene la fe auténtica que salva, si actúa como testigo de Dios, o si es consciente, y quiere y desea serlo, de que Dios es siempre su testigo.

Así que primero el nuevo nacimiento, y después servir en espíritu. ¿Y qué implica esto?

En primer lugar, servir en espíritu es ser consecuentes con lo que decimos ser, porque estamos siguiendo a uno que es Salvador, pero también Señor (Jn 12:24-26). Ser salvos y ser siervos no son opciones distintas, sino las dos caras de una misma moneda. Y no se puede recibir la salvación sin recibir al que nos salva, y el que nos salva lo hace para que le encontremos sentido a nuestras vidas sirviéndole a él y a nuestro prójimo (cf. Ro 14:9).

En segundo lugar, servir en espíritu es asumir la nueva relación con Dios, porque hasta que fuimos llamados por él y nos hizo cristianos, estábamos sirviendo al dios de este mundo (cf. Ef 2:2-

3). Ahora, pues, hemos de interiorizar que cuando no servimos a Dios en espíritu, seguimos sirviendo al diablo, y volvemos a la actitud de nuestros primeros padres. Fue un acto de desobediencia y rebelión ante el servicio a Dios lo que ocasionó la entrada de los problemas y la muerte, y se nos pide ahora a los cristianos que tengamos una actitud voluntaria de obediencia si verdaderamente tenemos una nueva relación con Dios. Y cuando seamos tentados de una u otra forma para no servir en el espíritu, habremos de responder como lo hizo Jesús: ***Vete Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás y a él solo servirás*** (Mt 4:10).

En tercer lugar, servir en espíritu es hacer un uso correcto de la libertad con que Cristo nos hizo libres (Gá 5:1). La libertad que Dios nos da es libertad para servir (*cf.* Gá 5:13), y no se nos enseña que de vez en cuando ofrezcamos cosas (dinero, tiempo, capacidades, etc.), sino que Dios cuenta con que nos hemos ofrecido nosotros mismos y nuestros corazones a él (*cf.* Pr 23:26). En el pasaje antes mencionado de Romanos 12:1, el apóstol nos habla del cuerpo, de la entrega de nuestro cuerpo, lo cual nos puede ayudar a no caer en la distinción de servicios espirituales y servicios materiales. La Biblia no reconoce esto, pues es por medio de nuestro cuerpo como demostramos a Dios y a los demás nuestra condición de servidores.

Y la Biblia nos enseña que somos libres, pero no para hacer lo que nos guste, sino para ir aprendiendo a hacer lo que le gusta a aquel que nos ha liberado al precio de su sangre y de su vida (*cf.* Ro 6:22; 1 Ts 1:9b).

En cuarto lugar, servir en espíritu es manifestar el amor. Hacer lo que el Señor manda es la mejor forma de mostrarle nuestro amor. Esto no se puede decir demasiadas veces, y es el ejemplo del Señor (*cf.* Jn 14:31). El grado de mi amor se ve en mi obediencia para servir (Jn 14:21-24). Por eso, a quienes niegan con sus vidas lo que dicen sus labios les viene bien aquella pregunta: ***¿Por qué me llamáis Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?*** (Lc

6:46). No solo *nosotros le amamos a él porque él nos amó primero* (1 Jn 4:19), sino que también le servimos a él porque él nos sirvió primero.

En quinto lugar, servir en espíritu es seguir el ejemplo de los servidores y, sobre todo, el ejemplo de Cristo, el Siervo por excelencia (cf. Mt 20:28; Fil 2:6-8). Y eso nos debe estimular. Hemos entrado en ese grupo de personas que en todas las épocas han servido al Señor (cf. He 12.1). Y si nos fijamos en el apóstol Pablo, su frase: *Señor, ¿qué quieres que yo haga?* (Hch 9:6) no solo fue al principio de su conversión, sino una constante a lo largo de toda su vida (cf. Hch 20:24; 27:23). Y del mismo modo que no se puede servir a Dios si no se es de él y Dios es *mi Dios*, tampoco puede alguien decir *mi Dios* y no servirle.

En sexto lugar, servir en espíritu es vivir una relación de amistad con el Siervo. El Señor, cuando nos invita a servirle, no nos llama a un servicio a la fuerza, que no serviría para nada, sino a un servicio basado en el amor y la comunión y la amistad. No nos pide que le sirvamos por miedo a lo que pudiera pasarnos si no lo hacemos, sino porque sabe el bien que se experimenta cuando se actúa correctamente. Él nos convida al festín de los siervos, que él mismo preside (cf. Jn 15:14-15). Y en ese compartir con los amigos está la diferencia entre lo que los hombres entienden por servir y lo que el Señor nos invita a experimentar.

Finalmente, en séptimo lugar, servir en espíritu es mirar y proyectarse hacia el futuro. No solo al futuro de dentro de unos años, en el sentido de que nos capacitamos para ser cada día mejores servidores, sino también en cuanto a las responsabilidades que nos esperan cuando todo comience de nuevo tras la venida del Señor. Si recordamos las parábolas de Mateo 25 y Lucas 19, en las que el Señor cuenta cómo entregó ciertas cantidades de dinero a sus siervos para que lo administrasen hasta que él volviese, Jesús dejó muy claro que el grado de fidelidad con «lo poco» que aquí pone

en nuestras manos como servidores suyos va a determinar en gran parte lo aptos que vamos a ser para «lo mucho» que nos espera.

El mandato del Señor es que negociemos con lo que nos da hasta que llegue el momento de rendir cuentas; y entonces, él reconocerá a sus servidores fieles y avergonzará a aquellos que no lo han sido.

Así es como vivía Pablo, porque no había otra posibilidad en su vida cuando verdaderamente se acercaba a Dios como «*mi Dios y mi testigo*», y lo tenía tan asumido que, sin darse cuenta, surge este pensamiento en su mente aun cuando está expresando otra idea. Y nosotros, si queremos orar verdaderamente, habremos de servir a Dios, a su pueblo y al mundo, servicio que solo es válido si lo hacemos en espíritu y en verdad, con todo nuestro ser, con amor y gozo.

Y si es así, ¿no debemos pedir perdón a Dios por las veces que le hemos servido como simples mercenarios, o por las que no lo hemos hecho porque teníamos excusas excelentes? Hemos de estar seguros para poder decir: «Oro a *mi Dios, mi testigo*, a quien sirvo en *mi* espíritu», pues los tres «*mi*» van unidos.

3. APLICACIÓN PERSONAL

Como el asunto que nos ocupa es tan importante, vamos a continuar un poco más, para terminar con él a modo de exhortación, leyendo una cita del libro de Proverbios: ***Todos los caminos del hombre son limpios en su propia opinión; Pero Jehová pesa los espíritus*** (Pr 16:2).

Jehová pesa los espíritus, pero nuestro texto nos dice también que hay una propensión en la naturaleza humana que conduce a los hombres a considerarse rectos y santos, incluso cuando están totalmente equivocados. Y como somos *comerciantes espirituales*, debemos prestar atención a nuestro comercio y servicio en es-

píritu si no queremos sufrir una gran bancarrota, sabiendo que ganamos cuando servimos y perdemos nuestras vidas en este servicio en espíritu (cf. Mt 16:25).

Hay personas abiertamente malas, que se consideran limpias *en su propia opinión*, y se olvidan de que Dios pesa sus espíritus. Borrachos, blasfemos, ladrones, personas de mal vivir, son limpios en su propia opinión. Para ellos, otros borrachos o ladrones pueden ser malos, pero ellos no, y sus pecados los disfrazan con palabras más suaves: tomar una copa, disfrutar de un día, echar una cana al aire, darse un homenaje, etc. Incluso se sienten orgullosos por no haber ido tan lejos en el pecado como otros lo han hecho, y esperan ser alabados por este buen comportamiento. Además, buscan sus virtudes para contrapesar sus vicios, y pueden decir: «Soy un borracho, pero tengo buen corazón; soy un ladrón, pero siempre digo la verdad; o soy simpático, o ayudo al que me lo pide», y cosas por el estilo, olvidando que Dios pesa los espíritus, y que en sus vidas no están sino amontonando *ira para el día de la ira y [...] del justo juicio de Dios* (Ro 2:5), en el que se les dirá: *Pesado has sido en balanza, y fuiste hallado falto* (Dn 5:27).

Quizá tú no pertenezcas a esta clase de personas, pero me dirijo ahora a ti, que te consideras bueno porque no has cometido ninguno de estos graves pecados. Muchos intentan ser amables con los demás, pero lo son poco con Dios, y sirven poco en espíritu a Dios, y son injustos con aquel que pesa los espíritus. Muchos son los que evitan ir en contra de las leyes humanas, pero no les importa actuar en contra de los mandamientos de Dios. Muchos son religiosos, y también piensan que sus caminos son limpios porque acuden regularmente a un sitio de adoración, o porque regularmente cumplen con sus obligaciones. Es la conducta del fariseo, que se siente tranquilo porque cree que su religión externa puede sustituir la santidad de corazón y el servicio en espíritu. Es la del

que cree que, porque sabe ciertas doctrinas correctamente, ya no importa lo que haga con su vida. Y es la del predicador cuando se olvida de que Dios no lo va a juzgar por sus sermones, sino por su servicio en el espíritu; no por sus palabras, sino por sus motivos, deseos y propósitos.

De igual modo, son limpios en su propia opinión y se olvidan de que Dios pesa los espíritus, los caminos de los profesantes mundanos. Llamo así a los que vienen a la casa de Dios, pero no consideran cómo van vestidos, cómo educan a sus hijos, en qué se divierten durante la semana, qué ven en la televisión, qué cosas son las que ocupan sus mentes, cómo llevan sus negocios, qué hacen con el tiempo que Dios les da, o si hay cosas en sus hogares que sean cristianas. Para ellos, sus caminos son limpios, muy limpios, y sus conciencias no les turban en ninguna manera, pues se olvidan de que Dios pesa los espíritus.

También son limpios en su propia opinión los caminos de los cristianos que han perdido el temor de Dios. A veces, hemos de aprender por dolorosa experiencia que no estamos capacitados para juzgar nuestra propia salud espiritual, y que, cuando lo hacemos sin el espejo de la Palabra, nos equivocamos pensando que hemos vencido algún pecado cuando en realidad ha vuelto con más fuerza que antes. A veces entramos en una dinámica de dedicar poco tiempo a la oración, quizás mucho menos que antes; a veces apenas si leemos la Biblia u otros libros para nuestro crecimiento cristiano; a veces incluso dejamos de asistir a las reuniones... Pero seguimos pensando que todo va bien, que nuestro camino es limpio.

Por tanto, hemos de vigilarnos y examinarnos constantemente, y es necesario que pensemos que Dios pesa los espíritus. En lo que a mí respecta, me da miedo subir a predicar simplemente porque ha llegado el momento y porque debo hacerlo. Me da miedo convertirme en una máquina de predicar sin que mi corazón y mi espíritu estén implicados en todo lo que supone la preparación y la

exposición. Y me da miedo que los que oyen se acostumbren a la rutina y no haya nada que mueva sus espíritus.

Todos estamos llamados a servir a Dios en espíritu, y todos hemos de saber que Dios pesará pronto nuestros espíritus y, quizá para algunos, para confusión y desgracia eternas. Nuestra piedad ha de ser vital, espiritual, y ha de ser mantenida e incrementada cada día, porque puede suceder que lo que consideramos kilogramos en nuestras balanzas el Señor nos muestre que no son sino simples motas de polvo en la suya. Hemos de considerar que las grandes caídas nunca vienen de golpe, sino que es un proceso lento y gradual, y hemos de saber que nadie se dejaría arrastrar por la corriente del Niágara cuando más adelante sabe que existen grandes cataratas.

¿Qué hacer, entonces?; ¿qué hacer cuando nos damos cuenta de nuestro poco servicio en espíritu? La respuesta de la Palabra es clara: todos hemos de acudir al lugar de la confesión del pecado, y hemos de reconocer que hemos quebrantado la ley de Dios y que merecemos su justa desaprobación. Hemos de pedir la ayuda del Espíritu Santo para que podamos ver nuestros caminos como Dios los ve, normalmente como caminos torcidos y equivocados, y no tan limpios como podemos pensar en nuestra propia opinión; caminos de los que no hay que jactarse, sino que deben recordarse con vergüenza y arrepentimiento.

Y después, vayamos juntos a la gran salvación que Dios ha provisto en la persona de nuestro Señor Jesucristo. Vayamos juntos, mano a mano, mirando cómo nuestros pecados traspasaron el cuerpo del Señor. Miremos su dolor y sufrimiento, su angustia y humillación, sabiendo que el Señor recibe a los pecadores, aunque seamos los primeros de entre ellos.

Nunca estamos más seguros, ni más saludables espiritualmente, que cuando estamos postrados delante de la cruz. Cuando nos sentimos indignos por nuestro poco servicio a Dios en espíritu es

cuando verdaderamente nos encontramos en la verdad, porque cuando consideramos que somos ricos, en realidad somos pobres, desnudos y miserables (*cf.* Ap 3:17).

Cuando somos débiles, entonces somos fuertes (*cf.* 2 Co 12:10), y debemos pedir a Dios que nos salve de pensar que nuestros caminos son limpios en nuestra propia opinión. Debemos pedir a Dios que nos ayude a pesar nuestros espíritus con la ayuda de su Espíritu y la Palabra, que nos fortalezca para servirle en espíritu y en verdad, y que nos enseñe a condenarnos a nosotros mismos cada vez que sea necesario, para que no ser condenados por él, que pesa los espíritus.

Esto último, y mucho más, se incluiría en la segunda parte del paréntesis de Pablo: *Sirvo en mi espíritu en el evangelio de su Hijo*, pero en esto no vamos a entrar; baste recordar lo que es el evangelio y lo que supuso la obra del Hijo, al cual debemos tener siempre presente en nuestras oraciones.

¡Que Dios nos bendiga con su Palabra en esta tarea de servirle en espíritu, para gloria suya!

8

LA INTERCESIÓN

Romanos 1:8-12

Lectura introductoria: 1 Samuel 7:5-8

Y Samuel dijo: Reunid a todo Israel en Mizpa, y yo oraré por vosotros a Jehová. Y se reunieron en Mizpa, y sacaron agua, y la derramaron delante de Jehová, y ayunaron aquel día, y dijeron allí: Contra Jehová hemos pecado. Y juzgó Samuel a los hijos de Israel en Mizpa. Cuando oyeron los filisteos que los hijos de Israel estaban reunidos en Mizpa, subieron los príncipes de los filisteos contra Israel; y al oír esto los hijos de Israel, tuvieron temor de los filisteos. Entonces dijeron los hijos de Israel a Samuel: No ceses de clamar por nosotros a Jehová nuestro Dios, para que nos guarde de la mano de los filisteos.

Ya hemos dedicado varios días a la oración que nos ocupa, y hemos visto el motivo principal que el apóstol tenía para esta (el cual se encuentra en el **versículo 8**, y es dar gracias por la fe de sus hermanos), así como un par de aspectos que la explican (y que aparecen en el **versículo 9**). Y comentamos también que con ella estamos conociendo el corazón de Pablo y el modo en que entendía la vida cristiana.

Ahora bien, con el estudio de esta y otras oraciones no solamente estaremos conociendo al apóstol, sino que también vamos a conocer mejor nuestras propias vidas y la distancia a que cada uno de nosotros se encuentra no solo de él, sino también del cristianismo que Dios nos pide. Y, puesto que ya hemos visto algo de esa dis-

tancia, hemos indicado que debemos incluir como motivos en nuestras oraciones dos que han surgido en este estudio: pedir a Dios que ponga en nuestro interior el conocimiento de su presencia en todo lo que pensamos, hablamos o hacemos, y pedir que su Santo Espíritu nos capacite para ser verdaderos siervos en espíritu. ¿Lo hemos hecho?; ¿vamos a seguir haciéndolo, para que nuestras oraciones no tengan estorbo? Espero que sea así en todos nosotros.

Hoy vamos a considerar otro aspecto de vida práctica cristiana que nos muestra el apóstol y en el cual también debemos esforzarnos y pedir a Dios ayuda para crecer en el mismo. Este es el de la *Intercesión*, un tema de gran amplitud y alcance, del cual nos fijaremos solo en algunas facetas más destacadas. Pero lo haremos tras la lectura de la Palabra y la oración a Dios.

Primeramente doy gracias a mi Dios mediante Jesucristo con respecto a todos vosotros, de que vuestra fe se divulga por todo el mundo. Porque testigo me es Dios, a quien sirvo en mi espíritu en el evangelio de su Hijo, de que sin cesar hago mención de vosotros siempre en mis oraciones, rogando que de alguna manera tenga al fin, por la voluntad de Dios, un próspero viaje para ir a vosotros. Porque deseo veros, para comunicaros algún don espiritual, a fin de que seáis confirmados; esto es, para ser mutuamente confortados por la fe que nos es común a vosotros y a mí (Ro 1:8-12).

Oración personal a Dios.

1. INTERCESIÓN

En el estudio anterior ya indicamos que hay una frase principal en el **versículo 9**, y un paréntesis en medio de esta en el que Pablo habla de su servicio a Dios en ***espíritu en el evangelio de su Hijo***.

Ahora seguimos adelante y vamos a centrarnos en aquello en lo que Pablo pone a Dios por testigo: **Porque testigo me es Dios** —dice— **de que sin cesar hago mención de vosotros siempre en mis oraciones**. Aquí tenemos, pues, otro aspecto que sobresale en la vida de este siervo de Dios, y es el de su oración de intercesión por los demás, respecto a lo cual destacamos varias cosas.

En primer lugar, su perseverancia o constancia en este tipo de oración, la cual muestra al decir reiteradamente **sin cesar**, y **siempre**. Su alegría hacia aquellos cristianos, su gratitud a Dios por ellos y sus oraciones por ellos no era algo esporádico, sino constante en el tiempo, y hemos de aceptar que cuando Pablo ponía a Dios por testigo de que sus oraciones por ellos eran **sin cesar** y **siempre**, no estaba exagerando.

Estas dos palabras, **sin cesar** y **siempre**, con matices distintos, son complementarias, y nos indican la frecuencia de las oraciones de Pablo, su intensa vida de oración, y la constancia al incluir en ellas las peticiones de intercesión por sus hermanos. Con ello nos muestra aquí que practica en su vida lo que en otras cartas exhorta a los cristianos que hagamos: **Seguid siempre lo bueno unos para con otros, y para con todos** [en lo bueno entra la oración de intercesión], y: **Orad sin cesar** (1 Ts 5:15.17).

Nosotros también debemos ser constantes en todas nuestras oraciones, no solo en las de intercesión, pero constantes cuando las peticiones de estas sean correctas y estemos en una correcta relación con Dios y con los hermanos, constantes cuando nuestros motivos sean análogos a los que hemos visto y seguiremos viendo del apóstol. ¿Pero qué sucede si nuestras peticiones son equivocadas y no lo sabemos?; ¿cómo nos damos cuenta de las equivocaciones?; ¿hemos de ser constantes siempre? Y la respuesta es que sí, pues si nuestro corazón es sincero y buscamos la voluntad de Dios, Dios nos mostrará también nuestra equivocación y nos enseñará a pedir las cosas que son adecuadas.

Hemos de perseverar en las oraciones porque es frecuente el caso de que, aunque las peticiones sean concretas, razonables, justas, y no contrarias a la Palabra de Dios, pasen días, meses, e incluso años, y todo siga igual. En algunas situaciones, el silencio de Dios puede resultar angustioso (cf. Sal 22:2), y podemos terminar desanimados, cansados y dejando de hacer esa petición, porque somos propensos a la impaciencia.

Pero esto, que puede parecer natural, demuestra miopía espiritual, incapacidad para entender el concepto divino del tiempo (cf. 2 P 3:8), y falta de comprensión de que Dios tiene un plan no centrado en nuestros intereses particulares, sino en razones más sabias, amplias y benéficas para todos.

El profeta Habacuc fue una de las personas torturadas por la aparente inacción de Dios, ya que no podía comprender lo que pasaba (cf. Hab 1:2-4). Pero cambió su modo de pensar y comprendió que necesitaba una nueva visión, la visión de Dios, y que debía ser paciente. Y después fue cuando vino la respuesta (cf. Hab 2:1-3).

Dios no defrauda a los que confían en él, pero las respuestas no siempre vienen cuando queremos ni como queremos. Es necesario, pues, **orar siempre y no desmayar** (Lc 18:1), ya que la espera robustece la fe y la paciencia, necesarias para el crecimiento espiritual, y aviva la comunión con Dios. No tenemos que olvidar que más importante que lo que se pide a Dios es Dios mismo y su comunión, y a esta conclusión se llega con la oración.

Ahora bien, esto que decimos en cuanto a cualquier oración en general, también es cierto en cuanto a las de intercesión en particular. Para Pablo, la oración constante de intercesión por sus hermanos era inevitable porque formaban parte de su propia familia, de su propio Cuerpo, y consciente como era de que no podía estar con todos al mismo tiempo para mostrarles su amor de forma práctica, hacía por ellos todo lo que podía, esto es, llevarlos constantemente ante el trono de la gracia.

También la oración de intercesión de unos por otros ha de ocupar un lugar esencial y fundamental en la vida cristiana, pero esta ocupación no puede sustituir, por negligencia, la demostración práctica de amor cristiano cada vez que sea posible. Es muy fácil engañarnos a nosotros mismos orando por nuestros hermanos al tiempo que olvidamos que podemos ser también nosotros los que suplamos sus necesidades que llevamos ante Dios en oración. Pablo oraba constantemente por sus hermanos, pero en los versículos siguientes vemos que su deseo era estar con ellos para darles lo que pudiera (cf. v. 11), y para disfrutar de las bendiciones de la comunión fraternal (cf. v. 12). Ahora bien, mientras esperaba ese momento en *la voluntad de Dios* (v. 10), oraba *sin cesar* y *siempre* por aquellos hermanos a los cuales desconocía en su mayor parte.

No solamente en este pasaje de esta carta, sino en otros de la misma, y en casi todas sus cartas, vemos una y otra vez el gran interés que Pablo tenía por los cristianos, y por otras personas no salvadas. Así, podemos leer Romanos 10:1, donde nos habla de sus oraciones por sus hermanos de sangre; Efesios 1:16-19; 3:14-19, donde podemos comprobar sus miras en cuanto a las bendiciones que deseaba para sus hermanos, no materiales y temporales, sino espirituales; y otros pasajes tales como Filipenses 1:3-5; 9-11; Colosenses 1:3-4; 9-13; 2:1-3; 1 Tesalonicenses 1:2-3; 3:12-13, etc.

La oración de intercesión, pues, era fundamental en la vida de Pablo. Pero podemos comprobar aún más la importancia que le daba, al tiempo que también su humildad, viendo cómo una y otra vez pide a sus hermanos que oren a Dios por él:

Pero os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que me ayudéis orando por mí a Dios, para que sea librado de los rebeldes que están en Judea, y que la

ofrenda de mi servicio a los santos en Jerusalén sea acepta; para que con gozo llegéis a vosotros por la voluntad de Dios, y que sea recreado juntamente con vosotros (Ro 15:30-32). Cooperando también vosotros a favor nuestro con la oración, para que por muchas personas sean dadas gracias a favor nuestro por el don concedido a nosotros por medio de muchos(2 Co 1:11).

Debe leerse también Efesios 6:18-20; Colosenses 4:3-4; 1 Tesalonicenses 5:25; 2 Tesalonicenses 3:1-2; Filemón 22.

Por tanto, no importa que la condición espiritual de la iglesia o de los hermanos sea buena o mala, o que haya o no una salud espiritual floreciente, para que sigan siendo necesarias las oraciones de intercesión. La fe de los cristianos en Roma se divulgaba **por todo el mundo** (v. 8), su **obediencia** era **notoria a todos** (cap. 16:19), pero Pablo seguía intercediendo ante Dios por ellos, y seguía pidiendo las oraciones de esos hermanos por él.

Por tanto, y en definitiva, si este tipo de oración es tan importante y necesario, y lo ha sido para los más grandes santos, ¿cuánto no lo será para todos nosotros, y tanto más cuando estemos en horas bajas? (cf. Stg 5:16). Y es importante no solo el hacerlo, sino comunicar a nuestros hermanos, como hacía Pablo, que oramos por ellos; evidentemente, no para enorgullecernos ni inflarnos, sino para consuelo y fortalecimiento del hermano, y por amor a él. De igual modo, también es bueno saber que los hermanos interceden ante Dios por nosotros.

Quizá aquí convenga hacer una aclaración válida no solamente para este tipo de oraciones, sino para todas ellas. Nuestras oraciones no cambian la voluntad de Dios, pero al orar vamos conociendo cada vez más esa voluntad y, si vivimos en el Espíritu, será el propio Espíritu Santo quien ponga en nuestros corazones la carga por lo que es la voluntad de Dios. Solo en este caso es cuando se cumple aquello que indicaba el Señor Jesucristo: **De cierto, de**

cierto os digo, que todo cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, os lo dará [...] pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido (Jn 16:23-24). En esta promesa entran, evidentemente, las peticiones de unos para con otros, y hemos de entender que Dios conoce los fines, pero que también ha dispuesto los medios para conseguir dichos fines, y entre ellos se encuentra la oración de intercesión.

En este punto, como en todos, no es Pablo nuestro principal ejemplo sino el propio Señor Jesucristo. Si hubo alguna vez una persona que hubiera podido vivir sin orar, ese fue nuestro bendito y perfecto Señor; sin embargo, nadie oró tanto como él. Amaba tanto a su Padre, que deseaba estar siempre en comunión con él; y amaba tanto a los suyos que dedicaba mucho tiempo a interceder por ellos, mucho más de lo que tenemos constatado en el Nuevo Testamento, donde solo vemos ciertos indicios (*cf.* Lc 22:31-32). Su conocida oración en Juan 17 nos muestra esto que indicamos:

Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son [...] Y ya no estoy en el mundo; mas éstos están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros [...] No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal [...] Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad [...] Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos [...] Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo (Jn 17:9,11,15,17,20,24).

Pero es que, además, ahora, en el Cielo, una de sus principales ocupaciones es, precisamente, interceder por nosotros (*cf.* He

7:25). Y si esta es una ocupación divina, ¿cómo no habremos de seguir su ejemplo?

Una de las artimañas de Satanás es mantenernos demasiado ocupados para no tener tiempo para orar y, por tanto, para orar por los hermanos, pero el que cae en sus redes también estará demasiado ocupado para vivir una vida de santidad. Los apóstoles entendieron bien esta importancia cuando la Iglesia creció espectacularmente (cf. Hch 6:3-4). Y es que el proceso de estorbar la oración es escalonado en cuanto a su avance. Primero se ora apresuradamente; después se acorta el tiempo de la oración; luego se deja para lo último, y se ora solo cuando sobra tiempo; después no se aprecia su valor y pierde su importancia porque ya no aporta beneficios; y, finalmente, cae fuera de los hábitos, fuera del corazón, fuera de la vida, hasta que se deja de orar y de vivir espiritualmente.

Un antiguo escritor cristiano, Samuel Chadwick, dijo lo siguiente:

La iglesia que ha perdido a Cristo está llena de buenas obras. Las actividades se multiplican tanto que no hay tiempo para la meditación, y las organizaciones requieren tanta energía que no queda nada para la oración. Las almas pueden perderse en las buenas obras, lo mismo que en las malas. El único problema que tiene el diablo es asegurarse de que los santos no oren. No le teme a los estudios, ni a la obra, ni a la religión, siempre y cuando todo ello vaya sin oración. Se ríe de nuestro sudor, se mofa de nuestra sabbiduría, pero tiembla cuando nos ve de rodillas.

Así que el apóstol oraba por sus hermanos constantemente, lo cual nos muestra cómo era su corazón. Por tanto, es triste comprobar cómo este mismo apóstol en un par de ocasiones en sus cartas indica que se entregue o que ha **entregado a Satanás** a ciertas per-

sonas, es decir, que se deje o que se ha dejado de orar por ellas no porque su propio corazón se hubiera endurecido, sino porque el de aquellas personas sí lo estaba (1 Co 5:5; 1 Ti 1:19-20). ¡Qué triste es para cualquier hermano, quizá más para un pastor o anciano, después de haber esperado, orado y actuado pacientemente durante años, llegar a una situación así con otro hermano de la iglesia! Pero si este es el único modo en que el hermano puede volverse de sus malos caminos, estamos obligados a hacerlo.

Así que perseverancia y constancia en la intercesión, y ya hemos citado el consuelo que de ello se deriva.

También quiero resaltar que, de igual modo, estos versículos no nos dan un precedente para que proclamemos nuestra piedad o nuestras oraciones cayendo en el fariseísmo, ni para que vayamos diciendo a todos cuánto oramos por ellos y cuánto nos preocupan. La oración no es algo para ser proclamado, sino un ejercicio secreto ante Dios. La mención de Pablo de sus oraciones era para informar a los santos de que si aún no los había visitado (*cf.* v. 13), no era debido a indiferencia por su parte, asegurándoles así que tenían un lugar constante en sus sentimientos, preparando así el camino para su llegada a ellos al mostrar la solicitud que por ellos tenía.

Y si son importantes nuestras oraciones en favor de los hermanos cuando estos se encuentran bien, ¿cuánto más no lo serán cuando estén aislados o con grandes tribulaciones? Es un gran consuelo para cada uno el saber que otros lo están recordando ante el trono de la gracia, y es un gran estímulo ante los problemas y trabajos de la vida cristiana (*cf.* Ro15:30).

La segunda característica que destacamos de la oración de intercesión es la *compasión* (o el amor, o la misericordia) *por los que se intercede, que debe acompañarla*. Pablo oraba, y oraba mucho, y oraba mucho por sus hermanos, aunque era un hombre tremendamente ocupado. Pero sus oraciones no eran una simple ru-

tina o recitación mecánica en la que exponía ante Dios las necesidades de sus hermanos; su corazón se encontraba profundamente afectado por los problemas y las vidas de aquellos, como puede leerse en esta misma carta incluso en relación con sus hermanos *de sangre*:

Verdad digo en Cristo, no miento, y mi conciencia me da testimonio en el Espíritu Santo, que tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón. Porque deseara yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne (Ro 9:1-3).

Y si este era su sentir con respecto a ellos, mucho más con respecto a sus hermanos *en Cristo*:

Lo que sobre mí se agolpa cada día, la preocupación por todas las iglesias. ¿Quién enferma, y yo no enfermo? ¿A quién se le hace tropezar, y yo no me indigno? (2 Co 11:28-29).

Por tanto, la oración de intercesión, además de que tiene que ser constante y no debe sustituir a las demostraciones prácticas de amor, debe suponer también una verdadera carga para el que ora, cuando este observa las necesidades de los hermanos. En 1 Juan 5:16, donde se nos habla también de la oración de intercesión: ***Si alguno viere a su hermano cometer pecado que no sea de muerte, pedirá, y Dios le dará vida***, la palabra que se traduce por ***pedirá*** significa realmente ***suplicará***, es decir, que se resalta la vehemencia, el hecho de que deberíamos orar casi en agonía por los problemas de los hermanos, el carácter fervoroso que han de tener nuestras oraciones de intercesión.

Así, cuando en otra de sus cartas dice: ***Os saluda Epafras, el cual es uno de vosotros, siervo de Cristo, siempre rogando enca-***

recidamente por vosotros, para que estéis firmes, perfectos y completos en todo lo que Dios quiere (Col 4:12), la palabra que usa Pablo significa «agonizar luchando». Evidentemente, todos sabemos lo que esto significa cuando lo hacemos con respecto a nosotros mismos en situaciones de grandes angustias; entonces, no solo pedimos, sino suplicamos. Y la Palabra nos dice: «Pues esto mismo es lo que habéis de hacer por vuestros hermanos, y no debéis dejar de orar hasta que el hermano sea restaurado».

De este aspecto de la oración de intercesión también podríamos hablar mucho, pero lo que hemos de tener presente es que la oración personal del cristiano siempre debe ir acompañada de la oración por el resto de los miembros de su familia espiritual, ya que una doctrina bíblica esencial es aquella que nos dice que después de nuestro amor a Dios y de nuestra relación con él, viene la relación con los hermanos (*cf.* Gá 6:10). Así pues, nos tiene que preocupar, evidentemente, nuestro propio estado y relación con Dios, pero también el estado y la relación del resto de la familia. Nos debemos preocupar cuando caemos, pero igualmente debe preocuparnos cuando nuestro hermano caiga. Nos tiene que preocupar nuestro bienestar material y espiritual, pero también el de los demás hermanos. No en vano tenemos un mismo Padre, participamos de la misma naturaleza divina, hemos sido redimidos por el mismo Señor, y somos guiados por el mismo Espíritu.

Por tanto, nuestras oraciones de intercesión no pueden ser la recitación de una larga lista de nombres y ya está, sino que han de llevarnos a ponernos en el lugar del hermano, de modo que su necesidad y sufrimiento he de hacerlos míos, y también, de igual modo, su pecado o crecimiento. Por eso, el propio Pablo nos indica: *Sobrellevad los unos las cargas de los otros* (Gá 6:2). Naturalmente, no debemos ser entrometidos, pues esto es algo que la Biblia reprueba, pero como miembros de una misma familia, no somos extraños, y las oraciones de unos por otros

acompañadas de la compasión y la acción, deben ser normales y frecuentes en todos.

Pablo, como sabemos, trabajaba con sus *propias manos* para no ser una carga para los corintios ni para otros (1 Co 4:12; Hch 20:34), pero aun así estaba siempre orando por ellos y los tenía su corazón. En otro momento de su vida, cuando escribe a los filipenses estando en prisión y esperando sentencia de muerte, es decir, con grandes problemas, dice que no puede quitarse de su mente *a Evodia y a Síntique* (Fil 4:2), aquellas dos hermanas que tenían desavenencias, y ora por ellas. Esta era la característica de su vida, y creo que no hay una prueba más delicada y sutil de nuestro crecimiento y madurez cristianos, de nuestra verdadera espiritualidad, que justamente esta: ¿cuánto de nuestro tiempo lo dedicamos a orar por nosotros mismos y cuanto a orar por los otros?; ¿cuánto me cargan mis propios problemas y cuánto los de los otros?; ¿cuánto mis necesidades materiales y espirituales y cuánto las de los otros?

Cuando una persona puede decir con propiedad *mi Dios*, cuando es consciente y afirma también de igual modo *testigo me es Dios*, y cuando puede confirmarse porque es evidente que sirve *a Dios en su espíritu*, es cuando dedica más tiempo de su vida de oración por los otros. O quizá tendríamos que decir: Es cuando dedica su vida entera por los otros, porque ya la ha perdido verdaderamente por Dios, tal como el propio Pablo nos indica en otra de sus cartas:

Y yo, con el mayor placer gustaré lo mío, y aún yo mismo me gustaré del todo por amor de vuestras almas, aunque amándoos más sea amado menos (2 Co 12:15).

Cuando alguien ha resuelto su propio problema, y ya no se mira a sí mismo porque verdaderamente se ha encontrado frente a Dios, es cuando dedica tiempo para los demás.

Para Pablo, sus oraciones de intercesión por los hermanos eran parte fundamental de su propia vida, y para aquellos hermanos supondría un gran consuelo y estímulo saber que un apóstol oraba por ellos. Hoy no tenemos apóstoles que oren por nosotros, ¿pero no es cierto que también hallamos consuelo, estímulo y fortaleza, cuando sabemos que los hermanos oran por nosotros, sobre todo si son hermanos espirituales?

Cuando la compasión espiritual aparece en el corazón, la oración intercesora es natural; es cierto que todas las personas tienen un cierto grado de compasión, pero la compasión espiritual es la que va más allá de decir *calentaos y saciaos* (Stg 2:16). La compasión no es ciega o, mejor dicho, no nace de la ceguera, y el que tiene compasión en el alma tiene ojos para ver las cosas que le mueven a la compasión (cf. Mt 9:36). Y si la compasión se extiende hasta los pecadores por el peligro de sus almas, ¡cuánto más no debe hacerlo por los propios hermanos!

No consiste, por tanto, en pedir: «Señor, dale al hermano», sino en sentir su necesidad como propia y orar antes diciendo: «Señor, muéstrame lo que yo puedo hacer por mi hermano». Y es que en muchas ocasiones actuamos como lo hicieron los discípulos del Señor, y cuando una persona cualquiera o un hermano tiene necesidad y se acerca a nosotros, también le rogamos diciendo: ***Despídela, pues da voces tras nosotros*** (Mt 15:22-23). No había nada de compasión por aquella mujer que pedía misericordia, pero después de unos años, uno de ellos escribió: ***Sed todos de un mismo sentir, compasivos, amándoos fraternalmente, misericordiosos...*** (1 P 3:8).

La tercera y última característica de la oración de intercesión que citamos, pues digo que es un tema muy amplio, *es la conveniencia o incluso la necesidad de que esta sea concertada*. Con ello quiero indicar la necesidad de que los hermanos nos pongamos de acuerdo a la hora de orar por otros hermanos, así como por

otros motivos. El Señor nos habla de ello en relación con el ejercicio de la disciplina en la iglesia: ***Si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos*** (Mt 18:19), pero podemos extenderlo a otros casos, situaciones o circunstancias.

Evidentemente, para ello es necesario que estemos, en lo que dependa de nosotros, ***en paz con todos los hombres***, y mayormente con los propios hermanos (Ro 12:18; cf. Mt 5:23-24). El pecado, como sabemos, interrumpe la comunión con Dios y la comunión con los hermanos, de modo que no solamente las oraciones de intercesión quedan impedidas, sino todas las que podamos hacer sobre cualquier asunto. El apóstol Pedro nos habla de ello en relación con el pecado o las desavenencias en el matrimonio (cf. 1 P 3:7), pero es obvio que dicho ***estorbo*** se produce por cualquier pecado, sobre todo por aquellos que permanecen sin resolver entre los hermanos.

Otro antiguo escritor cristiano, H. Clay Trumbull, habla de este tema ilustrándolo con el ejemplo siguiente:

Cuando un montañero inexperto trepa la cumbre de una montaña en los Alpes, lo hace atado a una larga cuerda que le une al guía y a sus otros compañeros. Al llegar a un peligroso precipicio y tener que bordearlo, no se le ocurre orar de este modo: «Señor, guarda mis pasos para que mi pie no tropiece. En cuanto a mis compañeros, ya se preocuparán de hacerlo ellos mismos». No lo hace así, porque sabe que la única oración válida en este caso es: «Señor, guarda nuestros pasos, porque si uno de nosotros resbala, todos podemos perecer».

De nuevo, el propio Señor Jesucristo nos lo indicó en otra ocasión: ***A la verdad la mies es mucha, mas los obreros pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies***

(Mt 9:37-38). Él mismo podía haber llamado con su autoridad soberana a los obreros, pero no lo hizo, sino que encargó a sus discípulos que pidieran, a Dios, unidos, que enviara a dichos obreros. ¡Y esto es tremendamente significativo!, pues con ello nos indica que son las oraciones del pueblo de Dios las que proporcionan obreros en cantidad y calidad suficientes.

No sabemos lo que podríamos conseguir si fuéramos verdaderos siervos de Dios en espíritu orando juntos e intercediendo por otros, pero recalco la necesidad que todos tenemos de analizar nuestras vidas en este asunto para no confundir una buena educación o una buena moral con un crecimiento en santidad a semejanza con Cristo por medio de la oración.

En este sentido, podemos mirar al pueblo judío cuando vino Cristo, que era mejor que en épocas pasadas. En realidad, cuando eso sucedió, era la edad de oro de la religión judía, pero también de la religión de los fariseos, la cual terminó crucificándole. Podemos decir que ¡nunca hubo más oración que entonces, pero también que nunca hubo menos! ¡Nunca más sacrificios, pero nunca menos! ¡Nunca menos idolatría, pero nunca más idolatría! ¡Nunca más adoración en el Templo, pero nunca menos adoración a Dios! ¡Nunca más servicio de labios, pero nunca menos servicio de corazón!

Por tanto, hermanos, pensemos en estas cosas y temblemos cada vez que tengamos la tentación de creer que nuestra condición espiritual es muy buena, si realmente estamos descuidando el hábito de la oración devocional, consagrada, y de intercesión por los hermanos.

Hemos de dejar este tema porque, como digo, es muy amplio. Recuerdo, simplemente, la intercesión de Abraham por Sodoma y Gomorra, (*cf.* Gn 18:16-33); las de Moisés por María cuando esta lo despreció (*cf.* Nm 12:13), por el pueblo cuando luchaba (Éx 17:11-12), o cuando caía en pecado (*cf.* Nm 21:5-9) y sus argu-

mentos ante Dios (cf. Éx 32:10-14; Nm 14:11-19); las peticiones de personas impías que, a pesar de sus maldades, seguían confiando en la oración de los santos y pedían su intercesión (cf. 1 R 13:1-6; Jer. 21:1-2; 42:2-3); el sentido de pecado que tenía Samuel si dejaba de interceder por el pueblo (cf. 1 S 12:19-20,23); la oración de la iglesia por Pedro cuando se encontraba en la cárcel (cf. Hch 12:5); y un largo etcétera.

También recuerdo, por lo que encierran, las palabras de Dios a Jeremías cuando le dijo: ***Tú, pues, no ores por este pueblo, ni levantes por ellos clamor ni oración, ni me ruegues; porque no te oiré*** (Jer 7:16; 11:14), y las de Pablo que mencionamos antes en cuanto a entregar a alguien ***a Satanás*** (1 Co 5:5; 1 Ti 1:19-20). Son declaraciones tremendas y solemnes, pues es tremendo y solemne el momento en que un cristiano está convencido de que tiene que dejar de interceder por un hermano o por alguna persona después de haberlo hecho sin cesar y con compasión.

Con las oraciones de intercesión, hermanos, aprendemos a perdonar, pues no podemos hacerlas si no perdonamos; aprendemos a tener compasión y a actuar en beneficio de otros; aprendemos a valorar aquello con que Dios nos ha bendecido al fijarnos en otros hermanos que carecen de lo mismo; aprendemos también a valorar a los hermanos, a funcionar como un Cuerpo, a depender de Dios en muchas cosas para las que somos insuficientes. Y aprendemos, también, a conocer su voluntad, aun en casos como estos últimos que hemos citado de Jeremías o de Pablo.

Y así, con todo, llegamos casi a la misma conclusión que en el estudio anterior, pues creo que es evidente que también en este aspecto de nuestras vidas cristianas estamos deficientes. Y es que la vida cristiana solo es posible si se vive en el Espíritu. Necesitamos el poder del Espíritu Santo para todos los aspectos de nuestras vidas cristianas en los que hemos ido meditando: para ser agradecidos, para vivir como familia, para tener una fe auténtica, para ser

testigos verdaderos de Dios, para servir en espíritu, etc., y también, para orar los unos por los otros.

Estoy seguro de que la mayoría de los que lean estas palabras ya hacen esto último, pero también estoy seguro de que todos necesitamos más oraciones de los demás y orar más por los demás, como debemos. Y si esto es así, tenemos ante nosotros un nuevo motivo de oración, que no es otro más que pedir a Dios que cumpla en nosotros su promesa, que dice: ***Derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalén, espíritu de gracia y de oración*** (Zac 12:10).

Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén (Ef 3:20-21).

9

LA VOLUNTAD DE DIOS

Romanos 1:8-12

Lectura introductoria: Jeremías 29:11-13

Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis. Entonces me invocaréis, y vendréis y oraréis a mí, y yo os oiré; y me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón.

En nuestro análisis de lo que hemos llamado *Oración y acción de gracias* llegamos hoy a un nuevo aspecto que siempre debemos tener presente cuando nos dirigimos a Dios, y este es el del sometimiento a su voluntad, o más bien, el del contentamiento con su voluntad, tal como dice el propio Pablo en otra de sus cartas respecto a las distintas circunstancias por las que tuvo que pasar: «**He aprendido a contentarme** (Fil 4:11), cualquiera que sea la voluntad de Dios para mí». O incluso más bien —como nos enseñó nuestro Señor Jesucristo—, el del deseo de que se haga siempre su voluntad (*cf.* Mt 6:10).

En días anteriores hemos visto los motivos de la oración y algunas cosas del propio corazón de Pablo, una en cuanto a Dios (su servicio en espíritu), y otra en cuanto a los hermanos (su oración constante por ellos). Ahora, en el **versículo 10**, sigue el apóstol manifestando su deseo de verlos, pero esto, como no podía ser de otro modo, lo supedita a **la voluntad de Dios**. Pablo no consideró

que lo único necesario para verlos era tener un espíritu dispuesto; esto no es una garantía suficiente, y así, expone su caso ante Dios subordinando esta cuestión a su voluntad.

Este va a ser nuestro tema en esta ocasión, fundamental para no sufrir decepciones cuando oramos y tener siempre gozo cualesquiera que sean las respuestas de Dios a ellas, las repuestas del *único y sabio Dios* (Ro 16:27; 1 Ti 1:17; Jud 1:25) en cuya *mano están* nuestros *tiempos* (Sal 31:15).

Leemos, pues, la Palabra y pedimos su bendición.

Primeramente doy gracias a mi Dios mediante Jesucristo con respecto a todos vosotros, de que vuestra fe se divulga por todo el mundo. Porque testigo me es Dios, a quien sirvo en mi espíritu en el evangelio de su Hijo, de que sin cesar hago mención de vosotros siempre en mis oraciones, rogando que de alguna manera tenga al fin, por la voluntad de Dios, un próspero viaje para ir a vosotros. Porque deseo veros, para comunicaros algún don espiritual, a fin de que seáis confirmados; esto es, para ser mutuamente confortados por la fe que nos es común a vosotros y a mí (Ro 1:8-12).

Oración personal a Dios.

1. INTRODUCCIÓN

Si Dios otorgara todo cuanto los hombres piden, incluso si lo limitamos a todo cuanto los creyentes piden, el resultado sería el desastre y el caos en poco tiempo. La sumisión a la soberanía de Dios nos libra de la frustración y resuelve el problema de las oraciones no contestadas. Quizá dudemos ante la aparente falta de respuesta, pero no debemos caer en la decepción ni en juzgar precipitadamente el gobierno de Dios diciendo así como que

«hemos pedido a nuestro Padre *pan* y nos ha dado *una piedra* (Mt 7:9; Lc 11:11)». O también planteo este asunto a modo de preguntas relacionadas con lo que ya hemos analizado en la oración: cuando consideramos nuestro testimonio, o nuestro servicio en espíritu, o pedimos a Dios por los hermanos, ¿lo hacemos sometidos absolutamente a su voluntad, o queremos que se haga la nuestra?; ¿es posible vivir la vida cristiana si nos falta sometimiento y, con él, contentamiento, a la voluntad de Dios?

Debemos fijarnos también en el hecho de que en la vida cristiana todos los aspectos van unidos, tal como sucede con las bienaventuranzas o con el fruto del Espíritu, de modo que el cristiano que es más agradecido, más consciente de la importancia de su testimonio y de que Dios es su testigo, que se esfuerza por servir a Dios en espíritu, y que ora y se preocupa por las necesidades de sus hermanos, también irá creciendo en cuanto a su sometimiento a la voluntad de Dios.

Creo que todos pensamos que Dios no nos guía ni nos gobierna para deformarnos, ni para fastidiarnos, sino para reformarnos, pero nos cuesta interiorizar esto, aprender la que es para nosotros una difícil lección. Y fijaos que digo «nos cuesta», no que «cuesta», ni que «os cuesta», sino que «me cuesta», así como a ti «te cuesta» y a todos «nos cuesta».

Mientras estamos aquí en este mundo, Dios, en su infinita sabiduría nos va moldeando, nos va tomando en sus manos para que nos sometamos, y nos va llenando de cosas buenas para nuestra santificación (*cf.* Ro 8:28), tanto en los períodos oscuros por los que nos hace pasar con problemas o aflicciones, como en los más placenteros. Al menos, esto es lo que decimos creer, pero nuestra actitud muchas veces es como si estuviéramos pensando: «Si Dios quisiera en algunas cosas consultar conmigo, con mis deseos, y pedirme consejo, y darme la libertad para decirle lo que tiene que hacer...». Pero, si fuera así, ¿cómo podría guiarnos? Si fuera así,

estaríamos negando su propio consejo, de modo que el sometimiento absoluto a la voluntad de Dios es una de las lecciones más difíciles para nosotros, más difíciles en la práctica, y lo es porque rechazamos negarnos a nosotros mismos.

Este es, pues, un tema muy importante, y podemos entender que lo fue para Pablo si consideramos su temperamento y su vida. El apóstol era una persona con un carácter fuerte, con una gran mente, y con una voluntad firme, y que cuando deseaba hacer algo, y se empeñaba en ello, lo hacía. Por tanto, cuando vemos su completa sumisión a la voluntad de Dios hemos de tener presente el milagro de la gracia que convirtió al perseguidor y blasfemo Saulo de Tarso en el humilde apóstol Pablo, tal como él mismo dice: ***Por la gracia de Dios soy lo que soy*** (1 Co 15:10).

Ahora bien, soy consciente del peligro que encierra el indicar lo anterior, pues muchos pueden justificarse diciendo: «El problema conmigo es que Dios no me ha dado mucha gracia, y por eso no me someto, por eso no tengo contentamiento». ¡Cuidado con esto, hermanos!, pues, en esta faceta de la vida cristiana, como en otras, siguen siendo válidas las palabras: ***Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor***, es decir, en este caso mira si te sometes con contentamiento a la voluntad de Dios, y si ves que no lo haces, esfuérate en ello, ***porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad*** (Fil 2:12-13). Por eso Pablo no solo dice: ***Por la gracia de Dios soy lo que soy***, sino que añade: ***Y su gracia no ha sido en vano para conmigo***.

Evidentemente, tenemos aquí una lección de vida práctica cristiana que, como las anteriores, se sustenta en una doctrina muy importante, como es la de la sabiduría y bondad de Dios para con los suyos. Y es que en distintos momentos todos nos encontramos cara a cara con una situación en la que no sabemos qué hacer, cara a cara con el problema de cómo puede conocerse la voluntad de

Dios, y cara a cara con la tristeza ante un problema que no se resuelve, y necesitamos hablarnos a nosotros mismos, tal como hiciera David en la antigüedad (cf. Sal 42:5,11; 43:5).

Este es un tema muy amplio que no podemos abordar en detalle, pero ahora, al comienzo, es conveniente resaltar que nadie podrá conocer la voluntad de Dios a la hora de tomar decisiones si previamente no tiene en cuenta la voluntad de Dios revelada en su Palabra para otras circunstancias de su vida. Es una ofensa, una burla, y un gran pecado, el que alguien busque la dirección de Dios ante un problema, cuando esa misma dirección la desprecia sistemáticamente en las situaciones normales de la vida.

2. LA VOLUNTAD DE DIOS

Lo primero que debemos resaltar en este tema en concreto con respecto al apóstol Pablo es su intenso deseo de ver a los hermanos (cf. v. 11). También lo repite en el **versículo 13: *Porque no quiero, hermanos, que ignoréis que muchas veces me he propuesto ir a vosotros.*** Fijémonos que dice ***muchas veces***; no una ni dos, sino muchas. Y de nuevo en Romanos 15:23 podemos leer: ***Deseando desde hace muchos años ir a vosotros***; «muchos», un deseo, pues, no satisfecho aún. Y debemos prestar atención a esto. Este siervo de Dios, este apóstol que fue llamado en un modo especial, tuvo durante muchos años el gran deseo de visitar a sus hermanos en Roma, pero aún no los había visto.

Destacamos en esto varias cosas.

En primer lugar, la relación entre nuestros deseos y la voluntad de Dios. En muchas ocasiones nosotros también tenemos intensos deseos, y si estos no se cumplen durante un tiempo, en vez de pensar si es o no la voluntad de Dios para con nosotros mantenernos así, nos empeñamos en obtenerlos a nuestro modo o nos resignamos a la situación perdiendo el gozo y llegando algunos in-

cluso a enfermar. Pablo tenía una gran intimidad y comunión con Dios, pero no hemos de imaginar que nunca supo lo que era desear algo durante muchos años sin obtenerlo. Y si esto sucedió con este hombre excepcional, porque era la voluntad de Dios, también puede suceder con nosotros en muchos aspectos de la vida.

Hermanos, ¿no estamos pidiendo a Dios que nos haga caso, que haga nuestra voluntad, cuando nuestros deseos no se cumplen? Unos porque quieren lo que no tienen, y otros porque quieren que Dios cambie lo que ya tienen, siguen, unos y otros, sin someterse a la voluntad de Dios, llenos de amargura y falta de contentamiento. Se podría particularizar: deseos de encontrar pareja; deseos de un mejor sueldo, o de trabajo, o de otro trabajo; deseos de mejores hijos, o de mejores hermanos en la fe, o de mejores lo que sea; deseos de algo del mundo, no exentos de codicia... Y así, una lista interminable que lleva a muchos cristianos a vivir como si no lo fueran, sin someterse a la voluntad de Dios, faltos de gozo, centrados en sí mismos, con mal testimonio, con mal servicio y con poca oración y carga por los demás. En realidad, dominados por la carne, que siempre quiere conseguir lo que desea, aunque se justifica de mil y un modos para salirse con la suya.

Cuando nos centramos en nuestros deseos y problemas, perdemos de vista a Dios, perdemos de vista su voluntad, perdemos de vista su bondad y sabiduría, y perdemos a todo y a todos de vista porque solo nos miramos a nosotros mismos. Y así, aunque leyéramos de forma repetida la lista de problemas que el propio Pablo enumera en 2 Corintios 6:4-10; 11:23-29, los nuestros son los más importantes del mundo y de toda la historia del cristianismo desde que comenzó hasta ahora. Parece un sarcasmo, y nadie dice esto así, pero muchos viven como si así lo estuvieran diciendo.

Hermanos, la fe cristiana se compone de dos elementos principales: sometimiento y expectación, y ambos no son contrarios. En todo hemos de buscar y aceptar la voluntad de Dios, pero esto no

quita la expectación por el cumplimiento de los deseos que albergamos en nuestros corazones. Una y otra vez hemos de recordarnos que el Señor es sabio y bondadoso, y una y otra vez hemos de presentarle nuestros casos para que nos ayude a afrontarlos como él crea y vea mejor, no como a nosotros nos parezca mejor. La verdadera expectación espiritual que procede de la fe cristiana no espera que el Señor conceda los deseos de la naturaleza carnal, sino que espera que Dios hará lo que es mejor para su gloria y para nuestro propio bien; cualquier otra cosa fuera de esto no es fe, sino carnalidad y presunción.

Dios puede desear que unos lo glorifiquen en el fuego, y otros en ausencia de él; Dios permitió que Pedro fuera liberado de la cárcel, pero también que Esteban fuese apedreado hasta la muerte. Y hemos de pensar, y es fácil de entender, que unas plantas crecen mejor bajo el calor abrasador, mientras que otras crecen mejor en la sombra y con mucha agua. Y es que unas virtudes —como el celo o la capacidad de trabajo— se desarrollan y crecen en el campo de batalla, mientras que otras —como la humildad, la mansedumbre y la paciencia— se desarrollan bajo el sufrimiento.

Por tanto, puede afirmarse y debe creerse lo siguiente: *Todos los cristianos estamos en las mejores condiciones, en óptimas condiciones, para nuestro crecimiento en santidad, y dudar de esto es dudar del propio Dios y pensar que nos está fastidiando.* La Palabra nos indica: **Encomienda a Jehová tu camino, y confía en él; y él hará** (Sal 37:5). Pero nos podemos preguntar: **Él hará ¿qué?** La respuesta es: su voluntad, su camino, el mejor camino para ti, aunque este puede ser muy contrario a lo que desees. Encomienda tu caso a él, confiadamente, con absoluto sometimiento, y deja que él decida lo que es mejor para su gloria. A ti y a mí nos corresponde pedirle que nos santifique en dicho camino.

Podemos volver a recordar, por su pertinencia, las palabras que dijimos cuando comentamos la primera parte del **versículo 8** y en

relación con el tema de ser agradecidos a Dios. Dijimos: «Los creyentes superficiales pocas veces están satisfechos y, por tanto, pocas veces son agradecidos [...] tienen como objetivo satisfacer sus propios deseos, de modo que, con frecuencia, son más resentidos que agradecidos, pues sus corazones siguen siendo egoístas y legalistas [...]. El creyente quejoso y desagradecido tiene en sí mismo la prueba de que anda mal, y necesita volver a pensar en todas las bendiciones que Dios le ha dado».

En segundo lugar, la relación entre nuestros planes y oraciones y la voluntad de Dios, pues el desconocimiento de esta última no quita el realizar planes y el seguir orando. En los **versículos 9** y **10**, leídos anteriormente, Pablo habla de sus oraciones, en el **versículo 13**, de sus planes, y en el capítulo 15:22-24,28 vuelve a hacer referencia a los mismos. Pablo tenía un plan en su mente, Pablo había trazado una ruta y esperaba pasar por Roma cuando fuera a España, Pablo estaba deseando que esto se hiciese una realidad, y Pablo seguía orando por ello. Pero, como hemos visto, lo hace todo sometido siempre a la voluntad de Dios.

Fijémonos en el final de la frase del **versículo 10**: ***Tenga al fin, por la voluntad de Dios, un próspero viaje para ir a vosotros.*** ¿Qué quiere decir exactamente con las palabras ***un próspero viaje?***; ¿está Pablo diciendo que, cuando fuera a ellos, desearía tener un buen viaje, un viaje cómodo o tranquilo? La respuesta es que no. La idea de Pablo aquí es: «*que yo pueda ser prosperado*», que ***se me allane el camino*** (N-C), que ***se me abra ahora el camino*** (NVI); es decir, no está haciendo referencia a las condiciones del viaje, sino a que Dios, en su voluntad, allane el camino y las circunstancias para poder hacerlo. Por tanto, Pablo hacía planes, y Pablo seguía orando, pero esperaba que Dios le abriera el camino. El éxito que esperaba Pablo no era la consecuencia de sus planes detallados, sino que oraba y deseaba que Dios lo prosperara en aquel viaje, que Dios lo hiciera posible.

Pablo era consciente de que nada es fructífero ni es bendecido a menos que se encuentre en la voluntad de Dios, y nosotros también debemos ser conscientes de que ninguna obra ni nada que hagamos en nuestras vidas contará con la bendición de Dios si antes no hemos buscado hacer su voluntad. En otras palabras, Pablo se encontraba sometido completa y absolutamente a la voluntad de Dios, a pesar de sus intensos deseos, de sus propósitos y planes, y de sus oraciones (*cf.* Sal. 127:1-2).

Como ejemplo de oración y de deseos sometidos a la voluntad de Dios, os indico la de un antiguo hombre de Dios en relación con la enfermedad: «Señor, si es para tu gloria, da sanidad instantánea. Si ha de ser para gloria aún mayor para ti, cura gradualmente; si ha de ser para mayor gloria, que quede tu siervo enfermo por un tiempo, hazlo así; y si ha de redundar aún en más gloria a tu nombre, tómallo contigo al Cielo».

Así que hemos de seguir orando y hemos de seguir haciendo planes, pues el apóstol, a pesar de la dilación y de los obstáculos, seguía haciéndolos sin caer en la desesperación. Pablo no llegó a desanimarse, ni a amargarse, ni a enojarse ni a irritarse con Dios. Y todos debemos aprender esta lección. Puede que hayamos orado durante años por un asunto cuya respuesta que deseamos nunca llega, y podemos estar apenados, irritados o, de algún modo inconsciente, sentir que Dios está en contra nuestra. Y así es fácil llegar a la conclusión de que no merece la pena seguir orando. Pero hemos de continuar, porque con ello desarrollamos otras virtudes.

Esto es fácil de entender en otros, cuando pensamos en los problemas y circunstancias de otros, pero nos cuesta trabajo admitir que los obstáculos y problemas, el cerrar ciertas puertas, forman parte del plan de Dios para nosotros cuando ya hemos tomado en nuestros corazones ciertas decisiones. Seguro que tenemos razones para nuestras decisiones y nuestros planes; seguro que pode-

mos creer que es el camino más adecuado; y seguro que podemos continuar orando. Pero puede no ser lo que Dios quiera para nosotros. Por tanto, debemos dar gracias a Dios tanto por los obstáculos y problemas, como por las salidas y los estímulos, pues nuestros caminos y nuestros pensamientos no son los de Dios.

La última cosa que quiero destacar aquí es que finalmente Pablo hizo el viaje a Roma, pero no fue cuando ni como había planeado o se había propuesto. No fue cuando iba camino de España, sino que llegó a Roma encadenado como prisionero y después de una larga travesía por mar que incluyó también un naufragio. Dios le concedió así tener el *próspero viaje* que deseaba, pero, evidentemente, no fue con un crucero por el Mediterráneo, sino de un modo y con unas circunstancias muy distintas de las que nunca hubiera imaginado. Podemos recordar que fue arrestado en Jerusalén, y ante la insistencia de los judíos en matarlo, el poder romano lo puso en la cárcel. Y allí, Pablo, como ciudadano romano, apeló a César, de modo que el gobernador que tenía la autoridad le dijo: *A César has apelado; a César irás* (Hch 25:11-12). Y así, en un barco de carga con otros muchos prisioneros —que terminó hundiéndose y le obligó a hacer un «trasbordo»—, llegó a Roma.

Fijémonos que fue la enemistad, la malicia, y el odio de los judíos los que lo llevaron allí, y no sus propios planes. Pero, evidentemente, este era el plan y la voluntad de Dios. Había orado durante muchos años, pero, como dice el refrán: «*El hombre propone, pero Dios dispone*». ¡Y es vital, hermanos, que aprendamos a someter completamente nuestras voluntades a la voluntad de Dios con contentamiento! Debemos vivir como Santiago nos enseña en su carta. No debemos decir: *Hoy y mañana iremos a tal ciudad, y estaremos allá un año, y traficaremos, y ganaremos*. Este no es el modo, dice Santiago. En lugar de eso debemos decir: *Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello* (Stg 4:13,15).

Por desgracia, a muchos cristianos les da vergüenza decir ***Si el Señor quiere*** y, por desgracia, muchos más son los que siguen sin someterse completamente a la voluntad de Dios.

Nuestros tiempos están en las manos de Dios, y nosotros estamos como soldados en una gran batalla, pero ninguno somos lo bastante grandes como para ver toda la campaña. Y como no podemos descubrir completamente la voluntad de Dios, debemos, como Pablo, llevar nuestras peticiones ante él, pero a ellas, también como Pablo, hemos de añadirles siempre e inmediatamente «*si es la voluntad de Dios*». En este, como en los otros aspectos de vida práctica cristiana, tenemos un ejemplo mayor que el de Pablo, infinitamente mayor: ***Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya*** (Lc 22:42).

Solamente sometidos a la voluntad de Dios con contentamiento, la vida cristiana estará llena de gloriosas sorpresas, de prohibiciones, de obstáculos, de asombro y de bendiciones. Solamente así puede llegar, quizá por un camino y en un modo totalmente inesperados, lo que hemos deseado y por lo que hemos orado con sometimiento a Dios.

En tercer lugar, la relación entre nuestras quejas y la voluntad de Dios. Ya hemos mencionado los problemas y tribulaciones en la vida de Pablo que se recogen, entre otros lugares, en su segunda carta a los Corintios. Pero es en esta carta donde también escribe: ***Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas*** (2 Co 4:17-18). Aquí vemos la actitud del apóstol, que no se queja por las circunstancias por las que Dios lo hace pasar, sino que sabe que es su voluntad, y mira las cosas que no se ven y su crecimiento en santidad que pueden y deben producir tales tribulaciones.

Nosotros, en cambio, de modo evidente o con resignación y de forma más solapada, nos quejamos de muchas cosas, y nos olvidamos de que un espíritu amargo y quejumbroso, que ve solo el lado negativo de las cosas, es incompatible con la felicidad y el gozo. ¿Tan malas son las quejas?

Primero, quejarse es malo porque una vez que hemos comenzado, la queja se vuelve cada vez peor, y el problema va en aumento. Nos acostumbramos a quejarnos, y lo vemos como algo natural, cuando no debería serlo. Un espíritu quejumbroso es una enfermedad que se extiende por el cuerpo y que, si no se corta de raíz, termina afectando toda la vida y echándola a perder.

Segundo, la queja involucra rebeldía contra Dios, ejemplo de lo cual tenemos en los israelitas cuando iban por el desierto. Una y otra vez se quejaban, bien contra los líderes o bien contra el propio Dios (cf. Éx 14:11-12; 15:24; 16:2-3; 17:2-3; Nm 11:1,4-6; 14:1-4; 16:3,41; 20:3-5; 21:4-5; etc.), y Dios tuvo que reprender aquello seriamente porque el espíritu quejumbroso no solo malogra la vida de uno mismo, sino que se extiende a todos (cf. He 12:15). Es el propio apóstol Pablo quien nos dice que aquello sucedió como ejemplo para nosotros y que aquellas cosas **están escritas para amonestarnos** (1 Co 10:6,10-11).

Tercero, la queja en el pueblo de Dios es grave porque supone una contradicción de todo aquello que sucedió cuando dijeron que fueron convertidos y creyeron. Si un día dijimos que íbamos a someternos a la voluntad de Dios, ¿cómo es que seguimos quejándonos sin querer sujetarnos a esta? La queja supone no creer en Dios como Padre que vela por nuestros intereses, desconfiar de Cristo como Esposo que ama a su Cuerpo, y dudar del Espíritu Santo como nuestro ayudador y consolador. Dios nos ha dado mucho, y su propósito es que nuestras vidas muestren ahora su poder. Él tiene derecho a esperar que no nos quejemos cuando hemos sido tan grandemente bendecidos.

Cuarto, quejarnos hace que nuestras oraciones sean vanas, pues no podemos decir «sea hecha tu voluntad» y estar esperando al mismo tiempo que se haga la nuestra; no podemos pedir «danos hoy el pan de cada día» y estar esperando comodidades y seguridad para el mañana. El acto mismo de orar significa que reconocemos que todo lo que tenemos viene de Dios, de modo que si vamos a quejarnos acerca de lo que Dios nos da, sería mejor dejar de orar.

Quinto, las quejas conducen a la infelicidad, y son una pérdida de tiempo, pues al ocuparnos con ellas dejamos de pensar en Dios y en su Palabra. Aún más, quejarnos nos hace inútiles en el servicio de Dios, pues la persona quejosa e infeliz no puede ayudar ni consolar a nadie. Lo peor de todo es que las quejas nos hacen ingratos, y la Biblia considera la ingratitud como un pecado grave. Todos los cristianos disfrutamos de innumerables bendiciones, y cuando nos quejamos, no glorificamos a Dios, al tiempo que pedimos más bendiciones para poder hacerlo, como si Dios mismo tuviese la culpa. Cuando tengamos aflicciones debemos pensar que no son tan penosas como hubieran podido ser, ni tan graves como merecían nuestros pecados, ni tan agotadoras como las que otros soportan (*cf.* 1 Co 10:13).

Hemos de pedir ayuda en oración para que el Espíritu Santo nos haga ver la grandeza de nuestras bendiciones y la pequeñez de nuestros problemas, porque el diablo se encarga muy bien de decirnos lo contrario, y en esa tentación y pecado cayeron los israelitas (*cf.* Nm 16:13-14).

Sexto, quejarnos no solo nos hace infelices ante los problemas, sino que también nos impide disfrutar de las cosas que ya poseemos (*cf.* Mt 6:27). Y a veces Dios retiene una bendición hasta que nosotros tenemos la actitud mental apropiada para recibirla. Los creyentes quejumbrosos son como los malos marineros que se quejan de la tormenta en vez de preparar el barco para esta.

Y, *séptimo*, como puede verse en los pasajes anteriores, quejarse termina provocando la ira de Dios, de modo que podemos estar añadiendo esa ira a nuestros propios problemas. O visto de otro modo, con las quejas, Dios puede retirar algunas de sus bendiciones de nosotros, ponernos en disciplina dejándonos un poco de tiempo a merced de otro señor, si a él, al que tenemos, no lo queremos o nos quejamos de él.

Añado un último pensamiento para que reflexionemos. He oído a algunas personas dar gracias a Dios por los alimentos antes de tomarlos, reconociendo, como es verdaderamente cierto, que proceden de Dios, pero también las he oído a continuación, durante la comida, quejarse de esta por su poca calidad, su insuficiencia, o cosas por el estilo.

Y sé que todo esto lo entendemos, pero también sé que desde que el Señor preguntó a Adán y Eva acerca del primer pecado, todos nos hemos vuelto expertos en poner pretextos para excusar nuestras quejas. Algunos pueden decir: «No me quejo; solo estoy viendo los hechos», y no se dan cuenta de que tienen una visión distorsionada de la realidad. Otros pueden decir: «No me quejo; solo estoy molesto a causa de mi pecado», y no se dan cuenta que lo están mucho más por sus consecuencias que no por los pecados en sí. Otros pueden decir: «Me quejo porque no siento la presencia de Dios conmigo», y no quieren pensar que esa presencia no depende de sus sentimientos, que Dios ha prometido estar siempre con sus hijos, y que su propio espíritu de queja es el que lo hace insensible a la presencia de Dios. Aún otros pueden decir: «No son mis problemas, sino las actitudes de otros lo que me lleva a quejarme», y se olvidan de que aún las personas malas son usadas en los propósitos de Dios.

Y podemos seguir con los pretextos. Algunos pueden decir: «Me quejo porque no esperaba que esto pudiera sucederme a mí», y se olvidan de que los creyentes no tenemos derecho a hablar de este

modo. Otros pueden alegar: «Me quejo porque mis problemas son peores que los de los demás», olvidando que cada uno exagera su propia situación, y olvidando que, con los problemas, Dios da mayores oportunidades para glorificarle. Otros se quejan y dicen: «Mi problema me impide servir a Dios», y olvidan que Dios también se agrada con los hechos sencillos, y no exige fama ni logros brillantes, sino fidelidad y paciencia. Algunos se quejan porque «sus circunstancias son tan variables que no pueden aguantarlas», y olvidan que han sido puestas así para confiar en Dios en cada paso del camino. Otros se quejan porque «su situación ha cambiado a peor», y se olvidan de que tenían que haberse preparado en los tiempos de calma para cuando viniera la tempestad, y que también tienen que ser agradecidos a Dios por cada bendición que han disfrutado en el pasado. Finalmente, algunos se quejan por las consecuencias de su mal obrar, y preguntan por qué permite Dios tal cosa, olvidando que no contaron con Dios cuando tomaron sus decisiones (cf. Pr 19:3).

Todo esto es vida práctica cristiana, hermanos, vida relacionada con nuestras oraciones y la voluntad de Dios, pero todavía decimos algo más.

En cuarto lugar, la relación entre la voluntad de Dios y nuestro gozo. Si miramos de nuevo a Pablo, que es el que está aquí rogando ***que de alguna manera tenga al fin, por la voluntad de Dios, un próspero viaje para ir a vosotros***, hemos de recordar las palabras que el Señor pronunció unos días después de su llamamiento y conversión: ***Yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre*** (Hch 9:16). Era necesario que Pablo padeciera, y el Señor dijo que le mostraría el porqué. A nosotros no se nos ha hablado de este modo, no se nos van a dar razones directas, pero mirando a Pablo y a otros muchos que vemos en la Escritura, hemos de entender que también necesitamos padecer para crecer en santidad y aprender la obediencia (cf. He 5:8). Y esto debe traernos siempre gozo (cf. Stg 1:2-4).

La voluntad de Dios ha de traernos gozo porque implica estar perfectamente satisfechos en un sentido, al tiempo que completamente insatisfechos en otro. Y esto no es una contradicción: podemos tener gozo al saber de la presencia de Dios con nosotros, y debemos entristecernos cada vez que pecamos o no somos capaces de someternos a su voluntad. Los creyentes no pueden estar satisfechos con las cosas que los no creyentes desean, pues la relación y la comunión con Dios es más importante que cualquier otra cosa (cf. Sal 73:25-26).

La voluntad de Dios ha de traernos el gozo que proviene no del hecho de tener más o de querer tener más, sino de desear menos, asumiendo e interiorizando lo que nos dice la Palabra: ***Teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto*** (1 Ti 6:8). Hermanos, no hemos de olvidar que estamos siguiendo a un Señor que dijo: ***Las zorras tienen guaridas, y las aves de los cielos nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza*** (Lc 9:58). Si pensamos como se nos indica en la Palabra, tendremos, por ejemplo, sumo gozo y agradecimiento cuando el Señor nos permita descansar unas horas o un día en la playa o en el campo. En cambio, si pensamos como el mundo, estaremos quejándonos cuando solamente hayamos podido estar allí quince días, porque nuestro deseo hubiera sido poder estar el mes entero.

Los creyentes hemos de aprender a estar gozosos cuando deseamos lo que Dios ha escogido para nosotros, cuando estamos satisfechos con lo que Dios nos da. Hay personas que tienen muchas cosas, pero desean más y son miserables; y los cristianos, aunque poseamos poco, podemos y debemos estar satisfechos y felices. Esta es una lección muy importante para aprenderla en el día de hoy, cuando todo y todos en el mundo nos incitan a tener más y más cosas materiales.

La voluntad de Dios ha de traernos el gozo no solo de dejar de preocuparnos por muchas cosas, sino también de preocuparnos

por cosas diferentes (*cf.* Mt 6:33). Muchas veces somos infelices por los problemas que nos afectan, pero nos engañamos a nosotros mismos si pensamos que cuando el problema desaparezca ya tendremos gozo. Lo que realmente nos quita la felicidad es el pecado, y si nos preocupáramos más acerca del pecado, otros problemas ya no parecerían tan grandes. Es el pecado el que lo ha echado a perder todo, el mayor problema, y debería ser también nuestra mayor preocupación. Y pecamos cuando nos olvidamos de ser agradecidos a Dios y nos centramos en el problema que nos hace sufrir, cuando olvidamos que Dios siempre nos trata mejor de lo que merecemos.

La voluntad de Dios ha de traernos el gozo porque no es necesario para ello que los problemas sean quitados de nosotros. A menudo Dios nos bendice mientras estamos sufriendo, pues si un problema nos ayuda a triunfar sobre la tendencia carnal y nos acerca más a Dios, se convierte en una bendición. Hemos de aprender a decir: «Si Dios quiere, en *la voluntad de Dios*», cuando miramos al futuro, pero también: «Porque Dios lo quiere, porque es *la voluntad de Dios*», cuando miramos al presente.

En definitiva, el gozo cristiano estriba en aprender a aceptar la voluntad de Dios como lo mejor para nosotros, pues, cuando aprendemos esto, ya no nos preocupamos tanto por obtener lo que queremos. Cuando llegamos a querer lo que Dios quiere, amar lo que Dios ama, y aborrecer lo que Dios aborrece, crecemos en sabiduría espiritual, estamos satisfechos, y Dios es glorificado por ello. Lo que debe hacernos felices y gozosos es el hecho de saber que Dios nos está haciendo santos, pues el gozo cristiano no es el resultado de lo que poseemos, sino de la clase de persona que somos.

Y, para todo esto, necesitamos mirar más al Señor Jesucristo. Él se identifica con nosotros en nuestras aflicciones porque sabe lo que es sufrir física, espiritual, material y emocionalmente: ***Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para so-***

correr a los que son tentados (He 2:18); y: *No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado* (He 4:15).

En la voluntad de Dios, Cristo fue pobre, y sabe lo que es padecer necesidad, y puede consolar a los creyentes pobres cuando esta sea la voluntad de Dios para ellos. En la voluntad de Dios, Cristo fue tratado injustamente, y puede consolarnos cuando seamos víctimas de injusticias, si esta es la voluntad de Dios. En la voluntad de Dios, Cristo fue torturado, y puede consolarnos cuando pedimos fortaleza en nuestros sufrimientos, si Dios nos conduce por este camino. En la voluntad de Dios, Cristo lloró amargamente, y puede consolarnos en nuestras lágrimas, cuando estas sean derramadas por su causa. En la voluntad de Dios, Cristo murió y resucitó, y puede animarnos cuando afrontemos la muerte.

Este es el secreto de los secretos: debemos aprender a contentarnos con la voluntad de Dios. Solo los cristianos gozosos sometidos a la voluntad de Dios adoran a Dios verdaderamente, pues esto no puede hacerse con un corazón descontento o desagradecido. Solo los cristianos gozosos sometidos a la voluntad de Dios hacen el mejor uso de los dones que Dios les ha concedido, no quejándose porque no tienen los de otros. Solo los cristianos gozosos sometidos a la voluntad de Dios están más preparados para resistir las tentaciones y problemas, no queriendo resolverlos a su manera por medio de un pecado. Solo los cristianos gozosos sometidos a la voluntad de Dios son los que disfrutan plenamente de la vida aquí y ahora. Y solo los cristianos gozosos y sometidos a la voluntad de Dios son los que reciben más bendiciones, porque los otros, como niños que gritan y patalean para conseguir lo que quieren, no las tienen hasta que su actitud sea la adecuada.

¡Que Dios nos ayude a entender y a practicar estas cosas, para gloria de su Nombre, y la bendición de muchos!

10

LOS DESEOS

Romanos 1:8-12

Lectura introductoria: Gálatas 5:16-17

Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne. Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisieréis.

Al continuar con el estudio de esta oración, y después de ver el sometimiento de Pablo y sus deseos y planes a la voluntad de Dios, llegamos al **versículo 11**, donde encontramos los motivos del apóstol —los cuales nos explican el carácter auténtico de sus oraciones—, motivos con los que continúa en el versículo siguiente. De este modo vemos que la vida cristiana es un todo conjunto, y que las oraciones, en este caso de gratitud a Dios y de petición, están relacionadas con el crecimiento en el deseo de comunión con los hermanos. Si verdaderamente damos gracias a Dios por ellos y las damos constantemente, nuestros deseos serán reunirnos con ellos. Y esto supone también una piedra de toque para nuestras vidas, pues podemos engañarnos dando gracias por los hermanos sin hacerlo de corazón verdaderamente, lo cual se demuestra después por el poco deseo de estar junto a ellos.

El amor de Pablo hacia aquellos cristianos le hacía estar deseoso de reunirse con ellos, y ora a Dios para que esto sea posible. Por eso, repito una vez más, no es solo importante cómo oramos —y

debemos aprender a hacerlo correctamente—, sino también cómo vivimos, y la necesidad de examinarnos y cambiar nuestras vidas.

No nos vamos a detener extensamente en la doctrina de la comunión de los santos, pero algo vamos a decir de ella tras la lectura de la Palabra y nuestra oración a Dios por su bendición. Y recuerdo que la nota característica de los primeros cristianos que encontramos en los versículos finales de los capítulos 2 y 4 del libro de Hechos, era precisamente la comunión y el estar juntos y con las cosas en común.

Primeramente doy gracias a mi Dios mediante Jesucristo con respecto a todos vosotros, de que vuestra fe se divulga por todo el mundo. Porque testigo me es Dios, a quien sirvo en mi espíritu en el evangelio de su Hijo, de que sin cesar hago mención de vosotros siempre en mis oraciones, rogando que de alguna manera tenga al fin, por la voluntad de Dios, un próspero viaje para ir a vosotros. Porque deseo veros, para comunicaros algún don espiritual, a fin de que seáis confirmados; esto es, para ser mutuamente confortados por la fe que nos es común a vosotros y a mí (Ro 1:8-12).

Oración personal a Dios.

1. INTRODUCCIÓN Y SIGNIFICADO

Si hemos estado atentos a la lectura, a partir del **versículo 11**, el apóstol nos explica la razón o razones de sus oraciones, deseos y planes. Todo ello era por algo, era para algo, y así podemos ver que expresa sus objetivos, diciendo: ***Para comunicaros algún don espiritual, a fin de que seáis confirmados [...] para ser mutuamente confortados [...] y para tener también entre vosotros algún fruto*** (esto último en el **versículo 13**). Aquí tenemos los

cuatro «para» del apóstol, introducidos con un «porque»: **Porque deseo veros**, y terminados con otro «porque» (que se sobreentiende aunque no esté escrito de forma explícita) en el **versículo 14**: Porque **a griegos y a no griegos, a sabios y a no sabios soy deudor**. Este era el sentir de Pablo, lo que había en su corazón, y lo muestra con su actitud hacia la predicación y el trabajo por el evangelio, al terminar diciendo: **Así que, en cuanto a mí, pronto estoy a anunciaros el evangelio (v. 15)**.

Todo esto, hermanos, es vida práctica cristiana, y en todo deberíamos pensar para corregir aquellas cosas que necesiten ser corregidas. Por nuestra parte, ahora comenzamos —a modo de introducción a las razones expuestas por el apóstol— fijándonos en las primeras palabras del **versículo 11**: **Porque deseo veros**, fijándonos en los deseos del apóstol hacia aquellos hermanos, deseos *cristianos* de un *cristiano* hacia *otros cristianos*. ¿Qué hemos de entender por ello?; ¿qué comprenden?

Deseo veros. Pocas palabras, muy pocas, ¡pero qué importantes son estas palabras, hermanos, y cuánto muestran de la condición cristiana del que las dice, las siente, y obra en consecuencia, como también de aquellos que carecen de ellas!

En el original, la palabra usada es *epipotheo*, y significa anhelar profundamente, querer poderosamente, desear en grado superlativo, con todo el ser, con vehemencia, añorar, ansiar o tener nostalgia por algo o alguien. Esta palabra, y otras derivadas de esta, o una frase completa con su mismo significado, las encontramos en multitud de pasajes de la Escritura, y para entenderla plenamente podemos tomar algunas lecturas.

En unos casos, como en 2 Samuel 23:15, Salmo 42:1; 63:1; 119:20,131, o 2 Corintios 5:2, se trata de un intenso deseo de satisfacción personal, que puede ser legítimo, pero que, en no pocas ocasiones llega a ser pecado, como sucedió con Amnón y su media hermana Tamar, o David y Betsabé. Y todos conocemos estos de-

seos cuando han sido para satisfacernos, cuando han sido para mí y mis cosas y, sobre todo, los conocemos cuando han sido para satisfacer nuestra naturaleza carnal. Por esto, porque los conocemos y porque nos llegan a dominar en algunos casos debido a su intensidad, es por lo que el apóstol Pedro escribe: ***Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma*** (1 P 2:11). Y el propio Pablo dice: ***En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente*** (Ef 4:22-23).

Así que, en cuanto a intensidad, nadie con uso de razón es desconocedor de estas cosas. Todos hemos tenido y tenemos deseos intensos. Pero no es de estos para satisfacción personal de los que nos habla Pablo, sino de otros que expresan el querer poderoso y el anhelo profundo en beneficio de los demás hermanos, el mismo que indica más adelante en esta misma carta: ***Pero ahora, no teniendo más campo en estas regiones, y deseando desde hace muchos años ir a vosotros...*** (Ro 15:23). Así eran los deseos de Pablo (*cf.* Fil 2:26; 4:1; 2 Ti 1:4; etc.), aunque, como hemos dicho, los supeditaba a la voluntad de Dios. Y así el de otros hermanos (*cf.* 1 Ts 3:6), y el del propio Espíritu Santo hacia los creyentes (*cf.* Stg 4:5)

Con esto, evidentemente, volvemos a recordar el concepto de familia cristiana y un aspecto de los que forman parte de ella. ¿Quién no desea ver a un miembro de su propia familia cuando la relación entre ellos es gobernada por el amor de Dios?; ¿qué puede decirse de aquellos cristianos que no quieren estar con sus hermanos, ni verlos, y que prefieren estar con otras personas y en otros ambientes?; ¿cuál es la comprensión que tenemos de la doctrina de la comunión de los santos?; ¿cómo podremos conocernos si tenemos suficiente con vernos en el culto y no deseamos nada más?; ¿y cómo aprenderemos a amarnos, a sobrellevarnos, a co-

regirnos, a alentarnos, a perdonarnos, y a tantas otras cosas que necesitamos para crecer si no queremos estar con los hermanos?; ¿no es fácil que nos engañemos a nosotros mismos diciendo que tenemos fe, del mismo modo que lo dice la mayoría, cuando la Palabra nos puede estar mostrando que carecemos de ella? Y si la tenemos y vemos que fallamos en este aspecto, ¿vamos a seguir viviendo del mismo modo?

El apóstol tenía un gran deseo de ver a sus hermanos, y si quería ir a Roma no era para hacer turismo por aquella gran ciudad, tan famosa por ser la sede del gobierno, por sus edificios, y por otras muchas cosas; no para ver el Coliseo, la Vía Apia, las famosas carreras de carros con caballos, o todos los atractivos de aquella. Tampoco encontramos ningún indicio de que deseara ver al emperador. No sucedía esto con Pablo; su interés no estaba en los edificios, en las atracciones para los turistas, o en las grandes personalidades, sino que, por el contrario, quería ver a aquel pequeño grupo de personas que eran cristianas, que eran sus hermanos en Cristo, y no solo en Roma, sino en cualquier parte en que se encontraran.

Además, no eran amigos íntimos suyos a los que no había visto desde hacía mucho tiempo. Pablo no conocía a la mayoría, pero para él era suficiente saber que eran cristianos, y cuando alguien ama a otra persona, desea verla, abrazarla, compartir cosas importantes, incluso los secretos del corazón, y disfrutar del tiempo en que pueden estar juntos. Está escrito: ***Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte*** (1 Jn 3:14), y una forma de mostrar el amor es con el deseo de ver a la persona amada y estar con ella. Por eso es importante que una y otra vez nos analicemos a la luz de lo que indica la Palabra.

Y es que el verdadero cristiano prefiere sentarse con el creyente más humilde antes que pasar el tiempo con ricos y famosos in-

crédulos; quiere conversar con sus hermanos acerca del Señor Jesucristo y de sus cosas antes que de las cosas del mundo; de sus experiencias, aflicciones, y esperanzas antes que de la vanagloria y los deseos de este mundo. Y querrá orar con sus hermanos antes que hablar con personas que no entienden la vida espiritual y que terminarán llevándole a otra clase de conversación.

Con esto, de nuevo, el apóstol nos está mostrando algo acerca de sí mismo, pero también acerca de la vida cristiana, pues una vez que una persona llega a ser cristiana, esta es una característica esencial en su vida: la relación de amor con sus hermanos, de modo que los intereses, actividades, planes, etc., están marcados por los pensamientos sobre ellos. Esto no significa que el cristiano deje de interesarse por la cultura, la política, la crisis, u otras muchas cosas, pero debe estar mucho más interesado por sus hermanos y debe tener gran deseo de verlos y de relacionarse con ellos.

Precisamente, la Escritura habla de los no creyentes como de seres ciegos, pero cuando el Señor da la vista a las realidades espirituales, la persona ve y desea ver a sus hermanos espirituales en Cristo, siendo obvio que, si no tiene este deseo, tampoco verá las necesidades de sus hermanos ni verá que cubriendo dichas necesidades está cubriendo al mismo Señor Jesucristo, quien dijo: ***En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis*** (Mt. 25:40). Un cristiano no puede seguir siendo un ciego espiritual, y alguien que no ve ni desea ver a los que llama hermanos no puede ser cristiano, porque, con esa actitud, muestra su ceguera.

Hermanos, si no fuera tan necesario que analizásemos nuestro supuesto cristianismo, no hubiera sido necesario tampoco que se hubieran escrito las cartas del Nuevo Testamento. Pero en ellas tenemos la vida cristiana, la vida que se espera del cristiano, junto a las oraciones de los cristianos. Esta no es sino otra faceta de esta, de modo que el que no tiene deseos de ver a sus hermanos puede

preguntarse si no es debido a la imposibilidad de comunión entre *la justicia y la injusticia, la luz y las tinieblas*, o el *templo de Dios y los ídolos* (2 Co 6:14-16). Son palabras muy duras, pero si *el que no ama a su hermano a quien ha visto* no puede amar *a Dios a quien no ha visto* (1 Jn 4:20), ¿qué puede decirse del que ni siquiera desea ver a sus hermanos?

2. DESEOS CRISTIANOS

Una vez que comprendemos bien el sentir del apóstol, nos fijamos ahora en dos facetas de este.

En primer lugar, la intensidad del deseo. También debemos analizar la magnitud de nuestro deseo, pues podemos engañarnos a nosotros mismos, pensando: «Ciertamente es mi añoranza, mi anhelo, pero no puedo». Si esto es lo que nos sucede, nos debemos preguntar: «¿Cuánto estoy dispuesto a negarme a mí mismo, o a perder de mi vida para satisfacer este supuesto deseo?». Así podemos ponderarlo, pues si un poco de frío o calor, o de incomodidad, o de ruido, o de pérdida de algo, u otras pequeñas cosas, son suficientes para evitar cumplir con el supuesto deseo, ¿no estará esto indicándonos que realmente no lo tenemos?

Somos expertos en engañarnos, y podemos decir que sí queremos, como aquellos que fueron invitados a la cena, pero que a la hora de la verdad todos se excusaron (cf. Lc 14:16-20). Y podemos pensar, aquellos que ya hemos pasado por el noviazgo, cómo estábamos dispuestos a dejarlo todo y a renunciar a todo con tal de encontrarnos junto a la persona amada.

En la Escritura hay muchos ejemplos de verdadero amor fraterno, y uno de ellos es el de David hacia Jonatán, de los que se dice lo siguiente: *E hicieron pacto Jonatán y David, porque él le amaba como a sí mismo. Y Jonatán se quitó el manto que llevaba, y se lo dio a David, y otras ropas suyas, hasta su espada, su arco y*

su talabarte. Y otra vez: *Y Jonatán hizo jurar a David otra vez, porque le amaba, pues le amaba como a sí mismo* (1 S 18:3-4; 20:17). Y puesto que esto era así entre ellos, Jonatán fue impelido a exclamar lo que leemos en el versículo siguiente: *Tú serás echado de menos, porque tu asiento estará vacío.* Esto es lo normal entre hermanos que se aman y desean verse, pero nadie echa en falta a otra persona que le es indiferente.

Es cierto que nuestra naturaleza carnal dirá que no a muchas cosas de la vida cristiana, en realidad a todas las espirituales, y no solo a esta (*porque el deseo de la carne es contra el Espíritu y el del Espíritu contra la carne; y éstos se oponen entre sí:* Gá 5:17), pero hemos de comenzar a obligarnos a nosotros mismos, aunque no tengamos las ganas, porque el Señor así lo ordena. Después, la obligación pasará a ser un hábito, y después un deseo, y podremos comprobar, con las bendiciones que vienen a nuestras vidas, que la *buena voluntad de Dios* siempre es *agradable y perfecta* (Ro 12:2).

En segundo lugar, la finalidad del deseo, pues si deseamos ver a los hermanos, y lo deseamos con vehemencia, nos deberíamos preguntar: ¿para qué? o ¿por qué? Porque también es este un aspecto en el que nos podemos equivocar, y no son pocos los que buscan a sus hermanos solo para que lo ayuden, para que lo consuelen, para que lo escuchen en sus problemas, o, en definitiva, para «recibir» de sus hermanos, en cualquier sentido de esta palabra. Hemos de pensar que cuanto más pequeño es un niño, más piensa solamente en satisfacer sus deseos, y el cristiano no está llamado a permanecer siempre como un niño.

Tampoco era así Pablo, y podemos leer lo que hizo en un par de ocasiones cuando visitó a otros hermanos a los cuales también deseaba ver. Al final de su primer viaje misionero, cuando volvieron Pablo y Bernabé a la iglesia en Antioquía, de la cual habían salido, reunieron a la iglesia y se nos dice que *refirieron cuán gran-*

des cosas había hecho Dios con ellos, y como había abierto la puerta de la fe a los gentiles (Hch 14:27). Después fueron a Jerusalén, y llegados, *fueron recibidos por la iglesia y los apóstoles y los ancianos, y refirieron todas las cosas que Dios había hecho con ellos* (Hch 15:4). En ambos casos, la conducta y el deseo fue el mismo, el mismo que vemos aquí en la carta a los Romanos, aunque podían haber hablado mucho más de los problemas que les habían acontecido, algunos de los cuales los tenemos en los versículos precedentes (cf. Hch 14:19,5; 13:50).

A veces no queremos estar con los hermanos y, cuando lo estamos, quizá pensemos más en lo que vamos a recibir que en lo que podemos dar y darles. Sabemos que la Palabra nos dice que no demos *con tristeza, ni por necesidad, porque Dios ama al dador alegre* (2 Co 9:7), y el propio Pablo en otro sitio nos indica que el Señor Jesucristo dijo que *más bienaventurado es dar que recibir* (Hch 20:35). Y aquí vemos al apóstol haciéndose eco de estas palabras, pues el significado no es solo el de tener un gran deseo, sino el de tenerlo para darse personalmente a los demás, para no buscar *su propio bien, sino el del otro* (1 Co 10:24), para dar y darse, no para complacerse a sí mismo o entretenerse, tal como nos muestra en otros de sus escritos: *Yo con el mayor placer gastaré lo mío, y aun yo mismo me gastaré del todo por amor de vuestras almas, aunque amándoos más, sea amado menos* (2 Co 12:15). Y otra vez: *Antes fuimos tiernos entre vosotros, como la nodriza que cuida con ternura a sus propios hijos. Tan grande es nuestro afecto por vosotros, que hubiéramos querido entregaros no sólo el evangelio de Dios, sino también nuestras propias vidas; porque habéis llegado a sernos muy queridos. Porque os acordáis, hermanos, de nuestro trabajo y fatiga; cómo trabajando de noche y de día, para no ser gravosos a ninguno de vosotros, os predicamos el evangelio de Dios. Vosotros sois testigos, y Dios tam-*

bién, de cuán santa, justa e irrepreensiblemente nos comportamos con vosotros los creyentes; así como también sabéis de qué modo, como el padre a sus hijos, exhortábamos y consolábamos a cada uno de vosotros, y os encargábamos que anduviésetis como es digno de Dios, que os llamó a su reino y gloria (1 Ts 2:7-12).

Pablo deseaba ver a los hermanos, pero su deseo era darles, comunicarlos, confirmarlos, aunque también sabía que, como resultado de ello, él mismo sería beneficiado y confortado. Pablo creía las palabras del Señor a que hemos hecho referencia antes en cuanto a la bienaventuranza de dar, y Pablo sabía que cuando uno da y se da, perdiendo su propia vida, es cuando verdaderamente recibe y la encuentra. Lo sabía, y lo practicaba, de modo que esto mismo lo podemos ver en relación con otros hermanos a los cuales escribe (cf. Fil 1:21-25; 1 Ts 2:17; 3:10).

Deseo veros, hermanos, y no tanto que me vean, que me den, que me visiten, que me llamen, que me... La vida que se nos pide no es egocéntrica, sino cristocéntrica, y cuando la Cabeza es el centro, junto a ella inseparablemente también estará el resto del Cuerpo.

Deseo veros, hermanos, para ayudaros en vuestra soledad o pobreza, para compartir lo más grande que tengo, que es el Señor y el evangelio, pero también todas las demás cosas con las que el Señor me ha bendecido, para poner a vuestra disposición aquello que Dios me haya dado.

Deseo veros, hermanos, para saber de vuestro crecimiento y vuestras necesidades.

Deseo veros, hermanos, para ayudaros a llevar vuestras cargas y glorificar a Dios con mi obediencia.

Deseo veros, hermanos, porque así sigo el ejemplo de mi Señor, el cual me dice que no mire por lo mío propio, sino también por lo de los demás.

Deseo veros, hermanos, para poner mis dones a vuestra disposición, mis fuerzas si soy joven y aún las tengo, o mi tiempo y mi experiencia si soy mayor y los disfruto.

Alguien comentó en una ocasión lo que sucedió con un supuesto cristiano. «Hay un hermano que tiene necesidad de un techo», dijeron; a lo cual el otro contestó: «Si yo tuviera una casa, se la daría». «Hay un hermano que tienen necesidad de un coche»; y la respuesta seguía siendo la misma: «Si yo tuviera uno, se lo daría». «Hay un hermano que necesita trabajo». «Si yo fuera empresario, se lo daría»... Y así siguió la conversación hasta que se llegó a una necesidad más pequeña: «Un hermano necesita una bicicleta». La respuesta entonces fue: «Mucho cuidado, porque la tengo».

Deseo veros, hermanos, porque así han vivido los cristianos verdaderos a lo largo de la historia, algunos de los cuales visitaban a los presos aun a riesgo de ser ellos encarcelados (cf. 2 Ti 1:16-18; He 10:34), o a los enfermos aun a riesgo de contraer ellos la enfermedad.

Deseo veros, hermanos, porque prefiero la exhortación y la amonestación de un hermano que me ama que no el halago interesado de otras personas, y el consejo vuestro antes que seguir en mi propia ceguera.

Deseo veros, hermanos, porque al veros a vosotros me veo también a mí, y veo a mi Señor, y veo que es la misma gracia que procede de él la que nos mantiene.

Deseo veros, hermanos, para hablar entre nosotros *con salmos, himnos y cánticos espirituales*, para ser *llenos* juntamente *del Espíritu* Santo y alabar *al Señor* en nuestros *corazones* (Ef 5:18-19).

Deseo veros, hermanos, para *dar gracias por todo*, junto a vosotros, a *Dios* nuestro *Padre en el nombre de nuestro Señor Jesucristo* (Ef 5:20), y para pensar junto a vosotros *en todo lo que es verdadero* [...] *honesto* [...] *justo* [...] *puro* [...] *amable* o *de*

buen nombre, o en todo lo que haya **alguna virtud** o **algo digno de alabanza** (Fil 4:8).

Deseo veros, hermanos, porque deseo ver los buenos ejemplos para imitarlos, y no los malos para excusarme.

Deseo veros, hermanos, porque verdaderamente digo que veo y que deseo ver.

Deseo veros, hermanos, porque así estoy sirviendo de ejemplo a niños y a jóvenes, también a los míos, y a cuantos desearía que siguieran los caminos del Señor.

Un ciego de nacimiento, sanado por el Señor, dijo: **Una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo** (Jn 9:25). La conversación posterior del Señor con él sirvió para denunciar a los fariseos, que decían que veían, pero también a todos los falsos cristianos que, en el día de hoy, no desean ver a sus hermanos ni les preocupa esto en absoluto. Así puede leerse: **Dijo Jesús: Para juicio he venido yo a este mundo; para que los que no ven, vean, y los que ven, sean cegados. Entonces algunos de los fariseos que estaban con él, al oír esto, le dijeron: ¿Acaso nosotros somos también ciegos? Jesús les respondió: Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; mas ahora, porque decís: Vemos, vuestro pecado permanece** (Jn 9:39-41).

Y ante todo lo expuesto, hermanos, se pueden tener dos reacciones: una primera, como la de aquellos fariseos, con endurecimiento en el corazón, sin confesión de pecado y arrepentimiento ante Dios, para seguir siendo ciegos, aunque llenos de orgullo por la pretendida visión. Hemos de cuidarnos para no caer en esta actitud, que intenta subsanar los pecados y las faltas justificándose en una lista de cosas que se hacen, más o menos por obligación, y que se puede ir alargando a medida que se descubren nuevas obligaciones. Esta no es la vida cristiana: la vida cristiana es una nueva vida que lleva a hacer nuevas cosas por amor a Dios, y para las cuales **es necesario nacer de nuevo** (Jn 3:7). No consiste en contabilizar las cosas que hacemos para justificar nuestra falta de vida

espiritual, sino en analizar cuál es nuestra actitud ante lo que Dios en su Palabra nos demanda.

La otra reacción es la que espero que se dé en todos los lectores, entre los cuales me incluyo, pues cualquier aspecto de la vida cristiana, de la vida que debemos vivir a semejanza del Señor Jesucristo, nos muestra nuestra condición de pecado. Por tanto, todos necesitamos acudir a él con arrepentimiento, pidiendo la comprensión de estas cosas y el poder de su Santo Espíritu para vivir como es digno de nuestra vocación y llamamiento. Solo así oraremos y viviremos como es debido, como debemos. ¿Cómo voy a orar de corazón por los hermanos, cómo voy a dar verdaderas gracias a Dios por ellos, si no deseo verlos y estar con ellos?

Deseo veros, hermanos, es el anhelo de mi corazón, pero pido a Dios que aumente en mí este deseo por vosotros, y pido perdón por cuantas veces no lo he tenido y porque reconozco que no os amo como debiera y quisiera.

Deseo veros, hermanos, pero pido a Dios y deseo ver lo que tiene que significar para mí el que seáis ciertamente mis hermanos, hijos de un mismo Padre, redimidos por un mismo Señor, y renacidos y guiados por un mismo Espíritu.

Deseo veros, hermanos, para que el mundo vea y nos vea cómo nos amamos, y pueda ver en nosotros a nuestro Señor Jesucristo, y pueda creer en él, y pueda conocer que fue enviado por Dios el Padre.

Deseo veros, hermanos, en definitiva, por y para la gloria de Dios, sabiendo que cuando este es mi objetivo en la vida, verdaderamente estoy buscando las mayores bendiciones para mí y para los que me rodean.

Deseo veros, hermanos, para comunicaros algún don espiritual, a fin de que seáis confirmados; esto es, para ser mutuamente confortados por la fe que nos es común a vosotros y a mí. Y a aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presenta-

ros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén (Jud 15).

11

LA CONFIRMACIÓN

Romanos 1:8-12

Lectura introductoria: Colosenses 2:6-7

Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él; arraigados y sobreedificados en él, y confirmados en la fe, así como habéis sido enseñados, abundando en acciones de gracias.

Ya casi estamos llegando al final de nuestro estudio en el que, además de la oración de acción de gracias que Pablo eleva a Dios por sus hermanos en Roma, el apóstol nos muestra lo que pedía a Dios respecto a ellos, cuál era su deseo, y este no era otro sino el de verlos. Y aunque el día anterior enumeramos múltiples motivos por los que los cristianos deberíamos desear vernos, el apóstol aquí en el **versículo 11** nos dice cuál era el suyo principal: comunicar algún don y confirmar. Y es que dar y confirmar forman parte de nuestro llamamiento, de nuestra responsabilidad, y habremos también de analizar estas facetas de nuestras vidas si queremos que nuestras oraciones lleguen a la presencia de Dios.

Este nuevo y amplio asunto —la confirmación cristiana y las oraciones relacionadas con ella— lo vamos a considerar, pero será después de la lectura de la Palabra y de pedir la bendición de Dios.

Primeramente doy gracias a mi Dios mediante Jesucristo con respecto a todos vosotros, de que vuestra fe se divulga por todo

el mundo. Porque testigo me es Dios, a quien sirvo en mi espíritu en el evangelio de su Hijo, de que sin cesar hago mención de vosotros siempre en mis oraciones, rogando que de alguna manera tenga al fin, por la voluntad de Dios, un próspero viaje para ir a vosotros. Porque deseo veros, para comunicaros algún don espiritual, a fin de que seáis confirmados; esto es, para ser mutuamente confortados por la fe que nos es común a vosotros y a mí (Ro 1:8-12).

Oración personal a Dios.

1. INTRODUCCIÓN, SIGNIFICADO Y NECESIDAD

¿Qué es la confirmación cristiana?; ¿qué hemos de entender por ella?; ¿qué quería hacer Pablo con aquellos hermanos?; ¿cómo pretendía conseguirlo?; ¿podría hacerlo con una simple visita de cortesía?; ¿necesitaban aquellos hermanos de Roma ser confirmados por Pablo?; ¿no se divulgaba la fe de ellos por todo el mundo?

A los que procedemos de un trasfondo católico romano nos suena esta palabra, pues sabemos que la confirmación, para ellos, es el segundo de los sacramentos, los cuales se consideran medios de gracia que imprimen en el alma una señal imborrable. Según su catecismo, la confirmación *«aumenta la gracia del Espíritu Santo para fortalecernos en la fe y hacernos soldados y apóstoles de Cristo, y se imparte con poca edad mediante aceite»*. Hoy este sacramento lo reciben adolescentes que tienen de doce a catorce años, pero en otras épocas se administraba inmediatamente después del bautismo, aunque seguían manteniéndose las siguientes premisas: *«El bautismo nos hace cristianos y la confirmación perfectos cristianos y apóstoles de Cristo; el bautismo destruye los pecados y la confirmación es una defensa contra nuevos pecados»*.

No es necesario argumentar mucho contra estas falsedades, que se caen por su propio peso, pero destaco otra cosa más: según el mismo dogma católico romano, la confirmación fue instituida por Jesucristo, aunque admiten que no se sabe cuándo, pudiendo haber sido durante los cuarenta días después de su resurrección. Aún más, la falsedad de dicho sacramento se manifiesta en que la mayoría de los que lo reciben es la última vez, hasta quizá en el matrimonio, que entran en un templo. Dicen que se confirman en la fe, y es lo último que hacen para demostrarla.

Evidentemente no es esto lo que Pablo aquí nos indica. El apóstol estaba ansioso por ver a aquellos hermanos para que fueran confirmados, cuyo significado podemos entender bien si leemos la palabra traducida en distintas versiones: *establecidos, fortalecidos, afirmados, reafirmados, fijados*. En griego hay distintas palabras para expresar esta misma idea, cada una de las cuales presenta ligeros matices. La que se emplea aquí (*sterizo*) se usa también en Lucas 22:32; Hechos 18:23; 1 Tesalonicenses 3:2, etc., y podemos todavía entenderla mejor al observarla en Lucas 9:51 (traducida como *afirmó* su rostro), Lucas 16:26 (*está puesta*), y también en su forma intensificada con el prefijo «*epi*» (*episterizo*) en Hechos 14:22; 15:32,41.

Así pues, aunque la fe de aquellos cristianos en Roma era conocida y se hablaba de ella, y su *obediencia* había venido *a ser notoria a todos* (Ro 16:19), Pablo quería visitarlos para confirmarlos y establecerlos, para exponerles el camino del evangelio más perfectamente, para añadir algo a su luz y gozo espirituales, para mostrarles más de Cristo.

Y con esto podemos obtener ya dos conclusiones muy importantes para nosotros.

La primera es que hemos de ser conscientes de que todos necesitamos, aunque nuestra fe sea firme, ser confirmados, ser fortalecidos, o cualquier otra palabra que exprese la idea de ser hechos

más completos, más perfectos, o más santos. O lo decimos de otro modo: la conversión no es el fin, sino el principio, y cuando una persona se convierte no significa, en absoluto, que haya llegado al final de la historia. En realidad, mientras estemos en esta tierra, nunca llegaremos al final de la historia porque nunca seremos perfectos (*cf.* Fil 3:12), de modo que siempre necesitaremos ser más y más confirmados y fortalecidos. El propio Pablo lo indica en el **versículo 12**, pues habla de que él, con toda su autoridad apostólica y su conocimiento del Señor Jesucristo, quería ser confortado por los hermanos en Roma.

Por otra parte, *la segunda* conclusión —muy importante no solo para los pastores, sino para todos los cristianos— es la siguiente: a veces hablamos con personas y las invitamos a venir a escuchar la Palabra, y estamos deseosos de que otros se conviertan, pero luego casi los dejamos solos y no nos preocupamos por ellos. Esto no debe ser así. Los verdaderos cristianos no debemos contentarnos con la conversión de los pecadores, sino que debemos confirmarlos y establecerlos, pues eso forma parte de nuestro servicio a Dios en espíritu, y para eso hemos sido llamados (*cf.* Mt 28:19-20). Y es obvio que para ello hemos de negarnos a nosotros mismos e invertir tiempo, primero para aprender y después para poder confirmar a otros.

Por tanto, hay una doble forma de ver la cuestión: por una parte, por nuestro propio bien, para dejar de ser *niños fluctuantes* llevados de aquí para allá (Ef 4:14) y expuestos a derrumbarnos cuando la lluvia o el viento golpeen nuestra casa; por otra, para poder cumplir el mandamiento del Señor de llevar el evangelio a toda criatura, pues confirmar a otros forma parte de nuestro llamamiento y responsabilidad. Y hemos de analizar nuestras vidas, porque si fallamos en esto, nuestras oraciones se verán impedidas.

Hay otras razones por las que debemos ser confirmados, entre las cuales brevemente me refiero a dos, por su importancia.

En primer lugar, porque tenemos un poderoso adversario, Satanás, el acusador de los hermanos. Todos los cristianos somos el objeto especial de sus intereses y sus ataques, y aunque sabemos que nada nos sucederá sin el permiso de Dios, también hemos de saber que Dios deja al diablo como instrumento para probarnos y para fortalecernos, y este puede llevarnos a frecuentes y dolorosas caídas.

Pablo deseaba ir a Roma para enseñar a los hermanos acerca de sus fechorías, para que en esto también estuvieran preparados y fortalecidos. En otra ocasión escribió: ***Para que Satanás no gane ventaja alguna sobre nosotros; pues no ignoramos sus maquinaciones*** (2 Co 2:11). Es decir, Pablo conocía esas maquinaciones, y estaba preocupado por los cristianos como un padre lo está por sus hijos pequeños que no ven el peligro. El padre sí lo ve, pero los niños no, y Pablo quería estar con aquellos jóvenes cristianos para fortalecerlos y establecerlos.

Si leemos con detenimiento las cartas del Nuevo Testamento, en casi todas ellas se nos enseña acerca del diablo, y esto es así porque necesitamos conocer su modo de proceder para poder resistirle y no caer en sus redes (*cf.* Stg 4:7; 1 P 5:8-9). Y, repito, es importante que dediquemos tiempo a este tema. Hay muy buenos libros sobre el mismo, y hay hermanos (C. S. Lewis, en su libro: *Cartas del diablo a su sobrino*) que han escrito sobre él afirmando que les repugnaba pensar en sus múltiples artimañas, de modo que deseaban terminar lo antes posible. Os recomiendo que no dejéis pasar mucho tiempo sin confirmaros en este tema tan importante para nuestras vidas y, para ello, puede servir el libro de Thomas Brooks que lleva por título *Remedios preciosos contra las artimañas del diablo*, un resumen del cual se incluye al final de este estudio en el Anexo 1.

En segundo lugar, necesitamos ser confirmados porque hay muchos falsos maestros. Si las anteriores no son razones suficien-

tes para convencernos, habremos de pensar en las numerosas ocasiones que el propio Señor Jesucristo y los apóstoles hablan de los falsos maestros, los falsos profetas, los falsos ministros, los falsos apóstoles o los falsos hermanos dentro de las iglesias, cuyos objetivos, aunque de forma encubierta, son los mismos que los de Satanás (cf. 2 Co 11:13-15). No lo digo para que desconfiemos unos de otros, pero hemos de saber que dentro de la cristiandad, dentro de las iglesias cristianas, hay siempre personas no nacidas de nuevo y, por tanto, al servicio de Satanás, que intentarán hacer la obra de este en medio del pueblo de Dios: desviarnos, engañarnos, confundirnos, provocarnos, llevarnos a pecar, a no cumplir nuestros deberes cristianos, o a algunas de las muchas cosas que el diablo quiere.

El apóstol Pablo tuvo que dedicar gran parte de su vida a luchar contra las falsas enseñanzas que causaban estragos entre los cristianos. Así, dice a los gálatas: ***Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamé por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente [...]. ¡Oh gálatas insensatos! ¿Quién os fascinó? [...] ¿Tan necios sois? [...] ¿Tantas cosas habéis padecido en vano?*** (Gá 1:6-7; 3:1-4).

Pablo sabía que la falsa enseñanza era un gran peligro, y esa era otra de las razones por las que deseaba encontrarse con los hermanos en Roma. Su deseo era confirmarlos para que, como indica en la carta a los Efesios, estuvieran arraigados y cimentados. Y es que muchas veces el trabajo de la conversión se malogra no en un sentido definitivo, pues la persona no pierde la salvación, pero sí con vistas al testimonio, porque el cristiano no ha sido confirmado. Y no es difícil observar al mundo que mira a los tales cristianos, y dice: «¿Dónde está ahora tu fe; dónde está tu Cristo; dónde están las maravillas y el gozo?». Y así, el nombre de Cristo es pisoteado.

Muy bien —dice Pablo—, estoy deseando ir, y pido a Dios que me lo permita, para poder estableceros y ayudaros a que realmente

seáis arraigados y cimentados en estas cosas, pues el mayor testimonio de la verdad del evangelio es que los cristianos estén viviendo conforme a la vida que se nos muestra en las epístolas.

También habría mucho que hablar de este tema, y también en él necesitamos crecer, de modo que también, al final, en el Anexo 2, presentamos algunas características de los falsos maestros.

Ahora seguimos con nuestro asunto de la confirmación, y lo hago formulando una serie de preguntas en relación con lo que ya hemos hablado: ¿Qué decir de los cristianos que creen saber mucho porque llevan mucho tiempo en la fe y no se esfuerzan por ser confirmados?; ¿qué podría decirse de aquellos cristianos en Roma si de algún modo, directa o indirectamente, hubiesen mostrado a Pablo que no necesitaban su visita?; ¿qué podría decirse si con la reunión del domingo ya hubieran tenido suficiente, e ignoraran a aquel que venía para confirmarlos?; ¿qué diríamos de aquellos si hubiesen persistido, sin necesidad, en sus ocupaciones teniendo en poco la visita del apóstol?; ¿qué, si se hubiesen negado a asistir a las reuniones con Pablo? O lo expreso de otro modo: ¿qué niño sano no pide o no quiere comer?; ¿o qué joven o adulto sano no desea alimentarse?

Muchos de los que se llaman cristianos no tienen una fe que se divulgue, como la de aquellos hermanos en Roma; a lo más, se sabe que son evangélicos que se reúnen en un sitio determinado, pero no hacen nada, o están dispuestos a hacer muy poco, para cubrir su propia necesidad de confirmación, como si no la precisaran.

¡Dios derrame su gracia para que la fe de los cristianos que se reúnen en cualquier iglesia local, en la tuya misma, se divulgue por todo el mundo para su gloria, pero esto no será si no vemos nuestra necesidad de confirmación y no nos esforzamos en el estudio, la lectura, la asistencia a las reuniones de estudio, y en cuantos medios ha puesto Dios a nuestro alcance!

2. REQUISITOS PARA CONFIRMAR A OTROS

¿Quién puede confirmar, o qué se precisa para ello? De nuevo acudimos al ejemplo del apóstol, pues aquí nos muestra que en su vida de servicio a Dios en espíritu él tenía conciencia de un cierto grado de poder interior. Y hablo no solamente de conocimiento intelectual o doctrinal, sino también del poder interior que lo acompaña cuando la vida va siendo ajustada y conformada a dicho conocimiento. El conocimiento doctrinal y teórico es necesario, y sin él no podemos ser confirmados ni podemos confirmar a otros; pero no es suficiente, pues se precisa del poder de Dios en la vida, que se nos concede cuando nos esforzamos en la obediencia. Necesitamos conocimiento para no descansar en un falso evangelio ni proclamarlo; pero sin una vida de obediencia y sin amor por los hermanos o las personas, como dice el propio Pablo, este conocimiento solamente sirve para envanecer: ***El conocimiento envanece, pero el amor edifica*** (1 Co 8:1). ***El amor no se envanece, ni busca lo suyo*** y, sin ***amor***, aunque se entendieran ***todos los misterios y toda la ciencia***, nada somos, ni sirve para nada lo que hagamos (1 Co 13:1-3).

Pablo deseaba ver a aquellos hermanos porque los amaba, pero —según dice— porque también tenía ***algún don espiritual*** que comunicarles, porque sabía que podía beneficiarlos, porque era consciente de ese poder en él, tal como lo expresa en otros lugares (cf. 1 Co 2:4; Col 1:28-29; 1 Ts 1:5).

Y esto, la necesidad del conocimiento de Dios y del poder que provienen de Dios, que debería ser obvio y aceptado por todos los cristianos, es, precisamente, lo que olvidan muchos que, en el día de hoy, intentan evangelizar y confirmar a otras personas. La Iglesia necesita aprender esto; todos necesitáis aprender esto; y yo necesito también aprender esto. El Señor Jesucristo, antes de su ascensión, llamó a sus discípulos y les dijo: ***Quedaos vosotros en***

la ciudad de Jerusalén hasta que seáis investidos de poder desde lo alto (Lc 24:49). Y otra vez: *Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra* (Hch 1:8). Nadie puede ser testigo del Señor sin poder, y aquellos discípulos esperaron hasta que pudo decirse de ellos: *Con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús, y abundante gracia era sobre todos ellos* (Hch 4:33).

Esto es de lo que Pablo estaba hablando, y esta era la conciencia que tenía. Esto es lo que se ha observado en cada avivamiento a lo largo de la historia, y aunque en última instancia el avivamiento y la conversión de las personas dependen de Dios, todos los que nos llamamos cristianos tenemos una gran responsabilidad en cuanto a formarnos y capacitarnos, así como en cuanto a practicar la obediencia más estricta para que Dios nos llene de su poder.

Fue la *autoridad* en sus palabras y en su vida lo que las personas destacaron en nuestro Señor (Mt 7:28-29; Mr 1:22,27; etc.), y es esa autoridad, o la falta de ella, la que otros observarán cuando hablemos o, simplemente, por nuestro modo de vivir. Es la autoridad y el poder del Espíritu Santo lo que necesita cada predicador, lo que yo necesito, y lo que todos los cristianos necesitamos.

Sin este poder seremos abogados de Cristo, pero no testigos, y hemos sido llamados a ser testigos en todos los lugares donde nos movemos cada día. Este poder está disponible para todos y, sin él, las palabras no servirán para nada y no podremos confirmar a nadie.

Así que, en resumen, todos estamos llamados a ser confirmados, y todos lo estamos también para confirmar a otros con conocimiento, amor y poder de Dios.

Y dice el apóstol que basaba la confirmación de aquellos hermanos en algo que iba a darles: ***Deseo veros para comunicaros algún don espiritual.*** ¿Qué quiere decir con esto?; ¿qué pedía a Dios que le permitiera hacer cuando viera a sus hermanos?

Algunos han dicho que el apóstol habla aquí de un poder para dar a las personas el Espíritu Santo, es decir, que comunicar un don espiritual es para ellos lo mismo que comunicar el don del Espíritu Santo. Es cierto que el apóstol tuvo este don, y en el libro de Hechos de los Apóstoles lo vemos, no solamente a él sino también a otros, imponiendo sus manos a algunas personas que recibían el don del Espíritu Santo (cf. Hch 19:1-6; 8:17; 9:17). Pero no es de esto de lo que aquí está hablando.

Esta forma equivocada de entender lo que se dice ha dado lugar a que también, en el día de hoy, haya muchos supuestos cristianos que reclaman este poder para ellos mismos, y que andan por ahí imponiendo las manos a los ingenuos y dándoles, según ellos, al Espíritu Santo. Unidos a estos se encuentran también aquellos que hablan de haber recibido un mal entendido bautismo del Espíritu Santo que los faculta para darlo como don. Pero Pablo aquí no puede estar hablando del Espíritu Santo, porque el don espiritual tenía por objeto confirmarlos, y no dice que fuera para que comenzaran sus vidas cristianas o tuvieran una experiencia especial.

Por otra parte, hay otros que dicen que el apóstol habla aquí pensando en la diversidad de dones espirituales que aparecen en distintos pasajes de la Escritura, tales como el de sabiduría, el de hacer milagros, el de lenguas, el de profecía, etc. Y dicen que el apóstol está indicando que cuando viniera a los cristianos en Roma, podría, con su poder, darles algunos de estos dones particulares. De nuevo hemos de decir que esto es falso, pues la Escritura deja claro que estos dones son dados ***por el mismo Espíritu Santo*** de una forma soberana, ***como él quiere*** (1 Co 12:8-11). Por tanto, Pablo no podía hacer esto, y si conocemos su pri-

mera carta a los Corintios sabremos que en ella se habla de la posesión de muchos de estos dones por parte de los cristianos, los cuales, en vez de confirmarlos, estaban precisamente haciendo lo contrario, a saber: los estaban haciendo orgullosos, envidiosos y celosos.

Por tanto, estos dones espirituales no son para confirmar a las personas; son evidencias del poder del Espíritu Santo, pero pueden tenerse y las personas ser muy carnales con ellos, hasta el punto de permitir, como aquellos cristianos de Corinto, graves pecados en la Iglesia.

Entonces, ¿qué quería hacer Pablo?; ¿qué significa comunicar algún don espiritual? Creo que la respuesta es fácil si tenemos en cuenta lo que hemos dicho que implica la confirmación: Pablo quería, por medio de la enseñanza directa, igual que ahora estaba haciendo por carta, edificar y fortalecer a aquellos hermanos. Pablo se refiere al contacto directo de cada día, a todo lo que podía enseñarles cuando estuviera presente con ellos. Por eso recuerdo que esta carta y todas las otras cartas, no son sino una sinopsis, un pequeño resumen, de lo que Pablo y los otros escritores querían y necesitaban explicar a los cristianos. El apóstol hubiera necesitado cientos o miles de horas para explicar con detenimiento lo que escribe aquí, y por eso es tan necesario que nos detengamos en las cosas y vayamos lentamente. Las cartas son un resumen, y es nuestro deber y nuestro trabajo ampliarlo, extenderlo, explicarlo y captar toda la verdad de ellas.

Dicho sea de paso: ¿cuántas horas estaríamos dispuestos a invertir por estar cerca de un apóstol que nos enseñara?; ¿cuánto sacrificaríamos para ello?; ¿cuánto desearíamos ese contacto directo?

Podemos recordar lo que hizo Pablo durante *dos años* en Éfeso, *en la escuela de uno llamado Tiranno* (Hch 19:9-10). Allí hablaba durante horas, y así día tras día, y esto era lo que quería

hacer también en Roma. El don espiritual que quería impartir a aquellos cristianos era abrirles las doctrinas, enseñarlos, instruirlos, porque es por medio de la verdad como nuestras vidas son santificadas. Así lo dejó dicho nuestro Señor Jesucristo: ***Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad*** (Jn 17:17).

Pablo dijo a los ancianos de la iglesia en Éfeso: ***Y ahora, hermanos, os encomiendo a Dios, y a la palabra de su gracia, que tiene poder para sobreedificaros y daros herencia con todos los santificados*** (Hch 20:32). Es la Palabra de Dios, ***la palabra de su gracia***, la única que puede hacer esto. Ninguna otra cosa puede edificarnos. Ninguna otra cosa ha sido establecida para ello. Algunas denominaciones cristianas quieren edificar a sus fieles mediante las imágenes y el culto a las mismas, y otras, entre las cuales se encuentran muchas que se llaman evangélicas, quieren edificar mediante el entretenimiento. Y repito, hermanos, no es entretenimiento lo que necesitan los cristianos, no es entretenimiento lo que necesitamos, sino la verdad de la Palabra, el conocimiento, las doctrinas que son la base de nuestra fe, pues, *cuando nos apropiamos de ellas*, nos mantenemos estables y estamos confiados, al tiempo que podemos ver los errores y herejías que muchos intentan hacer pasar por evangelio.

Quizá nunca como en el día de hoy esta estabilidad y firmeza hayan sido más necesarias, con tantos cultos y falsas enseñanzas, con tantas cosas que parecen buenas en la superficie, pero que son engaños del diablo. Y el único modo para detectar y conocer estos errores es que conozcamos nuestra propia posición bíblica y estemos cimentados y arraigados en ella.

Hermanos, no hay atajos en la vida espiritual. El conocimiento doctrinal es algo que precisa tiempo, pero tiempo verdaderamente invertido, y no solo es cuestión de que hayan pasado años en los que decimos que somos cristianos evangélicos. Las Escrituras han de estudiarse con detalle, y no podemos correr a través de las car-

tas como si las cosas no tuvieran importancia. Solamente el estudio profundo y exhaustivo de la Palabra es lo que puede darnos verdadera estabilidad, y estas eran las cosas que el apóstol deseaba mostrar a aquellos hermanos que estaban en Roma.

Hemos de dedicar tiempo para crecer en el conocimiento, para que no seamos destruidos por la falta de este (*cf.* Os 4:6), para conocer las grandes doctrinas, pero también para vivir de acuerdo con ellas y experimentarlas. Pablo quería ir a Roma para darles a los creyentes estas cosas tan necesarias en sus vidas, y por ello oraba, hacía planes, y tenía intensos deseos.

Repito, hermanos: necesitamos profundizar, crecer, pero al mismo tiempo hemos de ir doblegando nuestra voluntad a cada cosa que descubrimos en la Palabra, pues si nos negamos a esto, Dios impedirá que profundicemos o crezcamos. El evangelio no es para divertirnos ni para pasarlo bien, sino para conocerlo y vivir conforme a él. Y en el evangelio se incluyen también nuestras oraciones, en las que debemos crecer.

3. EXHORTACIONES FINALES

Necesitamos ser establecidos en cada parte de nuestras vidas, hermanos. Necesitamos tener mentes fortalecidas llenas de conocimiento doctrinal. Necesitamos corazones fortalecidos para no dejarnos llevar por la codicia u otros pecados. Necesitamos también ser fortalecidos en nuestros sentimientos, en nuestras emociones, para no dejarnos gobernar por ellos. Necesitamos fortalecer nuestras voluntades, ajustándolas cada vez más a la voluntad de Dios. Y necesitamos, por encima de todo, un mayor conocimiento de Dios, que solo se adquiere cuando nuestro empeño es obedecerle y glorificarle. En definitiva, es nuestra persona completa la que necesita ser establecida y confirmada, y Pablo deseaba ir a Roma para contribuir a ello en sus hermanos.

Y para esta confirmación, en la que, como hemos visto, no faltará la lucha, hemos de usar armas, como el apóstol nos indica; pero no *carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas* (2 Co 10:4). Y necesitamos estar pertrechados con todas ellas, con *toda la armadura de Dios* (Ef 6:10-18). Nuestros enemigos no son débiles, y necesitamos tener nuestras armas en buen estado, pero esto solo se consigue dedicando tiempo para afilarlas espiritualmente. No fueron la onda y la piedra las que dieron la victoria a David sobre Goliat, sino su fe en el Señor de los ejércitos.

La única manera de estar firmes es cuando crecemos en la confianza en Dios nuestro Padre y en su Palabra, de modo que, ante todo y ante todos, podamos decir, como nuestro Señor Jesucristo, *escrito está*. La única espada que sirve en esta lucha contra Satanás y contra los falsos maestros y falsos hermanos es la de doble filo, la del Espíritu, la de la Palabra de Dios (*cf.* Is 8:20). Así, cuando seamos tentados a la impureza, podremos decir: *Escrito está: Sed santos porque yo soy santo* (1 P 1:16). Cuando lo seamos a dudar de la providencia y del amor de Dios, podremos decir: *Escrito está: Nada falta a los que le temen* (Sal 34:9). Cuando dudemos de nuestro destino eterno, debemos decir: *Escrito está: Gracia y gloria dará Jehová. No quitará el bien a los que andan en integridad* (Sal 84:11). Cuando creamos desmayar, debemos clamar: *Escrito está: Proseguirá el justo su camino, y el limpio de manos aumentará la fuerza* (Job 17:9).

Y así, hermanos, *escrito está: Y haré con ellos pacto eterno, que no me volveré atrás de hacerles bien, y pondré mi temor en el corazón de ellos, para que no se aparten de mí* (Jer 32:40). Y *escrito está* para cuando pequemos: *Él volverá a tener misericordia de nosotros; sepultará nuestras iniquidades, y echará en lo profundo del mar todos nuestros pecados* (Miq 7:19). Y *escrito está: Los montes se moverán, y los collados temblarán, pero no se apartará de ti mi misericordia, ni el pacto de mi paz se que-*

brantará, dijo Jehová, el que tiene misericordia de ti (Is 54:10). *Y escrito está: ¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz, para dejar de compadecerse del hijo de su vientre? Aunque olvide ella, yo nunca me olvidaré de ti* (Is 49:15).

Necesitamos ser confirmados, hermanos, y necesitamos mantenernos vigilantes, en oración, y con humildad, andando según la regla de Dios que encontramos en su Palabra. Cuando la desechemos, Dios nos desecha a nosotros, y cuando nos esforzamos en guardarla, Dios también nos guarda, pues *escrito está: Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra* (Ap 3:10). *Y escrito está: Todas las promesas de Dios son en él Sí, y en él Amén* (2 Co 1:20).

La Palabra, hermanos, es la base de nuestras vidas, y si la tenemos en poco, en poco para escudriñarla o en poco para obedecerla, estaremos contristando al Espíritu Santo de Dios de cuyo poder dependemos. Por eso, hermanos, no te importe si entristeces a alguien si con ello no entristeces al Espíritu Santo. Busca en la Palabra y con su ayuda más sabiduría celestial, haz todo lo posible por ser lleno de él, y dedícale a él y a la Palabra mucho más tiempo que a llenar tu cabeza o corazón con otras muchas cosas.

Todos necesitamos crecer, hermanos, y ser confirmados para nuestro propio bien, y debemos tomar conciencia de estas cosas considerando seriamente nuestra responsabilidad, acudiendo a Dios para que nos fortalezca cuando, una vez que lo intentamos, nos damos cuenta de nuestra propia debilidad. No es entretenimiento, sino Palabra y vida.

Hace ya muchos años que Spurgeon escribió un artículo titulado: «*Alimentando a las ovejas o entreteniendo a las cabras*». Lo transcribo casi completo por su actualidad en el día de hoy. En él decía:

Hay un mal residiendo en el campo del Señor; tan grotesco en su desfachatez que hasta el más despistado no puede dejar de notarlo. Desde hace algunos años este mal se ha desatado a una velocidad anormal y ha traído consigo oprobio tras oprobio; y su penetración ha sido como la de la levadura leudando toda la masa.

Raras veces ha hecho el diablo algo tan sutil como convencer a la Iglesia de que parte de su misión es proveer entretenimiento a la gente con el fin de ganarlos para Cristo. Con esa filosofía, la Iglesia ha dejado de lado la predicación bíblica de los puritanos y ha ido progresivamente rebajando su testimonio hasta ponerse a coquetear con las frivolidades de la época, excusándolas y tolerándolas, hasta que finalmente ha terminado adoptándolas, alegando que lo hace para alcanzar a las masas.

Mi protesta contra esto es que entretener a la gente en la Iglesia es algo de lo cual no se habla nada en las Escrituras. Si esto es parte de la obra de Dios, ¿por qué Cristo no habla nada de ello? Él dijo: «Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura». Esto es suficientemente claro. También habría sido claro si él hubiese dicho: «...y provéanle diversión a quienes no les guste el evangelio». Pero en la Biblia no hallamos ni una sola palabra al respecto. El Señor no parece haber pensado en eso. También leemos: «Y él mismo constituyó a algunos apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros». ¿Dónde están los que entretienen aquí? El Espíritu Santo calla con respecto a ellos. ¿Por qué fueron perseguidos los profetas?; ¿por entretener a la gente o por negarse a hacerlo? Las orquestas no tienen listas de mártires.

Igualmente, proveer entretenimiento está en antagonismo directo con la vida de Cristo y de sus apóstoles. ¿Cuál fue la actitud de la Iglesia hacia el mundo? El Señor dijo: «Vosotros sois la sal de la tierra»; no dijo que somos caramelos, algo que el mundo saborearía; él dijo: «Vosotros sois sal», y eso es algo que el mundo

esque, no lo tolera. Cuando el Señor dijo clara y brevemente: «Deja que los muertos entierren a sus muertos», estaba hablando de una terrible dedicación.

Si Cristo hubiese introducido elementos más animados y placenteros en su misión, habría sido más popular. Yo no leo que haya dicho: «Pedro, corre detrás de la gente y diles que mañana vamos a tener un diferente estilo de servicio, que va a ser corto y atractivo, con poca predicación, que vamos a tener una noche agradable para la gente. Diles que lo van a disfrutar. ¡Apresúrate Pedro, tenemos que alcanzar a la gente como sea!».

Jesús se compadeció de los pecadores, suspiró y lloró por ellos, pero nunca buscó entretenerlos. Sería en vano examinar las epístolas buscando algún indicio de entretenimiento evangélico. El mensaje es: «Venid, arrepentíos, limpiad vuestros pecados». Cualquier cosa que parezca trivialidad brilla por su ausencia. Los apóstoles tenían una confianza ilimitada en el evangelio y no empleaban ninguna otra arma más que esa.

Después de que Pedro y Juan fueron apresados por predicar, la iglesia tuvo un servicio de oración, y ellos no oraron: «Señor, concede a tus siervos que con sabiduría y discernimiento hagamos uso de un entretenimiento inocente para mostrarle a la gente cuán felices somos contigo». Ellos no cesaban de predicar a Cristo y no tenían tiempo para estar organizando cultos entretenidos. Esparcidos por la persecución, iban por todas partes predicando el evangelio. Fue de esa manera como trastornaron el mundo entero. ¡Allí está la diferencia!

Y pide este hombre a Dios:

¡Señor, libra a tu Iglesia de toda la podredumbre y la basura que el diablo le ha arrojado! ¡Trae a tu Iglesia de vuelta a los métodos apostólicos!

Y sigue diciendo:

Finalmente, el método del entretenimiento no alcanza el fin deseado. Lo que produce es confusión, especialmente entre los recién convertidos [...]. El entretenimiento no produce conversiones bíblicas.

Y termina así:

La necesidad del momento para el ministerio es una fe llena de conocimiento unida a una intensa espiritualidad, brotando la una de la otra como el fruto brota de la raíz. Lo que necesitamos es la doctrina bíblica entendida y experimentada de tal manera que encienda en los hombres el poderoso fuego de la santidad del evangelio.

¡Que Dios nos ayude, hermanos, a entender estas cosas, a hacer todo lo posible para nuestra confirmación, y a glorificarle, entre otros muchos modos, con nuestra proclamación clara y precisa del evangelio, con nuestras oraciones que muestran lo que hay en nuestros corazones y, en definitiva, con su poder manifestado en nuestras propias vidas! ¡Que así sea! Amén.

ANEXO 1

Pequeño resumen del libro de Thomas Brooks que lleva por título: *Remedios preciosos contra las artimañas del diablo.*

En primer lugar, el diablo intentará hacernos pecar, de muchos modos, incluso abiertamente, tema este que aborda el apóstol en esta misma carta, en los capítulos 6,7 y 8. El diablo intentará convencernos de que, como ya somos cristianos y tenemos la salvación asegurada, el pecado no es tan aborrecible ni tan detestable

ante Dios, y nos dirá: **Cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia** (Ro 5:20). Es decir, intentará que le quitemos importancia al pecado, y nos dirá: «Es solo un poco de orgullo, o de maldad, o del carácter del mundo, o un poco de...». Si esto nos sucede, debemos recordar las consecuencias de comer un poco del fruto del árbol (cf. Gn cap. 3), de **recoger leña en día de reposo** (Nm 15:32-36), o de tocar el **arca de Dios** (2 S 6:6-7), y debemos saber que ceder a un pecado abre el camino para cometer otro más grande.

También puede presentarnos lo bueno del pecado, lo atractivo, y lo deseable, y nos ocultará la ira de Dios y la desgracia que nos alcanzará debido al mismo, pues está escrito: **Sabed que vuestro pecado os alcanzará** (Nm 32:23). Además, nos dirá: «Si Dios es el Padre de misericordia y se deleita en ella, y siempre está dispuesto a perdonar, ¿para qué tanta vigilancia?; ¿para qué tanta preocupación por el pecado?».

O puede presentarnos al pecado disfrazado de virtud, pues sabe que si lo dejara ver como tal, huiríamos de él. De este modo, puede llevarnos a esconder el orgullo bajo el manto del orden o la búsqueda de la gloria de Dios, la codicia, avaricia o el robo a Dios bajo la capa de la buena economía y administración, la lujuria bajo las cosas normales de la juventud, la pereza bajo el descanso merecido, y la falta de amor a Dios y a los hermanos bajo la alfombra del cuidado por los miembros de la familia carnal.

Otro modo de engañarnos es presentando ante nosotros los pecados de los mejores cristianos, al tiempo que nos ocultará sus virtudes, o su dolor y arrepentimiento ante ellos. «Si David adulteró, si Ezequías se enorgulleció, si Job fue impaciente, o si Pedro negó al Señor, ¿qué importa si tú cometes un pequeño pecado?». Pero no nos mostrará las lágrimas, los gemidos, la humillación y el arrepentimiento de ellos.

Además, puede incitarnos también a pensar que el arrepentimiento es algo fácil y que el apartarse del pecado se hace ligera-

mente, y no son pocas las almas esclavas de múltiples pecados que una vez pensaron que saldrían de ellos con facilidad pues con pedir perdón sería suficiente. El arrepentimiento no solamente implica aborrecimiento del pecado, sino de nosotros mismos por cometerlo (cf. Ez 20:43), vergüenza de nosotros mismos, y no son pocos los ejemplos en la Escritura de personas que dijeron arrepentirse o reconocieron haber pecado, pero que fueron a condenación.

Quizá al hablar de estos temas, hermanos, nos estemos dando cuenta de la necesidad que tenemos de ser formados y confirmados en este aspecto, pero la lista de las artimañas no ha hecho más que empezar.

El diablo puede hacernos pensar que podemos estar cerca del pecado sin caer, aunque la Palabra nos indica lo contrario (cf. 1 Ts 5:22). «Puedes estar cerca del borracho, aunque no te emborrachas; puedes jugar con Dalila o mirar la belleza de Jezabel, aunque no hagas lo malo con ninguna de las dos; puedes tocar el lingote de oro de Acán, aunque no lo robes...», y así un largo etcétera. Pero hemos de recordar que para no quemarnos habremos de estar lejos del fuego, y que no podemos pedir: ***No nos metas en tentación*** si nosotros mismos nos metemos. En este sentido hemos de cuidar mucho nuestras compañías, pues, por medio de ellas, podemos caer cada vez más.

También puede presentarnos la buena vida que disfrutaban los que andan en pecado, los que no se preocupan por estas cosas, y las cruces, los trabajos, las pérdidas o sufrimientos de los que verdaderamente están empeñados en vivir en santidad. Siempre hace esto, intentando que olvidemos que todas las cruces en el cristiano son para provecho y bendición. O intentará que miremos a los que son peores que nosotros para así excusarnos de nuestros pecados, como hizo con aquel fariseo que fue al templo a orar, diciendo que no era como los otros hombres.

La confirmación

En segundo lugar, si Satanás no nos hace pecar, intentará evitar que cumplamos con nuestros deberes o servicios cristianos. Para ello nos presentará al mundo y sus cosas de tal forma que atraiga a nuestra alma y a nuestros deseos, haciéndonos olvidar que el mundo nos traiciona con sus besos, como hizo Judas, o nos besa para herirnos por la quinta costilla, como hizo Joab. Además, nos hará olvidar que las cosas del mundo consumen tiempo, esfuerzo y atención, estorbando así el servicio cristiano y la comunión con Dios y con su pueblo.

Otro modo es haciéndonos olvidar que el abandono del servicio a Dios sí que acarrea peligros espirituales y eternos al cristiano. O también intentará hacernos ver las dificultades para dicho servicio: dificultades para orar, para andar correctamente, para tener comunión con los hermanos como es debido... Y como es difícil, nos insinuará que lo mejor es dejarlo.

Y si no consigue nada con esto, puede que nos presente el pequeño número de cristianos que hay empeñados verdaderamente en serlo, o las burlas de la mayoría de la gente hacia ellos, o puede que nos ocupe tanto con nuestras actividades que no tengamos tiempo para otras cosas, aunque sigamos pensando que todas ellas son para la gloria de Dios.

En tercer lugar, también debemos saber que Satanás usa diversas artimañas para mantenernos en un estado triste, incómodo, o lleno de dudas. Aunque sabe que nunca podrá quitarnos la salvación, su malicia le llevará a intentar robarnos el consuelo y la paz, a intentar hacernos desgraciados, y a procurar que siempre estemos llorando, suspirando, quejándonos o dudando de muchas cosas.

A veces nos llevará a pensar y a centrarnos más en los pecados que en el Salvador, haciéndonos olvidar que, si somos cristianos, ya no obedecemos al pecado voluntariamente y que, cuando caemos, lo hacemos de mala gana. En otras ocasiones intentará llenar-

nos de dudas sobre nuestra fe, sobre el amor de Dios hacia nosotros, sobre el perdón de los pecados que se nos ha concedido, etc., haciendo que olvidemos que no estamos muertos, y que, aunque caemos, somos hijos de la gracia. O en otras nos llevará a sacar conclusiones erróneas sobre la providencia de Dios en nosotros, mostrándonos que va en contra de nuestros deseos, nuestras esperanzas, nuestras oraciones, nuestras lágrimas o nuestros esfuerzos.

Y así podemos seguir con otras muchas de sus estratagemas. A veces, si no nos hace caer con lo anterior, nos sugerirá que nuestras virtudes son falsas, que nuestra fe es una simple ilusión, que nuestras buenas obras son pocas en comparación con otros que nunca creyeron, etc. O, por el contrario, intentará convencer a los falsos cristianos de que sus virtudes son verdaderas, cuando en realidad son falsas. También puede sugerirnos cuando, por algún motivo perdemos el gozo, que en realidad nunca fuimos cristianos y que hemos estado engañándonos a nosotros mismos, o nos mostrará nuestras caídas, sobre todo si nos hemos esforzado contra ellas en lucha, oración y lágrimas.

Y nos faltaría tiempo para hablar de lo que hace para distanciarnos como cristianos, para dividirnos con celos y amarguras, intentando que terminemos *mordiéndonos y comiéndonos unos a otros* (Gá 5:15). O lo que hace para que nos conformemos con la ignorancia y despreciemos el conocimiento, o para que, al contrario, estemos abrumados por nuestra falta de preparación, etc., etc.

No debemos seguir con esto, pero creo que hemos enumerado razones suficientes para que pensemos en la seriedad del tema y en la necesidad que tenemos de ser confirmados en este aspecto. Por eso Pablo escribe en otra de sus cartas: ***Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros*** (Gá 4:19).

Si queréis, podéis hacer un ejercicio, dedicando tiempo y anotando por escrito todas aquellas cosas que vosotros mismos haríais

para estorbar o impedir de algún modo la obra de Dios en vosotros mismos o con los hermanos. Veréis todo lo que os sale, y podréis ver también, con seguridad, muchas de las formas en que caéis bajo las maquinaciones de Satanás.

ANEXO 2

Hay un pasaje en la segunda carta del apóstol Pedro que dice: ***Creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo*** (2 P 3:18), y esto es ser confirmados. Pero es de resaltar que esta exhortación viene a continuación de unos versículos que hablan de aquellos que tuercen ***las Escrituras para su propia perdición*** y ante los que el apóstol advierte: ***Vosotros, oh amados, sabiéndolo de antemano, guardaos, no sea que arrastrados por el error de los inicuos, caigáis de vuestra firmeza.***

En forma resumida diremos algunas características de los falsos maestros, que han existido siempre como embajadores de Satanás para engañar, confundir y arruinar, y de los cuales se advierte tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento (cf. Jer 23:13; Miq 3:5; Mt 7:15; Fil 3:2).

La primera es que hablan más para agradar a la gente que para provecho del corazón, y tratan las cosas santas con ligereza y frivolidad, en lugar de hacerlo con temor y reverencia (cf. Is 30:9-11; Jer 5:30-31).

La segunda es que echan por tierra los nombres y las reputaciones de otros hermanos fieles de Cristo, tal como hicieron ***Coré, Datán y Abiram*** con Moisés y Aarón (Nm 16:1-3), los profetas de Acab con Micaías (cf. 1 R 22:11-25), muchos con el propio apóstol Pablo (cf. Hch 21:27-28), o los fariseos con el propio Señor Jesucristo (cf. Jn 8:48,52).

La tercera, también común en los falsos maestros, es que propagan las ideas y las visiones salidas de sus propias cabezas y co-

razones, diciendo cosas tales como: «El Señor me dijo, el Señor me mostró, etc.» (cf. Jer 14:14-15; 23:16-17).

La cuarta, también frecuente en ellos, es que dejan de lado los aspectos más importantes del cristianismo para concentrarse en las cosas de menor peso para las almas de los hombres (1 Ti 1:5-7; 6:3-5). También de ellos habló el Señor, y dijo: **¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque diezmaís la menta y el eneldo y el comino, y dejáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe** (Mt 23:23).

Estos falsos maestros siempre están luchando para convencer a los demás de sus opiniones, pero se preocupan muy poco en mejorar sus propias vidas y comportamientos, así como los corazones de sus oyentes.

Finalmente, la quinta que indicamos, como nos dice Pedro, es que los falsos maestros hacen **mercadería** con sus seguidores (2 P 2:1-3), es decir, tienen más consideración por los bienes que por las almas, y les importa más servirse a sí mismos que servir a los demás (cf. Mt 23:14).

No tenemos tiempo para seguir, pero os invito a que leáis con detenimiento todas las cartas del Nuevo Testamento, pues en todas ellas se tratan estos temas, y eran cartas escritas a cristianos y a iglesias que ya llevaban en el camino un tiempo más o menos prolongado.

12

HUMILDAD Y COMUNIÓN

Romanos 1:8-12

Lectura introductoria: Mateo 11:28-30

Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga.

En el versículo final de la oración que nos ocupa encontramos otros dos aspectos cruciales en la vida cristiana, de los cuales todos estamos faltos, por los cuales debemos orar a Dios, y sin los cuales nuestras oraciones no serán oídas. Estos son los de la humildad y la comunión con los hermanos, aspectos que, de forma implícita, vemos aquí en el propio Pablo que escribe, y que están íntimamente relacionados con la vida de oración.

De nuevo nos encontramos con dos asuntos muy amplios (del segundo de los cuales ya hablamos algo al comentar el **versículo 8**), por lo que solo se expondrán algunas ideas relativas a los mismos que debemos enfocar en relación con nuestras vidas de oración.

Procedemos, pues, a leer la Palabra y, tras nuestra oración a Dios para que con su gracia sobre ella nos *perfeccione, afirme, fortalezca y establezca* (1 P 5:10), comenzaremos con su exposición.

Primeramente doy gracias a mi Dios mediante Jesucristo con respecto a todos vosotros, de que vuestra fe se divulga por todo el mundo. Porque testigo me es Dios, a quien sirvo en mi espíritu en el evangelio de su Hijo, de que sin cesar hago mención de vosotros siempre en mis oraciones, rogando que de alguna manera tenga al fin, por la voluntad de Dios, un próspero viaje para ir a vosotros. Porque deseo veros, para comunicaros algún don espiritual, a fin de que seáis confirmados; esto es, para ser mutuamente confortados por la fe que nos es común a vosotros y a mí (Ro 1:8-12).

Oración personal a Dios.

1. INTRODUCCIÓN Y SIGNIFICADO

En el **versículo 11**, que ya hemos comentado, el apóstol ha mostrado su deseo de ver a los hermanos para comunicarles *algún don espiritual*, para confirmarlos, pero sabe que eso que dice podía ocasionar alguna ofensa en los creyentes débiles al pensar que los podía estar menospreciando. También puede sucedernos a nosotros, no porque seamos orgullosos y nos creamos superiores, sino porque otras personas pueden pensar que nosotros nos consideramos así. Por eso hemos de notar el fino tacto de Pablo y la belleza conciliadora al hablar ahora lo que se recoge en este **versículo 12**, pues él también admite, aunque es apóstol, que puede ser confortado por aquellos otros hermanos de la iglesia en Roma.

Pero no solo hemos de ver esto como una sabiduría política del apóstol o como una demostración de su diplomacia. Todo esto es cierto en él —tenía una gran sabiduría espiritual—, pero también es cierto que era muy sincero al expresar lo que dice, lo cual nos muestra otra faceta de este hombre, importante también para todos los cristianos, como es la *humildad*. Es *apóstol*, sí, un gran após-

tol, *siervo de Jesucristo y apartado para el evangelio de Dios* (v. 1), pero no considera innecesaria la *comunión* con sus hermanos porque sabe que de ella recibirá también beneficios para su vida, y sabe que, como miembros del cuerpo de Cristo, todos nos necesitamos.

Necesitamos un gran tacto para tratarnos los unos a los otros, pero lo que hablemos debe ser cierto y genuino. No podemos mentir para quedar bien expresando lo contrario de lo que llevamos en nuestros corazones. Pablo deseaba verlos para darles y mostrarles, como discípulos amados, alguna cosa, pero Pablo emplea la voz pasiva: *Seáis confirmados* (no que «yo os pueda confirmar»), y dice: *Para ser mutuamente confortados*, indicando así que es el propio Señor el que hará la obra en todos ellos, en él y en sus hermanos, cuando estén juntos. ¿Nos damos cuenta, entonces, de la importancia de la comunión entre los hermanos? (cf. Sal 133). No debemos perder esto de vista en nuestras relaciones mutuas (cf. Pr 11:25).

¿Y cuál es el significado de la palabra *confortados*? ¿tiene que ver solo con lo que hoy conocemos como confort? En griego, *mutuamente confortados* es la palabra compuesta *sumparakletenai*; en ella, el prefijo *sum* significa mutuamente, juntamente, unos para con otros, y *parakletenai* es una forma verbal de una de las varias palabras que se traducen como confortar o consolar. Así, la tenemos en Colosenses 4:8 y 2 Tesalonicenses 2:17, de modo que las distintas versiones la traducen como *animar*, *alentar*, *confortar*, o *consolar* y, en todos los casos, no hace referencia a algo externo, sino a los corazones. Y, si nos fijamos, es de la misma raíz que *Parakletos*, con la que se designa al Espíritu Santo (Jn 14:16; 16:7).

Por tanto, Pablo está diciendo aquí que habrá cuando los visite algo que será beneficioso para todos, para los cristianos en Roma y para él mismo, algo similar a lo que se recibe del Espíritu Santo,

algo que tiene que ver con el ánimo, el consuelo, el aliento, y también con el confort mutuos. De hecho, en nuestra versión no aparece, pero después de *mutuamente confortados* se refuerza la expresión con dos palabras que se traducen como «con vosotros, en vosotros, entre vosotros, con ustedes, en ustedes, etc.». En Romanos 15:32 el apóstol usa otra palabra que complementa a la anterior, y que también denota el beneficio mutuo de su anhelada visita.

Fijémonos también que Pablo no dice que aquellos hermanos de Roma fueran a confirmarlo a él; esto era algo que él iba a hacer con ellos, pero sí dice que ellos iban a confortarlo. Y son palabras distintas. Para entenderlo podemos pensar en un padre con un hijo pequeño: el padre aconseja, da, confirma, edifica a su hijo, y también lo consuela, mientras que el hijo da a su padre de otro modo, y lo conforta, consuela, y anima con su crecimiento y su buena conducta y buen hacer. Este es el sentido.

Ahora, una vez aclarado el significado de la palabra, podemos proceder a meditar brevemente en los dos aspectos, mencionados antes, que deben aparecer en las vidas de los cristianos resucitados con Cristo.

2. LA HUMILDAD

Comenzamos con la humildad, y para ello resaltamos las dos pequeñas palabras con las que empieza el versículo, que son: *Esto es*. Pablo, en el versículo anterior, acaba de hacer una declaración acerca de sus intenciones, y después dice: ... *Esto es*. Y es como si dijera: «No quiero que me entendáis mal, no quiero que creáis que me estoy colocando en un pedestal, pues, aunque quiero ir a vosotros para comunicaros algún don espiritual y para que seáis confirmados, también quiero hacerlo porque necesito de vuestro aliento y estímulo, y sé que todos saldremos beneficiados». Y de este modo, de

nuevo, aunque no explícitamente, nos está mostrando una gran doctrina si tenemos ojos para verla. No es cuestión de educación lo que lleva al apóstol a escribir esto, y cuando habla de vida práctica cristiana, una vez más vemos que la doctrina sale por todas partes.

Una traducción alternativa del pasaje podría ser esta: ***Esto es, para que podamos ser mutuamente animados cada uno por la fe de los otros, vosotros y yo.*** Pablo quiere dejar claro que no está diciendo: «Yo soy un gran hombre, un apóstol, y vosotros sois miembros ordinarios de una iglesia a los que, por tanto, tengo mucho que dar». «No es esto —dice Pablo—; no quiero que se me malentienda; no es este el espíritu con que oro a Dios y os estoy escribiendo, pues aunque quiero animaros, yo también lo seré por vosotros». Así pues, Pablo quiere que aquellos sepan que también pueden darle mucho a él, y que habrá un intercambio mutuo de bendición para todos.

La doctrina que está presentando, y de la que ahora diremos algo, no es otra más que la de la comunión de los santos, y en este caso es interesante destacar el aspecto que considera: el estímulo y el aliento mutuos que obtienen todos los santos cuando se reúnen en comunión, estímulo y aliento que afectarán a toda la personalidad, pues esto es lo que indica la palabra *sumparakletenai*: a la mente, al corazón, a los sentimientos, a la voluntad, y también a la fe. Esto es lo que está diciendo Pablo, y esto es algo que muchos cristianos olvidan: la comunión proporciona fortaleza y ánimo, y cuanto más solos queramos correr nuestra carrera cristiana, menos aliento y fuerza tendremos para ello.

Repito, pues, que un gran apóstol, Pablo en este caso, mira hacia adelante, a los momentos que desea pasar con estos cristianos de Roma, y sabe muy bien que, como consecuencia de su relación con ellos, su corazón será inflamado y él será estimulado para seguir adelante con su trabajo. Y si esto era necesario para Pablo, ¿no lo será para todos y cada uno de nosotros?

Hermanos, el orgullo tiene múltiples caras, y una de ellas es esta: no querer estar con los hermanos por considerar que no hace falta y que uno no se pierde nada. O lo digo de otro modo: una forma, aunque no la única evidentemente, de ver el crecimiento en tu vida cristiana, de ver tu propio crecimiento, es analizar cuánto deseas o no estar con tus hermanos y cuánto beneficio espiritual obtienes de la comunión con ellos.

Y como he dicho anteriormente, es importante darnos cuenta de que el apóstol está diciendo esto de forma sincera y genuina. No es cuestión de educación, de buenos modales o de modestia; no está diciendo lo que es políticamente correcto; no está usando palabras aceptables socialmente. Lo que dice es que, al igual que está seguro de su poder para comunicar algún don espiritual, también lo está del beneficio que obtendrá cuando visite a los cristianos en Roma. Y no hay contradicción entre ambas cosas, pues el apóstol siempre deja muy claro que no posee ningún poder propio, porque sea innato en sí mismo, sino que es el poder del Espíritu Santo en él, de modo que la misma fe que él tiene es también la fe de aquellos hermanos: ***La fe que nos es común a vosotros y a mí.*** Si era un gran hombre es porque fue ***llamado apóstol (v. 1)***, pero era un cristiano como los demás, que sabe que puede recibir de los demás, que necesita beneficiarse de los demás, y que puede tener verdadera comunión con los demás (1 Co 12:12-27).

O dicho de otro modo: como cristiano, el apóstol Pablo es exactamente lo mismo que los demás cristianos y, como tal, reconoce que su fe, igual que la de los demás, necesita ser fortalecida; y sabe que una forma de conseguir esto es por el ministerio mutuo. Por eso dice que aquellos le serán de bendición a él de igual modo que él lo será para ellos. Todos los creyentes están dotados de dones, y estos son dados para la edificación mutua (*cf.* 1 P 4:10), pero se precisa de una dosis de humildad para aceptar el beneficio de la comunión y del ministerio de otros. Por eso también el propio

apóstol escribe: ***Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo*** (Fil 2:3). Pablo es un apóstol, claro que sí, pero esto no supone diferencia como miembro del cuerpo de Cristo, uno como los demás. Como apóstol, tenía algo que impartir, pero como creyente tenía algo que recibir, y ambas cosas no deben separarse en su deseo de visitar a los hermanos.

Esto mismo podemos encontrarlo en muchos otros lugares de sus cartas. En la primera carta a los corintios, algunos estaban disputando acerca de la importancia de Pablo o de Apolos, y el apóstol escribe: ***Así que ni el que planta [el propio Pablo] es algo, ni el que riega [en este caso Apolos], sino Dios, que da el crecimiento*** (1 Co 3:6-7). De nuevo lo indica en el capítulo siguiente: ***Porque ¿quién te distingue? o ¿qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?*** (1 Co 4:7). Es la misma idea. Todos los dones han sido dados por Dios, y aunque algunos tengan muchos, todos los cristianos somos iguales y obtenemos bendición en la comunión con los hermanos.

En esto Pablo nos da ejemplo, porque si miramos los capítulos 11 y 12 de su segunda carta a los corintios podemos comprobar que, si alguna vez alguien ha tenido razón para estar orgulloso de sí mismo, era él. Si alguna vez un hombre ha tenido razón para «perder la cabeza» o para estar inflado pensando que era tan grande que no necesitaba estar con los hermanos, este era Pablo. Si algún cristiano hubiera podido andar por una senda solitaria, ese hubiera sido Pablo. En revelaciones, milagros, trabajos, sufrimientos, misiones, y en otros muchos aspectos de su vida, fue un hombre destacado. Pero aun así, escribe a los cristianos en Roma, muchos de ellos analfabetos y esclavos, diciéndoles que tiene gran deseo de verlos y estar con ellos para, entre otras cosas, oír lo que ellos tienen que decirle y ser fortalecido por ellos. Desea

oír sus experiencias; desea oír lo que han recibido del Señor y cómo el Señor los ha guardado y dirigido; desea estar con ellos porque sabe que serán un estímulo y un enriquecimiento para su propia vida.

¡Esto es un cuadro maravilloso de humildad de la que todos necesitamos aprender y crecer! ¿Quién cree que no necesita a sus hermanos? (cf. 1 Co 12:21). ¡Un apóstol los necesitaba! ¿Quién cree que no sirve para nada? (cf. 1 Co 12:22). ¡Cristianos humildes sirviendo de estímulo y bendición para un gran apóstol! Quizá solo con su hospitalidad o generosidad, quizá al mostrarle pequeños detalles de vida en el Espíritu, quizá al hablarle de alguna prueba o tentación superada. Y el apóstol sabía de esto, y sabía que lo necesitaba, y buscaba estar con ellos para eso, y oraba a Dios de corazón por ello, y lo ponía por testigo de que así era. ¿No debemos pensar en esto para que nuestras oraciones cambien?

3. LA COMUNIÓN

Como sabemos, la comunión de los santos implica numerosos aspectos de nuestras vidas cristianas, pero en relación con el pasaje que nos ocupa, solo mencionaremos algunos.

En primer lugar, podemos examinarnos y probarnos a nosotros mismos a la luz de lo que el apóstol nos dice aquí, y podemos preguntarnos: ¿cuál es la primera cosa que buscamos en los cristianos? En el caso del apóstol, es obvio que buscaba al Espíritu Santo que estaba en ellos, porque sabía que, si eran cristianos, lo habían recibido igual que él mismo. Esto era lo que buscaba el apóstol por todas partes adonde iba (cf. Hch 19:1-2), personas con el Espíritu Santo que mostraran sus frutos. No estaba interesado en la cultura de ellos, la erudición, la posición social, la nacionalidad, el color de la piel, o cualquier otra cosa que fuera de importancia en aquellos tiempos. Lo único que le importaba era saber si la persona era

un hermano con el Espíritu de Dios en él (*cf.* Ro 8:9), una persona con la que pudiera tener comunión porque estaba en Cristo, igual que él.

Esta es la primera cosa que le interesaba de las personas: buscaba la comunión que solo es posible por la presencia del Espíritu Santo, y todas las demás otras cosas que podían servir para atraer a la carne eran completamente irrelevantes. Y esto no es solo de Pablo, sino que es el espíritu de todo el Nuevo Testamento, el cual puede servir para comprobar nuestra fe cristiana. ¿Buscamos a los hermanos? Y si los buscamos, ¿qué buscamos en ellos?; ¿qué nos gusta encontrar y ver en los demás?; ¿qué es lo que ponemos en primer lugar?

En segundo lugar, podemos indicar que no solamente Pablo buscaba esto, sino que, cuando lo encontraba, se alegraba grandemente y se beneficiaba de ello. No importaba cuán sencillos o humildes fueran ciertos cristianos: Pablo quería estar con ellos, le gustaba, se inflamaba, y se estimulaba con ellos, y esta es, de nuevo, una característica del Nuevo Testamento que se ha repetido a lo largo de la historia cristiana. Lo hago a modo de pregunta: ¿nos gusta la compañía de todos los cristianos, de todos los verdaderos cristianos, o solo de una clase particular de ellos?; ¿deben ser inteligentes, o de un estatus especial, o con un comportamiento determinado, o con una posición social importante?; ¿qué cristianos entran en nuestras casas?, porque he conocido a algunos que vetan esa entrada a otros hermanos por considerarlos «poca cosa» para ellos. O podemos plantearlo de este modo: ¿qué prefieres: pasar horas con cristianos humildes o con personas elevadas y de posición?; ¿cuál es tu conducta en este sentido?

Esta también es una prueba importante: si tuvieras la oportunidad de visitar a los más grandes de la tierra en cualquier aspecto: políticos, gobernantes, deportistas, etc., ¿dejarías de hacerlo y te importaría poco con el fin de estar con cristianos humildes, que

han experimentado la gracia de Dios en sus corazones y que pueden hablar contigo acerca de las cosas del Espíritu y de sus experiencias? Este gran apóstol estaba entusiasmado esperando su estancia con aquellas humildes personas en Roma, porque sabía que ellos iban a enriquecerlo. Lo sabía de corazón.

En tercer lugar, y aunque no sea un aspecto particular de cada uno, podemos ver aquí con Pablo la naturaleza de la verdadera Iglesia de Cristo, la diferencia entre los apóstoles y los grandes líderes del cristianismo, y muchos modernos líderes en el día de hoy.

Cada cierto tiempo se elige al papa de la Iglesia católica romana, ¡pero qué contraste entre el apóstol Pablo y el papa! No dice Pablo que, cuando llegue a Roma, si ellos quieren tener una audiencia con él, que hagan una solicitud y esperen a que se les conceda. Nada de eso: él será uno como ellos, viviendo entre ellos, y deseando recibir de ellos. No dice que deseara visitarlos para darles una bendición desde lejos con sus manos abiertas, de modo que ellos pudieran irse a sus casas contentos de haberla recibido. Pablo no dice que es el vicario de Cristo en una forma excepcional y única, pues el único Vicario de Cristo en la tierra es el Espíritu Santo. Tampoco dice Pablo que lo consideren como un Santo Padre ni como el Sumo Pontífice, pues estos son títulos de la Divinidad que nadie puede apropiarse.

Aquí tenemos, pues, al mayor apóstol quizá entre todos, y lo vemos sencillo, manso y humilde, como el Señor al cual servía. No hay aquí nada de una idea piramidal de gobierno en la Iglesia: ***Esto es, para ser mutuamente confortados por la fe que nos es común a vosotros y a mí.*** No hay nada de papismo aquí, sino todo lo contrario, pues el papismo fue tomado del Imperio romano y no tiene nada que ver con el cristianismo. Cuando el emperador Constantino, que se hizo a sí mismo cristiano, dijo que su Imperio también había llegado ser cristiano, se produjo quizá el daño más grave a la Iglesia cristia-

na. Y cuando llegó a la propia Iglesia la idea de los príncipes, de los señores, y de los grandes hombres, a los que las personas normales solo pueden acercarse a distancia, y que están capacitados para dar bendiciones pero nunca las reciben de los demás, la llamada Iglesia cristiana se convirtió en sinagoga de Satanás.

Esto que decimos no es solamente enseñanza indirecta de Pablo, sino también muy directa de nuestro bendito Señor Jesucristo, quien nos muestra que la humildad y la comunión van juntas. Recordemos sus palabras: ***Entonces Jesús, llamándolos, dijo: Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos*** (Mt 20:25-28). Y no podemos olvidar que también se sirve orando por los demás.

También Pedro nos muestra la misma enseñanza en 1 Pedro 5:1-3. Ningún señorío sobre los demás, sino ejemplo, interesándonos por las personas, estando con ellas, ministrándolas, sufriendo con y por ellas, sacrificándonos por ellas, mezclándonos con ellas, orando por ellas, de igual modo que Pablo quería hacer con sus hermanos cristianos de la Iglesia en Roma. Y así sigue Pedro en los versículos 5 y 6 del pasaje mencionado.

Con esto no quiero decir que hayamos de quitar el principio de autoridad. La autoridad aparece y es reconocida en la Escritura, pero la única autoridad que debemos aceptar es la espiritual. No hay autoridad en un oficio; no hay autoridad porque alguien sea designado para ocupar un cargo. La autoridad es la presencia del Espíritu Santo en la persona, y este mismo Pablo que puede ser sencillo y humilde, también reprime severamente y puede decir: ***Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo*** (1 Co 11:1; Fil 3:17).

No hace falta incidir más en este punto, pero supuestas iglesias cristianas han cogido a los pastores, los han vestido de ciertas ropas, han exaltado su oficio, los han puesto incluso de espaldas al pueblo, los han hecho llamarlos «padre», y han creado un sacerdocio que no tiene nada que ver con el sacerdocio universal de todos los creyentes (cf. 1 P 2:9). Todo esto es contrario a lo que estamos leyendo en este versículo: Pablo no necesitó ser vestido con ropas especiales y se sentaba entre las personas humildes, aunque estas reconocían que tenía la autoridad y el poder del Espíritu Santo. No había peligro por mezclarse con los humildes; antes bien, sabía que saldría beneficiado.

¡Cuidémonos de esto, hermanos!, porque muchos tienen la tendencia a hacer una iglesia única, gigantesca y piramidal, donde haya poder y autoridad. Es Dios quien usa a las personas y las llena de su Espíritu Santo, de modo que una sola puede llegar a hacer una obra mucho mayor que la de una organizada y poderosa iglesia sin el Espíritu. Pablo se sentaba con esclavos y siervos, y hablaba con ellos, y decía: «Me ha sido bueno estar con ellos; estoy mejor por esta comunión que hemos podido tener juntos; mi corazón ha sido inflamado, y mi fe fortalecida».

Y, en cuarto lugar, hemos de observar la imagen de la Iglesia que se nos da como comunidad. Así hemos de entenderla. La Iglesia no es un lugar en el que un hombre hace cosas y nadie más hace cosas. La Iglesia no es un lugar en el que un hombre habla y los demás oyen. Esto es una parte del ministerio de la Iglesia, ciertamente una parte importante, pero hemos de saber todos que el bienestar, la permanencia, el fortalecimiento y la esencia de la Iglesia, así como de cada uno, estriba en que exista este intercambio mutuo del que Pablo nos habla, en el que, además de las oraciones, entran otras muchas cosas. «*Vuestra fe, y la mía* —dice Pablo—; **la fe que nos es común**. Yo daré, pero vosotros también daréis, en un recíproco dar y recibir, pues vuestra fe también es

muy importante para la vida de la Iglesia». Es lo mismo que indican otros apóstoles y puede leerse (cf. 2 P 1:1; 1 Jn 1:3; Judas 3). La fe es común, la salvación común, y la comunión en la que todos dan y todos reciben es necesaria para la Iglesia.

Pablo iba a ser fortalecido por la fe de aquellos, fe que se mostraba en su forma de vivir y en lo que hacían, fe que se divulgaba y era conocida, fe que se veía en las conversaciones, en el conocimiento, en la sabiduría, en las experiencias, etc. Porque ¿qué cosa hay que inflame más los corazones que escuchar a otros cristianos contarnos acerca de sus experiencias espirituales? No acerca de otras cosas o de chismorreos, sino de sus experiencias espirituales.

Para mí, personalmente, y también para mi esposa, es un gran tónico leer las vidas de los santos, los misioneros, o los grandes hombres y mujeres de Dios. Os recomiendo que lo hagáis, y que busquéis sus biografías con insistencia, pues allí se aprende acerca de Dios y de su proceder con las personas, acerca del amor de Cristo, al mismo tiempo que nos damos cuenta de nuestros defectos y pecados, y nuestros corazones serán inflamados para una mayor consagración. Estoy convencido que esta es una gran necesidad de todos los cristianos en el día de hoy, de tantos cristianos que se quejan por menudencias porque pierden de vista lo que son y al Dios en quien dicen creer.

También la fe, la humildad y la comunión se muestran por la oración de unos para con otros, como ya hemos visto en Pablo, y parece increíble que este gran hombre de Dios pudiera pedir a aquellos esclavos: ***Pero os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que me ayudéis orando por mí a Dios*** (Ro 15:30). Pablo necesitaba las oraciones de los cristianos en Roma, y las pedía, y esto forma parte de la vida de la Iglesia, pues la Iglesia es una comunidad. Por cierto, ¿a cuántos hermanos has pedido que oren por ti? Y si no lo haces, ¿cuál es la causa?; ¿no será que los estimas en poco?; ¿no será tu orgullo? Y

si lo haces, ¿cuáles son los motivos por los que pides esas oraciones? También vemos estas oraciones de otros por Pablo en 2 Corintios 1:9-11 o en Filipenses 1:19. Esta es ***la fe que nos es común a vosotros y a mí.***

En cuanto a mí que escribo estas letras, también os pido vuestras oraciones, como lo he pedido muchas veces a los hermanos de la iglesia en la que ministro. Necesito vuestras oraciones. ¡Orad por mí!, hermanos, para que Dios me ayude a mantenerme fiel como debo, porque el día que dejéis de hacerlo o yo deje de pedirlos, mi caída estará próxima. Y en cuanto a vosotros, espero que oréis los unos por los otros, pero pedid personalmente esas oraciones los unos a los otros, porque haciéndolo mortificaréis vuestro orgullo, creceréis en humildad y fortaleceréis la comunión. Esta es ***la fe que nos es común a vosotros y a mí.***

Podemos terminar con una aplicación. Uno de los mayores peligros que tenemos como cristianos es pensar en términos individuales, o en términos de movimientos y agrupaciones, en lugar de pensar en iglesias. En el Nuevo Testamento aparecen iglesias, y en las iglesias hay que vivir en comunidad, dando y recibiendo con humildad. Es mucho más fácil y apetecible para la carne estar haciendo cosas solos o participando en organizaciones y movimientos, porque allí, en realidad, hay poco compromiso. Pero en la Iglesia no puede haber espectadores, pues no nos salva el Señor para venir a sentarnos y dejar que otros hagan las cosas. La Iglesia, el cristianismo verdadero, es aquel que muestra un intercambio mutuo de experiencias, de pensamientos, de conocimientos, dando y recibiendo, ayudándose unos a otros y participando todos juntos.

Cristo resucitó, y esta resurrección hay que mostrarla en nuestras vidas viviendo, entre otras cosas, en humildad y comunión, y en las oraciones de unos por otros. Además, es el único modo en que la Iglesia podrá mantenerse y crecer, y es el único modo en

que podemos mostrar al Cristo resucitado a otras personas. Estos aspectos forman parte de la santidad que precisamos en nuestras vidas, y hemos de pensar seriamente que si ahora no queremos estar con los santos y no nos agrada su compañía, puede que nunca estemos en el Cielo, porque allí, ciertamente, no habrá otra.

Si cantar himnos juntos, si estar tiempo juntos, si orar o leer juntos las Escrituras, no supone un gozo para alguno sino una carga y una tarea aburrida, o si la supone incluso el propio día de reposo, habremos de pensar que el Cielo es un día de reposo interminable donde sus habitantes estarán en comunión, continuamente cantando y alabando a Dios.

Si durante nuestras vidas estamos haciendo justo lo contrario de lo que Pablo, Pedro, Juan y otros nos dijeron, incluso el propio Señor, ¿cómo estaremos después con gozo en la compañía de ellos? Si no dejamos nuestros viejos hábitos y empezamos a vivir como personas resucitadas, ¿cómo estaremos en la presencia del Señor que murió precisamente por ello? Como alguien escribió: «Para llegar a las vacaciones de la gloria es preciso pasar primero por la escuela de la gracia», y debemos desarrollar una mentalidad celestial, unos gustos celestiales, y unos hábitos celestiales en esta vida, cosas todas que se reflejarán en nuestras oraciones o, de otro modo, nunca llegaremos al Cielo en la vida venidera.

Por eso te pregunto: ¿crees en la resurrección de Cristo?; y si crees, ¿cómo vas en el camino de la santidad en los aspectos de humildad y comunión?; ¿cómo en tus oraciones?; ¿eres santo? No te pregunto si asistes a una iglesia, o estás bautizado, o participas en la Cena del Señor. La pregunta es: ¿eres santo hoy mismo o no lo eres? Santo no solo porque digas serlo, sino porque lo muestres con tu vida; porque escrito está: ***Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor*** (He 12:14). Y forman parte de la vida en santidad la humildad y la comunión de las que hemos hablado, y las oraciones que nos llevan a ello.

Si me dices que el camino es duro y angosto, te respondo que ya lo sé, pero si queremos estar como santos en el Cielo, debemos también ser santos en la tierra. Y si me dices que serán pocos los que se salvan, también te respondo que ya lo sé. Pero lo que debe preocuparte sobre todo es si tú eres salvo, pues ***sin la santidad nadie verá al Señor***. Cristo y el Espíritu no van por separado, y no somos de Cristo si no mostramos la obra de su Espíritu en nosotros, si no somos guiados por su Espíritu para la humildad, la comunión, y la oración, si no crecemos en esos aspectos.

¡Pues que Dios nos ayude, hermanos, a entender y a practicar estas cosas, para su gloria y nuestra bendición, pues cuanto más santos seamos, cuánto más crezcamos en humildad y busquemos la comunión de los santos, mejor oraremos y mayor felicidad tendremos!

Primeramente doy gracias a mi Dios mediante Jesucristo con respecto a todos vosotros, de que vuestra fe se divulga por todo el mundo. Porque testigo me es Dios, a quien sirvo en mi espíritu en el evangelio de su Hijo, de que sin cesar hago mención de vosotros siempre en mis oraciones, rogando que de alguna manera tenga al fin, por la voluntad de Dios, un próspero viaje para ir a vosotros. Porque deseo veros, para comunicaros algún don espiritual, a fin de que seáis confirmados; esto es, para ser mutuamente confortados por la fe que nos es común a vosotros y a mí (Ro 1:8-12).

ORACIÓN Y ACCIÓN DE GRACIAS

⁸Primeramente doy gracias a mi Dios mediante Jesucristo con respecto a todos vosotros, de que vuestra fe se divulga por todo el mundo. ⁹Porque testigo me es Dios, a quien sirvo en mi espíritu en el evangelio de su Hijo, de que sin cesar hago mención de vosotros siempre en mis oraciones, ¹⁰rogando que de alguna manera tenga al fin, por la voluntad de Dios, un próspero viaje para ir a vosotros. ¹¹Porque deseo veros, para comunicaros algún don espiritual, a fin de que seáis confirmados; ¹²esto es, para ser mutuamente confortados por la fe que nos es común a vosotros y a mí (Romanos 1:8-12)

Principios	
Ro 1:8	Dar <i>gracias</i> a Dios antes de comenzar las peticiones.
	Tener la seguridad de que Dios es <i>mi Dios</i> .
	La confianza al orar a Dios es solo <i>mediante Jesucristo</i> .
	Se precisa <i>fe</i> que permita dar gracias a Dios.
Ro 1:9	Debemos estar seguros de que <i>Dios es testigo</i> .
	Debemos estar seguros de servir a <i>Dios en espíritu</i> .
	Hay consuelo para los santos en las oraciones de intercesión.
Ro 1:10	Se precisa contentamiento con <i>la voluntad de Dios</i> .
Ro 1:11	Motivo para la oración y el deseo: dar y confirmar.
	Hace falta confirmación tras la conversión: responsabilidad.
Ro 1:12	Todos somos necesarios en el cuerpo de Cristo.
Motivos de oración	
	Dar gracias a Dios por todos los hermanos: <i>Todos vosotros</i> .
	Expresar ante Dios el deseo de estar junto a los hermanos.
	Se ha de orar por estos y otros motivos con constancia.
	Se precisan la esperanza y la paciencia en la oración.
	Pedir a Dios <i>humildad</i> (Filipenses 2:3).

ORACIÓN Y ACCIÓN DE GRACIAS

⁸Primeramente doy gracias a mi Dios mediante Jesucristo con respecto a todos vosotros, de que vuestra fe se divulga por todo el mundo. ⁹Porque testigo me es Dios, a quien sirvo en mi espíritu en el evangelio de su Hijo, de que sin cesar hago mención de vosotros siempre en mis oraciones, ¹⁰rogando que de alguna manera tenga al fin, por la voluntad de Dios, un próspero viaje para ir a vosotros. ¹¹Porque deseo veros, para comunicaros algún don espiritual, a fin de que seáis confirmados; ¹²esto es, para ser mutuamente confortados por la fe que nos es común a vosotros y a mí (Romanos 1:8-12)

	Principios
Ro 1:8	Dar <i>gracias</i> a Dios antes de comenzar las peticiones.
	Tener la seguridad de que Dios es <i>mi Dios</i> .
	La confianza al orar a Dios es solo <i>mediante Jesucristo</i> .
	Se precisa <i>fe</i> que permita dar gracias a Dios.
Ro 1:9	Debemos estar seguros de que <i>Dios es testigo</i> .
	Debemos estar seguros de servir a <i>Dios en espíritu</i> .
	Hay consuelo para los santos en las oraciones de intercesión.
Ro 1:10	Se precisa contentamiento con <i>la voluntad de Dios</i> .
Ro 1:11	Motivo para la oración y el deseo: dar y confirmar.
	Hace falta confirmación tras la conversión: responsabilidad.
Ro 1:12	Todos somos necesarios en el cuerpo de Cristo.
	Motivos de oración
	Dar gracias a Dios por todos los hermanos: <i>Todos vosotros</i> .
	Expresar ante Dios el deseo de estar junto a los hermanos.
	Se ha de orar por estos y otros motivos con constancia.
	Se precisan la esperanza y la paciencia en la oración.
	Pedir a Dios <i>humildad</i> (Filipenses 2:3).

